SOMBRAS CAMBIANTES

DARK SHIFTER CARTEL



USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

TRICIA BARR

SHIFTING SHADOWS

DARK SHIFTER CARTEL

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

TRICIA BARR

Sombras Cambiantes

Cártel Oscura de Cambiantes 2

Capítulo 1
Kiera

—Las muertes por sobredosis de Elysium en Estados Unidos siguen en aumento desde la aparición de la droga hace cuatro meses, pero los expertos aún están desconcertados en cuanto al origen de su composición química...

Fruncí el ceño mientras miraba por encima de la mesa de nuestro reservado favorito a la pantalla del móvil. —¿Por qué me enseñas esto?

—Espera un momento —insistió Joe, subiendo sus gafas por el puente de la nariz con el índice de su mano libre.

Continué viendo cómo la presentadora del Canal 9 terminaba su breve reportaje sobre la última droga que sacudía la nación. Personalmente, estaba harta de todo el tema. Desde que Elysium había comenzado a propagarse como una plaga por el sur de Arizona, los abogados penalistas contratados como Joe y yo estábamos más ocupados que nunca, especialmente en el pequeño pueblo fronterizo de La Cima.

—En otras noticias, el juicio por asesinato de Anthony Tate, que duró dieciséis meses, finalmente ha concluido con un veredicto de no culpable —continuó la presentadora, y mi interés se avivó cuando apareció un vídeo emergente en la esquina superior derecha de la pantalla mostrándome a mí y al señor Tate saliendo del juzgado rodeados de paparazzi hace dos días.

Me incliné más cerca, con una sonrisa extendiéndose por mi rostro mientras mi pecho se hinchaba de alivio y orgullo por mi reciente victoria.

—La abogada Kiera Langley conmovió al jurado, así como a los miembros de la prensa, con su alegato final —comentó la

presentadora, y luego la pantalla cambió a una vista de la sala del tribunal conmigo de pie frente al jurado.

—Es un día triste, ciertamente, cuando un hombre inocente es acusado de asesinato por actuar en defensa propia —me vi diciendo —, pero es aún más trágico cuando la única acción de ese hombre fue disparar un tiro de advertencia directamente hacia el cielo. Por favor, no condenen a Anthony Tate a vivir sus últimos años en prisión por hacer lo correcto. El único delito cometido aquí fue la negligencia de los cuerpos de seguridad del condado de Santa Cruz, que nunca deberían haber arrestado a mi cliente en primer lugar.

Joe apagó la pantalla y volvió a llevarse el teléfono al otro lado de la mesa, con una sonrisa ansiosa y ligeramente traviesa en su rostro. —¿Qué se siente al ser famosa, señorita Langley?

El calor subió a mis mejillas, pero crucé los brazos y fingí indiferencia mientras me recostaba contra el asiento del Dave's Diner, nuestro refugio habitual entre horas de trabajo. —Solo me alegro de que por fin haya terminado.

Sinceramente, no había tenido espacio mental para disfrutar de mis quince minutos de fama. Este juicio había sido los dieciséis meses más largos de mi vida, además de mi primer caso de asesinato de alto perfil.

La presión mediática había sido una cosa, pero lo peor había sido la ansiedad de que podría ser responsable de que mi cliente inocente pasara el resto de su vida entre rejas, todo porque llamó al sheriff después de disparar un tiro de advertencia cuando escuchó disparos en su propiedad. Desafortunadamente, los agentes encontraron a un inmigrante ilegal muerto entre los matorrales, probablemente resultado de los disparos iniciales que Anthony escuchó, no del tiro de advertencia.

Ahora que todo había terminado, solo intentaba volver a la normalidad.

—Será demasiado pronto si nunca tengo que volver a ver a esa zorra fiscal —añadí mientras removía mi pajita por el vaso de café helado,

mi tono impregnado de odio hacia mi némesis profesional, Lynn Cunley.

Joe se rio por lo bajo. —Cuntley. Qué estúpida y gorda vaca. Es básicamente la Rosie O'Donnell del condado de Santa Cruz. Estoy casi seguro de que la vi devorando una lata de manteca Crisco como una yonqui en el aparcamiento el otro día.

Solté una carcajada. —Probablemente se baña en esa cosa como en aquel episodio de South Park sobre Oprah Winfrey.

—¡Dios mío! —Dio una palmada en la mesa mientras su cara se contraía de hilaridad, con los ojos llorosos—. ¡Creo que nunca podré quitarme *esa* imagen mental de la cabeza!

Ambos empezamos a reírnos histéricamente, sin importarnos que estuviéramos atrayendo la atención de los otros comensales. Ya debían de estar acostumbrados. Esto era lo nuestro, desahogarnos aquí hablando mal de nuestros supuestos colegas, y Lynn Cunley era una víctima frecuente de nuestro humor sádico.

Mi teléfono sonó sobre la mesa, y toqué la pantalla. El mensaje de texto sofocó mi ataque de risa, y ahora sonreía ampliamente por una razón completamente diferente.

«No puedo esperar a verte esta noche», decía el mensaje en mi pantalla.

Cogí mi teléfono para escribir una respuesta. «Estaré allí puntual y preparada».

La respuesta fue inmediata. «Una elección curiosa para el restaurante ridículamente elegante al que te voy a llevar, pero estoy seguro de que sin importar lo que lleves, estarás preciosa como siempre».

Una risita infantil subió por mi garganta, y me mordí el labio mientras las mariposas bailaban en mi vientre.

—Ooooh, ¿es del señor Alto, Moreno y Guapo? —preguntó Joe, inclinándose sobre la mesa y arqueando una ceja con intriga.

—Por supuesto que sí —dije, tratando en vano de relajar mi sonrisa tonta.

—¿Cómo va eso? —preguntó Joe, tamborileando con sus dedos manicurados sobre la mesa—. ¡Necesito detalles!

Dejé mi teléfono a un lado y le di un encogimiento de hombros coqueto. —Realmente no hay mucho que contar todavía. Solo llevamos viéndonos un mes.

—Un mes exacto, si no me equivoco.

Ladeé la cabeza. —Vaya, tienes razón. Esta noche hará un mes justo. —Como si no hubiera estado contando los días...

—Por favor, dime que lo has probado ya. Al menos por las fotos que me has enseñado, es un pedazo de...

—No, no, no —le interrumpí, con el calor trepando por mi cuello—. Venga, Joe, soy una dama.

—¡Uf! —Agachó la cabeza—. ¿En serio me estás diciendo que llevas saliendo con ese bombón durante un mes y no has ido a darle al tema?

Fruncí los labios. —Cole y yo decidimos esperar hasta saber que había algo real entre nosotros.

—¡Oh, me estás matando! —gimió mientras se frotaba las manos dramáticamente por la cara.

Le fruncí el ceño. —¿Desde cuándo estás tan interesado en mi vida sexual?

—Desde que no me he acostado con nadie en seis meses —refunfuñó con un suspiro—. No hay suficientes hombres gays elegibles en este pueblo de mala muerte, ¡y me estoy *muriendo*! Así que mi única opción es vivir vicariamente a través de ti.

Me reí, y él extendió la mano por encima de la mesa y envolvió las mías con las suyas.

—Por favor, Kiera, si me quieres aunque sea un poco, te acostarás con ese bombón esta noche y me contarás todo mañana.

Sacudí la cabeza con indulgencia ante la mirada suplicante de sus ojos de cachorro.

Sin que mi mejor amigo, ni Cole, lo supieran, posiblemente estaba planeando aumentar la intimidad después de la cena de esta noche.

Abstenerme no había sido fácil. Cada cita con Cole había sido no solo encantadora sino cargada de una tensión sexual que solo se intensificaba cada vez. Después de la cena del domingo, nos estuvimos besando durante casi una hora, y había sido increíblemente difícil resistir la tentación de llevar los intensos magreos más allá.

No esperaba establecer una conexión real cuando me registré en eHarmony, y menos aún con mi primera coincidencia. Había estado sin pareja mucho más tiempo que los seis meses de Joe. Mi novio de la universidad, Ed, emocionalmente abusivo y egocéntrico, había destrozado mi autoestima y mi confianza en los hombres, así que había renunciado por completo al romance y me había centrado en mi carrera durante los últimos cuatro años. No sabía exactamente por qué había vuelto a sumergirme en el mundo de las citas, pero me alegraba de haberlo hecho.

—Si ocurre algo, serás el primero en saberlo —accedí finalmente—. Pero todavía es pronto. Podría resultar ser un completo capullo como todos los demás.

El ceño que se dibujó en la cara de Joe dejaba claro que veía a través de mi fachada de indiferencia. —Nunca te he visto sonreír como lo has hecho estas últimas semanas. Realmente te gusta este chico, y siendo tan increíble como eres, estoy seguro de que él está tan enamorado de ti como todos los demás. Baja tus barreras y abraza el amor.

Puse los ojos en blanco, pero asentí en señal de acuerdo.

—Y lo más importante, esta noche, bájate los pantalones —añadió.

La anciana sentada en la mesa detrás de él nos lanzó una mirada horrorizada, y no pude evitar soltar una risita de mortificación.

—Vale, esa es mi señal —dije, deslizándome fuera del reservado y colgándome el bolso al hombro—. Tengo que hacer *algo* de trabajo para el caso que me asignaron esta mañana antes de mi gran noche.

—Oh, ¿de qué se trata? —preguntó Joe mientras sacaba su cartera y dejaba un puñado de billetes sobre la mesa.

—Otro caso de tráfico de drogas de Elysium —dije con tono malhumorado.

Se levantó y se guardó la cartera de nuevo. —Uf, sé cómo te sientes; tengo tres de esos ahora mismo. Pero paga las facturas, ¿no?

Incliné la cabeza. —Y es mucha menos presión que un asesinato en primer grado.

Mientras salíamos del restaurante y nos separábamos, estaba ansiosa por terminar mi jornada laboral. Decidí saltarme la visita a la cárcel del condado para revisar los archivos del caso antes de prepararme para la cena. La entrevista con mi nuevo cliente podía esperar.

Cuando llegué a casa, pasé las siguientes dos horas revisando la información de la fiscalía sobre Jack Reed. Las cosas no pintaban bien para él.

Los agentes le encontraron en el callejón detrás del parque de skate por la noche, reuniéndose con alguien para lo que sospechaban era un intercambio de drogas. La otra parte huyó de la escena antes de que los agentes pudieran detenerles. Jack mostraba un comportamiento que sugería consumo de Elysium y gritaba cosas descabelladas, así que le pusieron bajo custodia, donde, efectivamente, dio positivo.

Al registrar su apartamento, encontraron grandes cantidades de la droga, lo que indicaba tráfico, que para esta droga en particular, constituía un delito grave de Clase 2. El pobre desgraciado se enfrentaba a una condena de al menos siete años.

Sin duda tenía mucho trabajo por delante. Lo mejor que podía hacer por este tipo era negociar un acuerdo relativamente decente y, desafortunadamente para el Sr. Reed, Lynn Cunley no era una fiscal razonable. Uf, realmente odiaba tratar con esa zorra despreciable.

Sintiendo que la ira se apoderaba de mí, cerré el portátil y me aparté del escritorio. No necesitaba que su energía negativa arruinara mi

velada. Tenía una cita con el ingenioso y guapo Cole Dracul, y nada iba a estropearla.

Me metí en la ducha y me quedé bajo el agua tan caliente como pude soportar, deseando que se llevara mi estrés e intentando no fantasear con los trágicos accidentes que podrían ocurrirle a Lynn antes de que destruyera más vidas. Pero realmente, si la atropellara un camión a toda velocidad y la convirtiera en una pulpa gelatinosa, el mundo sería mejor lugar, excepto, quizás, para el equipo de limpieza. Les llevaría meses raspar su gordo trasero del asfalto.

El baño estaba envuelto en vapor cuando finalmente salí de la ducha, el acogedor calor envolviéndome y permaneciendo en mi piel. Enrollándome una toalla alrededor, me acerqué al espejo y pasé la mano por la película de humedad que lo cubría.

En lugar de mi reflejo, una horripilante silueta de humo negro y ojos rojos brillantes me devolvió la mirada, enviando un terror gélido que cristalizó por mis venas. Una brusca inhalación cortó mi garganta, y dejé caer la toalla, pero después de un parpadeo, la imagen había desaparecido, y todo lo que vi fue mi propio rostro pálido y aterrorizado rodeado de pelo castaño goteando.

Me miré fijamente durante varios segundos mientras mi corazón desbocado volvía lentamente a su ritmo normal.

Todo está bien. No hay nada ahí. Probablemente solo estoy estresada.

Sin embargo, abrí de un tirón el botiquín y abrí el frasco de medicamentos con manos temblorosas, vertiendo una pastilla en mi palma. Me la metí en la boca y la tragué en seco, casi atragantándome en el proceso. Dejé el frasco a un lado y me incliné sobre la encimera con las manos apoyadas en los bordes, tratando desesperadamente de convencerme de que realmente no había visto nada.

Estaba en el mejor momento de mi vida. Me había demostrado a mí misma como una abogada destacada y competente. Tenía una floreciente nueva relación que me aportaba alegría y emoción. Tenía mi propia casa preciosa y decenas de miles en el banco. Ya no era la

misma niña asustada y confundida que solía ser, y me condenaría si dejaba que aquellos viejos horrores destruyeran todo lo que había construido.

Con renovada determinación, enrosqué la tapa del frasco y lo guardé en el botiquín, dudando solo durante el espacio de un suspiro antes de cerrar el espejo. Para mi alivio, lo único que me recibió fue mi propia expresión firme y mis tenaces ojos marrones.

Basta ya de esta mierda. Era hora de ponerme un vestido increíblemente sexy. Esta noche definitivamente iba a acostarme con alguien.

Capítulo 2
Cole

Aparté la mirada de mi bandeja de entrada de correo electrónico hacia la hora en la parte inferior derecha de la pantalla de mi portátil. Las cuatro y cuarto. Un cliente potencial quería reunirse en el almacén a las cinco, lo que esperaba me diera tiempo suficiente para mostrar mi extensa colección antes de que tuviera que recoger a Kiera para la cena.

Odiaba la posibilidad de llegar tarde a nuestra cita y consideré reprogramar mi reunión. Pero la realidad era que necesitaba una venta, y reprogramar, especialmente con tan poco tiempo de antelación, parecería muy poco profesional. Era imperativo mantener una etiqueta impecable para mi elusiva y adinerada clientela si tenía alguna esperanza de tener éxito en este mercado.

Y necesitaba tener éxito.

Quizás era el Dracul que había en mí. O quizás era el deseo de demostrar a mi familia que todavía *era* un Dracul.

Los últimos cuatro años habían sido los más difíciles que jamás había conocido. Cuando recibí aquella fatídica llamada telefónica de mi primo Tobias, nunca podría haber anticipado cuánto alteraría la trayectoria de mi vida.

—*La maldición está rota*.

Esas cuatro palabras fatídicas todavía resonaban en mi mente cada día. Aunque el tiempo transcurrido desde entonces había estado lleno de angustia, lucha y soledad, conocer a Kiera me convenció de que había tomado la decisión correcta. Una oportunidad de amor verdadero lo era todo para un Dracul. Era algo que no había sido posible durante generaciones.

Cuando encontré a Kiera en eHarmony, era escéptico sobre que fuera la indicada. Había tenido varias citas desastrosas con matches anteriores y, para entonces, me había vuelto cínico sobre toda la idea de salir con alguien. Pero sentí algo esa primera noche, algo que nunca había experimentado antes. Una parte de mí temía que pudiera ser solo un efecto placebo de pensamiento ilusorio, de tener esperanza por primera vez en mucho tiempo, pero otra parte de mí sabía que era más que eso.

Kiera era especial. Era hermosa, inteligente, ingeniosa y exitosa por sus propios méritos. Y cada vez que estaba en su presencia, me tenía completamente cautivado. Se podría decir que incluso estaba un poco obsesionado.

Pero era mucho mejor que la nada que había sentido por Vanessa. Literalmente nada: ni una leve atracción, ni resentimiento, ni enemistad. Mi antigua prometida nunca despertó en mí una sola emoción o sentimiento.

Después de escuchar la milagrosa noticia, pensé que quizás era yo, que me había cerrado, así que intenté que funcionara con Vanessa, intenté sentir *algo*. Pero finalmente llegué a comprender la triste pero gloriosa verdad: simplemente no era la adecuada para mí. Así que rompí el compromiso.

La ruptura de la maldición significaba que finalmente podía tener una vida propia. Solo que no esperaba que eso significaría vivirla completamente *por mi cuenta*. Mis padres me repudiaron después de aquello. Los únicos miembros de la familia que me hablaban eran Tobias y su madre, la tía Octavia.

Saqué mi teléfono y abrí mis contactos, desplazándome hasta el número de mi madre. Mi dedo se detuvo sobre su nombre durante varios segundos.

Deseaba tanto llamarla y hacerle saber lo bien que me iba. Había establecido un negocio con nada más que mis modestos ahorros y mi pasión por el arte y la historia, y potencialmente había encontrado una pareja. Pero ninguna de esas cosas me ganaría su orgullo o elogios.

Kiera no era un dragón, y solo eso sería un obstáculo insalvable para mis estrictos y tradicionales padres. Había reflexionado durante semanas, tratando de averiguar qué era Kiera. Definitivamente no era solo humana, pero no podía identificar su aroma único como el de ningún otro cambiante. Podría ser algún tipo de bruja, pero eso tampoco parecía probable.

Por lo que podía ver, ella no tenía conocimiento del lado místico del mundo. Había dejado caer numerosas insinuaciones, pero ninguna surtió efecto, y claramente pensaba que estaba bromeando cada vez. De cualquier manera, no me importaba lo que fuera, solo *quién* era.

Existía la inevitable complicación de que, un día, tendría que decirle lo que *yo* era, y no tenía idea de cómo se lo tomaría. ¿Podría alguien que no sabía nada de cambiantes, brujas y vampiros aceptar y *amar* a un dragón?

Apagué mi teléfono y lo metí en el bolsillo trasero. Si llamaba, probablemente mi madre no contestaría de todos modos, y si lo hacía, sabía que no me gustaría lo que tuviera que decir. Kiera merecía toda mi atención, libre de distracciones por mis trágicos problemas familiares.

Miré el reloj en mi pantalla otra vez. Las cuatro y veintisiete. Si quería llegar a tiempo, necesitaba salir ahora. Cerré el portátil, me puse la americana negra y cogí las llaves del gancho antes de salir por la puerta.

Mientras salía de mi camino de entrada hacia la sinuosa carretera de tierra, me invadió una sensación de paz. Las vistas desérticas y onduladas del campo de Arizona me hacían sentir extrañamente en casa, y disfrutaba cada oportunidad de conducir a través de ellas.

Estaba agradecido de haber elegido comprar una casa en Río Rosa en lugar de en La Cima. La ciudad fronteriza era pequeña pero increíblemente congestionada y constantemente bulliciosa, mientras que su suburbio era vasto y escasamente poblado. Mis vecinos más cercanos estaban a decenas de hectáreas de distancia en ambos lados, y eso ofrecía mucha privacidad para mis vuelos nocturnos. No

había nada mejor que surcar el cielo sobre el valle en la cálida brisa del desierto de Sonora.

El viaje a la ciudad tomaba alrededor de cuarenta y cinco minutos, dándome todo el tiempo para seguir obsesionándome con Kiera.

Todavía recuerdo cómo se me pegaba el aire de aquella noche, cálido y húmedo con la promesa de lluvia veraniega. Había aparcado frente a su casa, con los dedos tamborileando sobre el volante como un crío intentando quemar la energía nerviosa antes de salir del coche.

Solo eso ya debería haberme dado una pista: los nervios no eran lo mío. Reuniones de negocios, peleas de bar, acuerdos en trastiendas... podía manejar todo eso sin sudar. Pero esperar a que Kiera abriera su puerta? Mi pecho se sentía demasiado oprimido, mi pulso demasiado fuerte.

Entonces la puerta se entreabrió, y ella salió.

Y el mundo se disolvió a mi alrededor, dejando solo a ella atándome a la existencia.

Vestido negro, sencillo pero abrazando sus curvas como si hubiera sido hecho a medida para ella. Sin collar, sin pendientes, nada ostentoso, y no los necesitaba. Su cabello caía sobre sus hombros, ondas brillantes que captaban la luz del porche. Sonrió, un poco insegura, como si no estuviera segura de haber tomado la decisión correcta al decir que sí.

Esa sonrisa me golpeó como un puñetazo traicionero.

—Hola —dijo suavemente, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Hola —respondí, y por un segundo no pude recordar qué demonios de palabras se suponía que venían después—. Estás... Wow.

Su risa burbujeo, baja y autocrítica. —Gracias. Tú también te ves bastante bien.

Me había puesto una camisa blanca abotonada y vaqueros oscuros, que para mí era vestir informal; no quería parecer demasiado

pretencioso.

Le ofrecí mi brazo, a la antigua usanza. Para mi alivio, deslizó su mano en el hueco de mi codo. Una calidez me recorrió, repentina y eléctrica. Mis músculos se tensaron como si algún hilo invisible se hubiera anudado entre nosotros, tensándose. Me sacudí la sensación, diciéndome a mí mismo que solo era atracción, pero en el fondo algo primitivo se agitó, algo que no podía nombrar.

Nos dirigimos al pequeño restaurante italiano del centro. No era elegante, pero tampoco grasiento. Justo lo adecuado. El tipo de lugar donde dejaban las luces bajas y permitían que el vino respirara. Lo había elegido porque quería que ella estuviera cómoda, no abrumada.

La anfitriona nos sentó en un reservado al fondo. Las velas parpadeaban entre nosotros, las sombras bailaban sobre su rostro. Ella examinó el menú, con los labios fruncidos en concentración. Apenas miré el mío. Estaba demasiado ocupado observándola, memorizando el modo en que sus ojos se movían, la curva de su mejilla, la leve arruga en su frente.

—Me estás mirando fijamente —dijo sin levantar la vista.

—Me has pillado —admití con una risa nerviosa—. Eres mucho más interesante que los platos del día.

Eso me valió otra sonrisa, y algo en mi pecho se desenredó.

Pedimos. Ni siquiera recuerdo qué comí. Lo que recuerdo es el sonido de su voz —suave pero fuerte, cada palabra deliberada. Me habló de su trabajo, los largos días, la forma en que el juicio ya había comenzado a filtrarse en cada parte de su vida. No entró en detalles, solo dijo: "Ha sido mucho".

Escuché. Realmente escuché. Y cuanto más hablaba, más quería envolverme a su alrededor como una armadura. Protegerla de cada maldita cosa que nublaba sus ojos.

Me preguntó sobre mí. Esquivé las verdades más oscuras, pero le di suficiente —le conté sobre crecer en un hogar estricto, sobre cómo había roto esas cadenas y me había ido para seguir mis sueños,

sobre cómo había construido mi negocio desde cero. Ella se inclinó hacia delante, con los codos sobre la mesa, la barbilla apoyada en su mano. Sin juzgar. Simplemente ahí.

A mitad de la cena, se rio tan fuerte de una de mis historias que casi derrama su vino. Esa risa... la iluminaba desde dentro. Y eso fue todo.

La atadura se tensó aún más. Mi piel hormigueó con calor. Mi dragón se agitó bajo la superficie, inquieto, merodeando. Apreté la mandíbula, me forcé a seguir respirando uniformemente. No sabía qué demonios estaba pasando, solo que estar cerca de ella se sentía inevitable. Como si hubiera pasado toda mi maldita vida esperando sin darme cuenta, y ella acabara de entrar en la habitación.

Después de la cena, la llevé a casa. La lluvia finalmente había comenzado, solo una ligera llovizna, salpicando sus hombros desnudos mientras la acompañaba a la puerta. Se estremeció, y el instinto se apoderó de mí: le puse mi chaqueta alrededor antes de que pudiera protestar.

—Gracias —murmuró, aferrando la tela cerca de sí.

Quería besarla entonces. El impulso era profundo, desgarrador. Pero me obligué a ir despacio. En su lugar, alcancé su mano. Me dejó sostenerla, sus dedos entrelazándose con los míos como si pertenecieran allí.

—Esta noche ha sido... —Se detuvo, mirando hacia abajo, luego de nuevo hacia mí—. Mejor de lo que esperaba.

Mis labios se curvaron. —¿Eso significa que no tenías grandes expectativas?

Sonrió con picardía, burlona. —Pensaba que serías arrogante. Demasiado seguro de ti mismo.

Me reí, sacudiendo la cabeza. —Supongo que tendré que demostrarte que te equivocas en la segunda cita.

Sus ojos se suavizaron. —Creo que me gustaría eso.

El dragón dentro de mí se calmó, asentándose como si finalmente hubiera encontrado su hogar.

Me alejé esa noche sintiendo que había cruzado alguna línea invisible. Algo había cambiado. Algo permanente. No tenía un nombre para ello entonces, pero ahora sabía exactamente qué era.

El primer hilo de un vínculo que nunca quise romper.

El desierto abierto dio paso a tiendas, negocios y vecindarios agrupados cuanto más al sur bajaba por la interestatal, obligándome a concentrarme en la carretera. Poco después de entrar en el recinto de La Cima, llegué al distrito de almacenes, donde mi colección descansaba segura dentro de un edificio de metal aislado y fuertemente protegido.

Un Escalade negro con ventanas tintadas ya estaba aparcado frente a mi edificio, y un hombre que supuse sería mi potencial cliente, Enrique Escobar, salió de la puerta del copiloto cuando apagué el motor de mi Mercedes gris. Rápidamente salí y rodeé mi coche para saludarle.

—Buenas tardes, señor Escobar —dije mientras aceptaba su mano extendida y la estrechaba—. ¿Lleva esperando mucho tiempo?

—No, simplemente me gusta llegar temprano a todo lo que hago —dijo con un marcado acento mexicano mientras su ancha mano agarraba la mía con firmeza.

—Es una gran costumbre —dije, mostrando mi sonrisa más encantadora—. Bien, vamos adentro y veamos qué llama su atención.

—Sí, estoy muy interesado en examinar su colección. Me han dicho que podría haber adquirido un objeto que me interesa particularmente.

Le conduje hasta la puerta de entrada y tecleé el código numérico en el mecanismo de la cerradura sobre el tirador. —Ah, ¿y qué objeto podría ser ese?

El cerrojo se abrió con un timbre digital, y abrí la puerta, sujetándola para que él entrara antes que yo.

—Una corona azteca de Centroamérica —dijo Enrique mientras entrábamos en el oscuro interior.

—Oh, sí, la conseguí hace unas semanas. —Accioné el interruptor en la pared justo al lado de la puerta, y los tubos fluorescentes a lo largo del alto techo iluminaron el amplio espacio, dando vida a los cientos de obras de arte, antigüedades y artefactos que llenaban las numerosas estanterías o se erguían por sí mismos.

Estaba bastante orgulloso de todo lo que había conseguido reunir durante el último año. Tenía objetos para todo tipo de coleccionistas.

Instrumentos que una vez pertenecieron a grandes compositores y estrellas del rock contemporáneo. Bustos de hombres y mujeres griegos, romanos y europeos posteriores se encontraban junto a bocetos de Da Vinci y Rembrandt. Ushabtis egipcios, primeras esculturas de diosas mesopotámicas, antiguas espadas y armaduras de samuráis alineaban las estanterías. Todo estaba catalogado y datado con la mejor tecnología moderna. Este almacén era invaluable, y era la obra de mi vida.

A menudo, me entristecía desprenderme de cualquiera de estos objetos, especialmente de aquellos que yo mismo había excavado. Sin embargo, continuamente me recordaba que el simple hecho de haber tenido entre mis manos algo tan hermoso ya era un honor en sí mismo. Planeaba traer a Kiera aquí más tarde esta noche para compartir esta parte de mi mundo con ella. Y si le gustaba tanto como yo creía, le ofrecería acompañarme en mi próxima expedición.

Le hice un gesto a Enrique para que me siguiera mientras yo guiaba el camino a través de los pasillos, pero ralenticé mi paso cuando me di cuenta de que se detenía para admirar algunos de los artefactos por los que pasábamos. Mejor dejar que se enamorara de más cosas aparte de la corona por la que había venido y así obtener un buen beneficio.

Cogió un cuchillo tecpatl con una hoja curva de obsidiana y lo examinó con una expresión perspicaz que arrugaba su frente color caramelo. —¿Cómo es que consigue piezas tan hermosas y antiguas de todo el mundo?

Sonreí. —Digamos que tengo muchos amigos, tanto en las altas como en las bajas esferas.

Puede que mis padres me hubieran desheredado, pero el apellido Dracul seguía teniendo peso de todas formas. Gracias a la realeza en la que crecí, había establecido numerosas conexiones con otros amantes del arte en el mundo de los cambiaformas, y algunos de mis contactos familiares eran poco escrupulosos respecto a cómo habían llegado a poseer tales objetos. No me preocupaba cómo estas cosas llegaban a manos de aquellos con los que comerciaba, pero una vez que pasaban a las mías, era inflexible sobre su manejo y venta legítimos.

Enrique me dedicó una sonrisa respetuosa. —Admiro esa cualidad. Creo que se puede decir lo mismo de ambos. Ahora, veamos esa corona.

Le conduje a la parte trasera del almacén, donde los objetos más delicados y valiosos estaban guardados bajo cristal sobre pedestales.

—¿Es esto lo que buscaba? —señalé hacia el impresionante tocado al que nos acercamos. Estaba tejido con oro negro poco común, con grandes joyas de obsidiana meticulosamente talladas adornando el frente.

Enrique se inclinó sobre la vitrina, observando la pieza con una mirada de asombro y anhelo. —Lo es, sin duda. ¿Puedo? —extendió ambas manos alrededor de la vitrina.

Asentí y levanté la urna para que pudiera coger la corona. La giró, estudiando cada majestuoso centímetro oscuro con una reverencia que no esperaba de un hombre como él.

No sabía mucho sobre él, solo que provenía de una antigua fortuna mexicana, pero sospechaba que ese dinero procedía de una larga historia de actividades ilegales violentas. Con su pelo plateado peinado hacia atrás, su perilla sal y pimienta bien recortada, su traje a medida y su vehículo completamente oscurecido, ciertamente parecía un capo del cártel. Pero, ¿quién era yo para juzgar?

—¿Puedo preguntar cuál es su interés en esta pieza? —me aventuré, cruzando las manos tras mi espalda.

Dejó la corona de nuevo sobre su cojín y la miró con cariño mientras decía: —Se rumorea que perteneció a un gran gobernante de mi

pueblo hace siglos, en los albores del imperio azteca. Quizás no lo parezca al verme, pero mis raíces aztecas son profundas.

Asentí, sin estar seguro de qué decir a eso.

—Y creo que usted tiene sus propias raíces profundas —añadió con un tono cómplice—. ¿Dragón, sospecho?

Mis cejas se elevaron con interés, y finalmente lo capté: el olor a cambiaformas oculto bajo su colonia.

—Sí, de hecho —dije, enderezando mi postura con orgullo—. Dracul, para ser exactos.

—Ah, realeza dragón, ni más ni menos —elogió Enrique—. Qué agradable es hacer negocios con un cambiaformas de verdad. Los nuestros son difíciles de encontrar estos días; por aquí abajo, al menos.

Asentí de nuevo, con ganas de preguntarle qué tipo de cambiaformas era. Su olor me resultaba desconocido. Casi como un licántropo, pero no exactamente. Pero antes de que pudiera preguntar, volvió a hablar.

—Creo que me gustaría añadir muchos de sus artículos a mi colección personal —ronroneó, dirigiéndome una mirada entrecerrada con una sonrisa oscura—. Incluso a usted.

Parpadeé confundido, seguro de que debía haberle entendido mal. —Disculpe, ¿qué?

Al instante siguiente, algo golpeó la parte posterior de mi cabeza, y me desplomé sobre el suelo de cemento mientras el mundo se volvía negro.

Capítulo 3
Jackson

Me metí el panecillo en la boca y le di un enorme mordisco, fingiendo no darme cuenta de la mesa de hombres que me fulminaban con la mirada desde el otro lado del comedor. Retroceder ante un desafío no estaba en mi naturaleza, pero no podía permitirme montar una escena, ni siquiera aquí dentro. Solo tenía una prioridad: largarme de este lugar. Eso significaba que debía mantener la cabeza agachada y ocuparme de mis propios asuntos.

Ser un joven blanco y atractivo en una cárcel compuesta principalmente por pandilleros hispanos hacía que esto fuera más fácil de decir que de hacer. Ser el único sabueso en una cárcel llena de humanos ignorantes hacía que *aquello* fuera aún más peligroso.

¿Cómo demonios me había metido en este lío? Nunca había oído que alguno de los míos fuera lo bastante estúpido como para dejarse arrestar por humanos. Éramos más fuertes, más rápidos y teníamos abundantes dones a nuestra disposición para evitar ser detectados. Me estremecí por dentro al pensar en lo que diría mi padre cuando se enterara.

Pero no había sido culpa mía, al menos no del todo. Si no hubiera tomado esa gota de Elysium, habría olido a los policías acercándose y habría salido corriendo igual que Pablo. Demonios, fue una suerte para todos que no perdiera la cabeza y me transformara cuando me estaban esposando, tan colocado como estaba. Pero tenía que tomarlo, tenía que demostrarle mi valía a ese maldito traficante.

La escena se desarrollaba en destellos en mi mente nebulosa.

El skatepark estaba desierto mientras me acercaba sigilosamente al sedán negro aparcado en el callejón contiguo. Cuando Pablo me sugirió por primera vez la ubicación por teléfono, me mostré escéptico, pero ahora que estaba aquí, tenía todo el sentido.

Cualquier otra persona jamás entraría en estos barrios sombríos, y menos aún con una mochila llena de dinero, pero yo no era cualquier persona. Yo *era quien debía ser temido, y compadecía a cualquier matón lo bastante estúpido como para intentar asaltarme.*

Las puertas delanteras se abrieron cuando me acercaba a la parte trasera del coche, y emergieron dos hombres. Mi contacto, José, del lado del copiloto, y un extraño intimidante, que supuse que era Pablo, el proveedor, del lado del conductor.

Avance rápido hasta él sosteniendo un frasco de muestra y empujándolo hacia mí. —¿No quieres probarlo antes de comprarlo?

La pregunta no era una oferta sino una prueba. No podía rechazarla. Seguro que parecería un policía encubierto, y toda mi cuidadosa planificación terminaría en un baño de sangre. No tenía otra opción que aceptar la droga que juré no usar nunca.

Tomé el frasco, desenrosqué la tapa y coloqué el cuentagotas sobre mi ojo.

En el momento en que esa gota cayó, mi mundo se precipitó en un torbellino violento, glorioso y borroso que apenas podía recordar. Los colores eran tan brillantes que prácticamente gritaban. Las sensaciones se convertían en sonidos, los sonidos en color, y mi lobo se transformó en una criatura feroz y delirante enjaulada dentro de mi carne.

Lo único que pude hacer fue reír como una colegiala cuando las luces azules y rojas comenzaron a destellar sobre la pared del callejón detrás de mí. Eran tan hermosas, tan hipnóticas, como algo salido de un sueño. No entendía bien por qué Pablo y José de repente habían desaparecido, e incluso cuando me derribaron y me esposaron las muñecas a la espalda, seguía demasiado aturdido como para pensar con claridad.

Lo siguiente que supe fue que desperté en una celda. La realidad no fue amable cuando se desplomó sobre mí.

Debería haber sido sencillo, y hasta hace dos noches, lo había sido. Llevaba meses trabajando con este cártel, abriéndome camino poco

a poco hacia lo más profundo, un delincuente tras otro. Encontrar la fuente de la droga e infiltrarme; ese era el objetivo.

No tenía ni idea cuando comencé que el cártel que estaba investigando estaba dirigido por cambiantes, una especie de la que nunca había oído hablar —sin nombre, pero peligrosa— chupacabras. Ahora que lo sabía, no estaba seguro de si eso hacía mi trabajo más fácil o más difícil.

Finalmente, después de halagar y tratar con varios subordinados, me habían dado la oportunidad de conocer a uno de los jefes, Pablo Guerra. Si demostraba ser útil para él, me llevaría más profundamente en la operación de Las Chupas. ¿Y qué había hecho yo? Acabar en la puta cárcel como un patético humano, y uno estúpido además.

Tragué mi bocado de pan seco y di un largo sorbo a mi vaso de plástico con agua. No importaba cuánta agua bebiera, la sequedad en la boca aún no había desaparecido. Tampoco la punzante migraña ni la niebla mental entumecedora. Sabía que los efectos del Elysium eran duraderos, pero no sabía que iban a ser tan horribles.

Hacían que fuera más difícil mantener mi autocontrol, y tan cerca de la luna llena... Realmente tenía que salir de aquí antes de entonces.

Cuando bajé mi vaso vacío, vi que los tres matones se habían levantado de su mesa y se pavoneaban en mi dirección. Sabía que lo inteligente sería levantarme y volver a mi habitación, pero el alfa en mí se negaba a darles la satisfacción de verme retirarme. No podía dejar que pensaran que les tenía miedo, y *jamás* daría la espalda a una amenaza.

—Estás en el lugar equivocado, bato —farfulló el calvo con una lágrima tatuada en la comisura exterior de su ojo derecho, claramente el líder de esta pequeña tríada machista.

No me jodas, pensé, pero me quedé callado y desvié la mirada mientras le daba otro mordisco a mi bollo seco como papel de lija.

—¿Estás sordo o qué, gringo? —gruñó, poniéndose en mi línea de visión e invadiendo mi espacio personal.

Le miré con una expresión tan impasible como pude conseguir. —Estoy comiendo —dije con las mejillas llenas de pan.

Con un rápido movimiento, metió los dedos bajo el borde de mi bandeja y la lanzó con furia fuera de la mesa, salpicando por todo el suelo aquel curioso líquido gris que yo suponía era salsa.

—Ya no —espetó.

Mi pelaje se erizó amenazadoramente bajo la piel, con los colmillos palpitando de furia. Me puse en pie de un salto con una velocidad que hizo que los tres hombres se sobresaltaran, pero me contuve antes de poder golpear, limitándome a ponerme tan cerca de él que nuestras narices casi se tocaban.

—Si sabes lo que te conviene, te largarás de aquí —dije en un gruñido bajo y mortal, apenas conteniendo al lobo en mi interior.

El miedo en sus ojos se transformó gradualmente en ira, pero aun así retrocedieron. Me di cuenta de que sus miradas se desviaban por encima de mi hombro, y comprendí que no se estaban echando atrás por mí, sino porque habíamos captado la atención de uno de los guardias.

—Esto no ha terminado —prometió el calvo con un siseo antes de que los tres se dieran la vuelta y se escabullesen.

—¿Hay algún problema? —dijo una voz masculina autoritaria detrás de mí.

Obligando a mi lobo a calmarse, me di la vuelta y le mostré una sonrisa inocente.

—De hecho, sí. Todavía no he hecho mi llamada telefónica —Cuando me arrestaron, estaba demasiado colocado para funcionar racionalmente, y solo los dioses sabían qué locuras habría dicho.

El guardia me miró con recelo durante unos segundos, luego se dirigió a la esquina para susurrar algo al walkie que llevaba en la solapa. Escuchar lo que decían debería haber sido algo natural para mí, pero mis sentidos seguían embotados por el incesante martilleo en mi cráneo.

Tras varios minutos, volvió a acercarse a mí. —Vamos, en marcha.

Me agarró del brazo y me arrastró tras él. Necesité mucho autocontrol para permitir que me trataran con tanta brusquedad. Pero tenía que comportarme, tenía que seguir las reglas. No era culpa suya no tener ni idea de quién, o *qué*, estaba zarandeando.

Después de pasar por varias puertas con control de seguridad, me llevó hasta un teléfono público en la pared frente a la oficina de seguridad acristalada.

Metió dos monedas de veinticinco centavos en la ranura y me entregó el teléfono. —Sé breve.

Esperé hasta que estuviera a una distancia prudente para marcar el número de la línea segura de mi padre. Me aterraba darle la noticia, pero no tenía más opciones, y él era el único que podía sacarme de allí.

La molesta música de ascensor sonó durante varios compases, y mi estómago se retorció mientras empezaba a dudar si aceptaría la llamada de la cárcel.

Cuando por fin contestó, su tono fue críptico. —¿Sí?

—Soy yo —dije, cubriendo con la mano mi boca y la parte inferior del teléfono—. Me he metido en un pequeño problema.

El largo suspiro que escuché al otro lado me hirió más profundamente que cualquier palabra. Por suerte para mí, ninguno de los dos podía ser demasiado explícito en esta llamada. Sin duda nos estaban grabando, y él no diría nada que pudiera exponernos.

—¿Puede venir John? —pregunté simplemente.

John Phalen era el abogado que durante mucho tiempo había representado a todos los licántropos del imperio de mi padre antes de que papá se volviera legal —bueno, mayormente— tras la formación del Consejo de Cambiaformas. No diría que todos los negocios de papá eran legítimos, pero ciertamente estaba haciendo mucho más bien que mal estos días. De ahí que yo estuviera aquí.

—No creo que sea prudente —dijo lentamente en un tono cauteloso.

Cerré los ojos decepcionado. Me lo esperaba, pero aun así dolía. Que John viniera a rescatarme podría insinuar mi verdadera identidad, y

eso arruinaría cualquier oportunidad que tuviera de infiltrarme en Las Chupas. Si supieran que estaba relacionado de alguna manera con los Lupinnos, toda esta operación se acabaría.

—No creo que sea prudente que me quede aquí dentro tampoco —dije entre dientes—. Casi es luna llen...

—¡Ya lo sé! —me interrumpió antes de que pudiera terminar la frase potencialmente incriminatoria. Suspiró de nuevo—. Mira, veré qué podemos hacer.

Abrí la boca para pedir dinero para la fianza pero luego lo pensé mejor. La fianza estaba fijada en cincuenta mil dólares, y no había manera en el infierno de que mi padre aceptara dejar ese rastro de papel.

—Aguanta e intenta mantener la calma —dijo—. Ya pensaremos en algo —Luego la línea se cortó.

Genial. Puede que esté completamente solo en esto.

Colgué el teléfono, y el guardia se acercó a mí.

—Estás de suerte, Reed —dijo—. Tu abogado está aquí.

Mi corazón dio un brinco por un instante antes de darme cuenta de que no podía ser John. Quien hubiera venido a hablar conmigo era un abogado de oficio. Pero eso era mejor que nada. Solo podía esperar que fuera la mitad de bueno que John.

Capítulo 4
Kiera

Miraba furiosa mi teléfono mientras estaba sentada en la sala de entrevistas, esperando a que escoltaran a mi cliente.

No había mensajes nuevos. Nada más que la breve cadena de textos que había enviado anoche y esta mañana. Y con cada hora que pasaba, me iba enfadando más y más.

Cole nunca apareció para recogerme para nuestra gran cena romántica de anoche. Esperé una hora antes de llamarle, pero no respondió. Así que le envié un mensaje para ver si todo iba bien. Nada.

Cuando quedó claro que no vendría, me serví una copa de vino. Acabé bebiendo toda la botella sola en mi salón, toda arreglada con un vestido de noche de satén rojo y zapatos negros de tiras.

Cuando desperté esta mañana y vi que no había respuesta, le escribí de nuevo. Seguía sin contestar.

Con un ceño cada vez más fruncido y un suspiro, apagué el teléfono y lo metí en mi bolso, balanceando impacientemente la pierna que tenía cruzada sobre la rodilla.

Ser dependiente y neurótica no estaba en mi naturaleza, pero tenía que admitir que la tentación de enviarle una avalancha de mensajes acusatorios o dolidos persistía en el fondo de mi mente. ¿Pero por qué? Solo había sido un mes. Y aunque, sí, cada cita con él había sido... maravillosa... ¿qué sabía realmente de él?

No tenía presencia en redes sociales; no le culpaba, porque yo había tenido que cerrar todas las mías cuando asumí el caso Tate, y no las había echado de menos. Cada vez que le preguntaba por su familia, sus respuestas eran vagas, dándome solo la sensación de que estaban de alguna manera distanciados. Eso también lo podía

entender, como alguien que había sido adoptada a una edad temprana.

Pero cuando juntabas esas cosas con su misterioso encanto y su rostro demasiado bonito, parecía un poco sospechoso. En realidad no le conocía en absoluto. El hombre que había llegado a conocer no era alguien que dejaría plantada de repente a la mujer con la que había estado quedando varias veces por semana durante un mes. Claramente, me había equivocado.

Ed solía hacerme esas mierdas todo el tiempo. Hacer planes y luego desaparecer. Esfumarse durante días y luego volver con una explicación aleatoria y un gran gesto romántico. Gritarme por tonterías y luego fingir que nunca había pasado nada y que estábamos genial mientras yo me derrumbaba por dentro. Todo era una estratagema para mantenerme adicta a sus migajas de afecto cuando llegaban, mientras él seguía manipulándome y menospreciándome.

Si Cole era así, no quería tener nada que ver con él. Por esto había permanecido soltera tanto tiempo. No quería jugar a estos putos juegos. No quería preocuparme por si había hecho o dicho algo malo, o si yo era de alguna manera el problema.

Era una mujer inteligente, exitosa y —seamos sinceros— jodidamente guapa con la que cualquier hombre tendría suerte de estar. Y, ¿sabes qué? ¡No necesitaba a un maldito hombre! Me había ido perfectamente sola estos últimos años, y toda esta mierda romántica solo me estaba distrayendo de mi carrera. ¡Se acabó!

Los nudillos me dolían por las ganas de golpear algo, y los apreté en mi regazo bajo la mesa. Definitivamente iría al gimnasio después de esto. Necesitaba desahogar mi creciente rabia.

La puerta se abrió, y el guardia fornido de mediana edad, Frank, escoltó a mi cliente vestido de naranja a la sala. Enderecé mi postura, controlé mi expresión y le ofrecí al hombre mi sonrisa modesta y profesional.

No sé qué esperaba de Jack Reed, pero el hombre esposado que se sentaba en la silla al otro lado de la mesa no era lo que me

imaginaba.

Tenía una complexión atlética, los músculos de sus bíceps estiraban las mangas cortas de su camisa naranja, y medía al menos un metro ochenta. Su cabello castaño oscuro era espeso y despeinado, con los mechones delanteros cayéndole sobre la frente de una manera que parecía encantadora sin esfuerzo. A pesar de los bordes rugosos de su mandíbula, sus mejillas tenían una suavidad juvenil, haciéndole parecer casi bonito.

De repente me di cuenta de que estaba apreciando demasiado su aspecto, y no estaba de humor para dar rienda suelta a mis tontas tendencias femeninas. Intenté apartar la mirada, pero la forma intensa y desconcertada con la que me miraba hacía que fuera difícil.

—Estaré justo fuera —dijo Frank mientras retrocedía hacia la puerta —. Avisa cuando hayáis terminado.

—Gracias, Frank —dije, y él asintió y cerró la puerta, dejándome a solas con mi cliente, que no había dejado de mirarme extrañamente desde que entró.

Jack inclinó su firme pecho contra la mesa, entrecerrando aún más los ojos sobre mí—. Hueles... diferente.

Parpadee ante la extraña declaración, oliendo clandestinamente el aire a mi alrededor. ¿Olía mal? Joder, ¿olía a vino?

—¿Qué *eres*? —preguntó, inclinando la cabeza con curiosidad.

Fruncí las facciones en una expresión perpleja por un momento, y entonces recordé los detalles del expediente de Jack. Estaba colocado con Elysium cuando lo arrestaron. Tal vez todavía tenía algunos síntomas persistentes.

Decidiendo disculpar su rareza, suavicé mi rostro y sonreí una vez más—. Soy tu abogada —dije, como si hablara con un niño—. Me llamo Kiera Langley.

Su expresión pasó de curiosa a confundida, y luego a algo parecido a la aceptación. Pobre desgraciado. Tendría que tratarlo con guantes de seda, al menos hasta que se le pasara el efecto de la droga.

—Bien, Jack, he revisado la documentación presentada por la fiscalía y, bueno, voy a hacer lo mejor que pueda por ti —dije—. ¿Por qué no me cuentas tu versión de los hechos que ocurrieron la noche que fuiste arrestado?

Se recostó en la silla de plástico y finalmente apartó su intensa mirada oscura de mí, mirando al suelo.

—Había quedado con un amigo en el parque porque dijo que tenía algo para mí —explicó.

Le dirigí un gesto comprensivo y crucé los brazos sobre la mesa.

—Jack, estoy aquí para ayudarte, y solo puedo hacerlo si eres sincero conmigo. El estado ya sabe que estabas allí para una transacción de drogas. Tenías Elysium en tu sistema, una bolsa de dinero en el maletero de tu coche y numerosos casos de Elysium en tu apartamento. Te enfrentas a cargos de tráfico de drogas, pero si confías en mí, haré todo lo posible para que reduzcan tu condena.

Suspiró y negó con la cabeza, intentando cruzar los brazos sobre el pecho antes de recordar que tenía las muñecas esposadas, así que optó por meter las manos en su regazo.

—Vale, sí, estaba allí para un intercambio de drogas.

—Bien —dije con un tono alentador en mi voz—. Entonces, ¿qué ocurrió?

Miró nerviosamente hacia la puerta y luego de nuevo hacia mí.

—Lo que diga queda entre nosotros, ¿verdad?

Asentí.

—Sí, todo lo que me digas está protegido por el privilegio abogado-cliente. Legalmente, tengo prohibido repetir a nadie las cosas que me cuentes.

Suspiró de nuevo, y pude sentir prácticamente el conflicto que emanaba de él.

—Fui al parque para reunirme con un proveedor, uno de los peces gordos del cartel Las Chupas. Iba a ser mi primer trato con él.

—De acuerdo. ¿Con quién te habías estado reuniendo antes? —le insté—. A juzgar por la gran cantidad de Elysium en tu posesión, supongo que no era la primera vez que comprabas.

—No —dijo—. Encontré a alguien que solo era un pequeño traficante hace unos meses. Le compré varias veces, dije que era para otras personas, y después de ganarme su confianza, le dije que quería convertirme en traficante. Él organizó la reunión con su proveedor. Si la reunión salía bien y demostraba mi capacidad para vender, podría aceptarme en su círculo.

Terminé de garabatear notas en mi bloc legal y lo miré.

—¿Y por qué querías convertirte en traficante?

Se puso tenso, apretando la mandíbula.

—Está bien —le tranquilicé—. Esto es solo para que pueda entender un poco tu trasfondo y objetivos. No se usará en tu contra.

—No es eso —dijo—. Es solo que es... complicado.

Esperé, pero no dio más explicaciones. Así que cambié de estrategia.

—¿Tuviste suerte vendiendo?

Negó con la cabeza, manteniendo la mirada baja.

—Nunca vendí nada.

—¿Tuviste problemas para encontrar compradores? —Me resultaba difícil de creer. No es difícil encontrar adictos, especialmente en esta ciudad, y Jack ciertamente no parecía del tipo tímido.

—No. No planeaba vender nada.

Incliné la cabeza con curiosidad.

—Estoy confundida. Dijiste que querías convertirte en traficante y pasaste meses comprando un gran stock de la droga. ¿Era solo para consumo personal?

Su mirada se cruzó con la mía, ardiendo de indignación.

—No soy un drogadicto. Me divertí en mis años más jóvenes, pero nunca tomaría Elysium voluntariamente.

Me pellizqué el puente de la nariz, tratando de no mostrar la frustración que esta conversación desconcertante estaba provocando dentro de mí.

—Cuando te arrestaron, diste positivo en Elysium.

—Solo porque tuve que tomarlo —dijo, su voz sonando tan irritada como yo me sentía—. El proveedor dejó claro que no me entregaría el suministro a menos que lo "probara". No tuve elección, y créeme, no ha sido un picnic para mí.

Me mordí el labio, reflexionando sobre todo esto e intentando entenderlo. No iba a vender nada de la droga, pero quería convertirse en traficante. No tenía ningún sentido.

—Mira, Jack, quizás deberíamos retomar esta conversación dentro de unos días, después de que la droga haya tenido tiempo de salir de tu sistema —dije, apartándome de la mesa y poniéndome de pie.

—¡No! —Se puso de pie de un salto, y yo me sobresalté, retrocediendo un paso antes de registrar el pánico que brillaba en sus ojos marrones oscuros—. Por favor, realmente necesito salir de aquí. ¿Hay alguna forma en que puedas hablar con los responsables y reducir mi fianza? ¡No puedo quedarme aquí dentro!

Mi alarma se disolvió bajo la compasión que sentí por él. Solo podía imaginar lo difícil que era para él estar encerrado aquí, especialmente con su piel clara y su buen aspecto. Era un cordero entre lobos en esta cárcel.

—Podría intentar negociar un acuerdo con la fiscalía —dije en un tono más suave—. Pero solo si estás dispuesto a revelar la identidad de tu proveedor.

Su rostro se contrajo de frustración.

—No puedo hacer eso —dijo entre dientes, con tono reacio.

Le dirigí una mirada comprensiva.

—Si te preocupan las represalias del cartel, hay servicios que pueden ayudar...

—No —dijo con firmeza.

Ahora me tocaba a mí suspirar, con la paciencia agotándose. Este tipo era imposible.

—Veré qué puedo hacer. Volveré en uno o dos días después de tener noticias de la fiscalía.

Asintió, con los hombros caídos en señal de derrota. Pero ¿qué esperaba que hiciera? Cada palabra que salía de su boca era críptica, y parecía decidido a no darme ni una sola respuesta directa. ¿Cómo se suponía que iba a trabajar con eso?

Caminé hacia la puerta y di dos golpes, odiando el peso de la responsabilidad que sentía al dejar a Jack atrás. Lo que me hacía única como abogada era que me importaba, y aunque sentía que eso me hacía mejor abogada, a veces parecía una maldición. Significaba que, sin importar a quién defendiera, las apuestas siempre eran altas. Significaba que dolía mucho más cuando fracasaba.

Capítulo 5
Heath

Mi teléfono sonó en el portavasos mientras entraba en el aparcamiento de la cárcel. Aparqué en el primer sitio disponible y cogí el dispositivo, comprobando el nombre en la pantalla.

Charles.

Deslicé el botón de responder y me llevé el teléfono a la oreja. —¿Señor?

—Informe de situación —dijo secamente. Mi mentor no era dado a formalidades.

—Acabo de llegar a la cárcel —dije—. Voy a entrevistar a un tal Jack Reed, a quien encontraron con docenas de cajas de Elysium en su apartamento. Obviamente estaba traficando, pero según su perfil, no encaja en el tipo habitual. Creo que es un forastero, lo que significa que podría estar más dispuesto a hablar.

—Bueno, si alguien puede hacer que hable, ese eres tú —dijo Charles, y el orgullo comenzó a hinchar mi pecho ante el elogio—. Es de suma importancia que encontremos la fuente de la droga, Heath.

—Sí, señor —asentí, mientras ese orgullo se transformaba en determinación.

—Hazme saber lo que averigües de él —dijo.

—Por supuesto.

La línea se cortó.

Guardé el teléfono en el bolsillo delantero de mis pantalones, luego saqué el cordón de la guantera y me lo colgué al cuello. Bajé el parasol y abrí el pequeño espejo de su parte posterior, comprobando mi aspecto. La placa que colgaba del cordón se situaba perfectamente entre las solapas de mi americana gris sobre mi corbata negra, dándome el aspecto profesional que necesitaba.

Pero se sentía como una fachada. No importaba cuánto tiempo pasara, o cuánto ascendiera en los rangos, seguía sintiéndome como un fraude, como si nunca estuviera a la altura de las expectativas de quienes dependían de mí. No ayudaba el hecho de que estuviera viviendo dos vidas diferentes.

A regañadientes, cerré el espejo y empujé el parasol contra el techo del coche, abriendo la puerta y saliendo.

Mis zapatos bien lustrados resonaron contra el asfalto mientras caminaba hacia la entrada de la cárcel. La forma rígida e inflexible en que apretaban mis pies nunca dejaba de causarme incomodidad. Prefería con mucho las botas. Sin embargo, las botas no formaban parte del código de vestimenta para situaciones como esta. Preferiría estar mucho más en el campo que entre bastidores. La lucha era donde yo brillaba.

Pero esto era igual de importante, me recordé a mí mismo. El Elysium representaba un nuevo tipo de amenaza, y una que era mucho más peligrosa que cualquiera a la que nos hubiéramos enfrentado antes. Era un honor ser quien estuviera en el centro de esta investigación, y no podía permitirme fallar —el mundo no podía permitirse que yo fallara.

Entré en el edificio y me dirigí con confianza al quiosco de seguridad.

—Buenos días —dije al guardia mientras comenzaba a quitarme la pistola, el teléfono y la placa, colocándolos en la bandeja. Era casi mediodía, pero demasiado temprano para decir 'buenas tardes'.

El guardia no respondió mientras pasaba la bandeja por la máquina de rayos X y me indicaba con un gesto que pasara por el detector. Para mi sorpresa, la máquina emitió un zumbido furioso, y el guardia se plantó delante de mí.

—Por favor, quédese aquí con los brazos extendidos —me indicó, señalando el par de pegatinas para los pies en el suelo de linóleo.

Con un suspiro de irritación, me coloqué sobre las pegatinas y mantuve los brazos extendidos a los lados. El guardia pasó una varilla detectora de metales por mi cuerpo, y esta pitó al pasar por el

lado derecho de mi americana. Mirándome con sospecha, el hombre palpó el lugar, presionando un bulto contra mi pecho.

—Ah, sí, cómo he podido olvidarlo —dije mientras el guardia metía la mano en el bolsillo interior y sacaba el objeto ofensivo.

Lo sostuvo colgando de su cadena dorada, entrecerrando los ojos. —¿Un reloj de bolsillo?

No exactamente, pero él no necesitaba saberlo.

Lo llevó de vuelta detrás de su quiosco y lo dejó caer en una bandeja.

—Por favor, tenga cuidado con eso —le advertí con un tono involuntariamente cortante. El objeto era delicado e invaluable, y él lo estaba manipulando como si fuera una pieza de joyería tosca que no costara más que todo su salario anual.

Lo pasó por los rayos X, y al no encontrar ninguna amenaza en la pantalla de su monitor, lo puso con el resto de mis cosas. —De acuerdo, puede continuar.

Recogí el precioso instrumento, que los Cazadores llamaban paranómetro, y lo examiné a fondo. Aunque estaba diseñado para parecer un reloj de bolsillo, medía mucho más que el mero paso del tiempo.

En un lado, el indicador detectaba feromonas; su esfera estaba dividida por la mitad para las dos mayores amenazas a las que nos enfrentábamos: cambiantes y vampiros. En el otro lado, el indicador detectaba la presión atmosférica. Ese era menos fiable dependiendo de las condiciones meteorológicas y la elevación, y dado que ya no nos preocupábamos por las brujas, rara vez lo usábamos. Aun así, era bueno saber con qué tipo de criaturas estabas tratando.

Ambas esferas parecían estar completamente intactas; el paranómetro estaba libre de cualquier rasguño o golpe. Lo guardé con cuidado en el bolsillo interior de mi chaqueta, y luego me dispuse a recolocar el resto de mis pertenencias antes de acercarme al mostrador de registro.

—Hola —saludó la joven funcionaria detrás del mostrador, que parecía mucho más accesible que el guardia de seguridad.

Le sonreí. —Hola. Soy el detective Heath Rhodes y estoy aquí para entrevistar a uno de sus reclusos, Jack Reed.

—De acuerdo, déjeme comprobar —dijo mientras comenzaba a teclear y a revisar su pantalla—. Oh, parece que ahora mismo está con su abogada. ¿Le gustaría esperar?

—Sí, por favor —dije, manteniendo mi sonrisa encantadora a pesar de mi frustración por el retraso.

La funcionaria se sonrojó mientras su sonrisa se ensanchaba. —Muy bien. Siéntese allí, y un guardia le acompañará cuando la sala esté disponible.

—Gracias —dije, y me senté en una de las sillas que me había indicado.

La paciencia no era precisamente una virtud que practicara bien. Yo era un hombre de acción, y verme obligado a esperar, especialmente por un asunto tan importante, me ponía nervioso.

Distraídamente, saqué el detector del bolsillo de mi chaqueta una vez más y comprobé ambas esferas. Como sospechaba, las pequeñas agujas en ambos lados estaban en reposo. Era reconfortante saber que la funcionaria era humana. Alcé la mirada y la vi observándome desde detrás de su mostrador, sonrojándose aún más cuando nuestras miradas se cruzaron.

Debería estar acostumbrado a este tipo de atención a estas alturas. Mi atractivo físico era una de las razones por las que a menudo me elegían para misiones de inteligencia como esta. Mientras otros de mis compañeros estaban llenos de cicatrices y eran agresivos, yo estaba intacto y tenía tacto. Podía usar mi encanto para apaciguar a los demás, y mi educación poco convencional me había hecho, si no otra cosa, adaptable.

Aunque ayudaban a mi propósito, mi buena apariencia era un desperdicio en alguien como yo. Los enredos románticos no estaban en mis cartas. Me servían para algún romance ocasional, pero en

cuanto sentía que me implicaba demasiado, que me apegaba demasiado, tenía que terminarlo. La soledad que esto causaba me hacía reacio a buscar parejas sexuales, pero al fin y al cabo, yo también era humano.

La funcionaria era guapa de una manera estudiosa, con su cabello castaño recogido en un moño apretado y unas gafas delicadamente enmarcadas que cubrían sus grandes ojos azules. La idea de cortejarla de alguna manera me provocó un familiar y amargo dolor, así que aparté la mirada, relegando ese pensamiento al fondo de mi mente. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

—¿Señor Rhodes? —llamó la funcionaria después de unos largos minutos—. El señor Reed está listo para verle.

Me levanté cuando un guardia se acercó a mí, y le seguí hasta la gruesa puerta en la parte trasera del vestíbulo. Sonó el zumbido de desbloqueo, y el guardia me acompañó a un estrecho pasillo con otra puerta gruesa al otro extremo. Esperamos a que quien estuviera viendo las cámaras de vigilancia nos dejara pasar, y cuando por fin se abrió la puerta, me apresuré a entrar.

La puerta chocó contra algo, y unos papeles se desparramaron por el suelo.

—¡Joder! —exclamó una voz femenina y aguda desde detrás de la puerta.

Me deslicé por la estrecha apertura y encontré a una mujer agachada en el suelo, tratando frenéticamente de recoger sus papeles.

—Oh, lo siento mucho —dije, arrodillándome y ayudando a recoger los papeles que accidentalmente le había hecho tirar.

—¿No puedes mirar por dónde vas? —espetó, arrebatándome uno de los papeles de la mano.

—Oye, he dicho que lo siento —me defendí—. Por favor, déjame ayudarte.

—No te molestes —dijo, agrupando los papeles en un montón desordenado y apretándolos contra su pecho mientras se ponía de

pie.

Unos penetrantes ojos verdes se clavaron en mí cuando enderezó su postura, desarmándome extrañamente por un momento. Luego me empujó y se dirigió con paso firme al pasillo detrás de mí, refunfuñando entre dientes.

—¿Quién era esa? —le pregunté al guardia cuando se cerró la puerta.

—Es Kiera Langley, la abogada de tu detenido —me explicó.

Fruncí el ceño mientras me conducía a la sala de entrevistas. Lo más probable es que tuviera que trabajar con la señorita Langley al menos en varias ocasiones para cumplir mi tarea, y no podría haber causado una peor primera impresión. Tendría que encontrar una forma de controlar los daños después de mi entrevista.

Jack Reed seguía sentado en una silla cuando entré en la pequeña habitación. Su expresión afligida se endureció en una máscara pétrea cuando me miró, y supe que sería difícil de quebrar.

—Hola, Jack —dije, tomando asiento frente a él en la mesa—. Me llamo Heath Rhodes. Soy detective de narcóticos y me gustaría hacerte algunas preguntas.

Jack no respondió ni reaccionó en absoluto, simplemente mantuvo la mirada fija y serena sobre mí.

Entrelacé los dedos sobre la mesa y adopté una postura más relajada y amigable. —Sé que los cargos contra ti son un poco intimidantes. Me parece que te has visto envuelto en una mala situación, y que tú mismo no eres una mala persona.

Arqueó una ceja hacia mí, claramente escéptico ante mi enfoque amable.

—Si estás dispuesto a hablar conmigo, y quizás incluso a colaborar conmigo, probablemente pueda negociar un muy buen acuerdo para ti —tanteé.

Algo cambió en sus ojos, y se inclinó hacia adelante. —¿Puedes sacarme de aquí antes del ocho?

Mis cejas se movieron con curiosidad ante la especificidad de su pregunta. Eso era dentro de dos días. Podía entender perfectamente que quisiera salir de la cárcel, pero ¿qué importaba el momento? ¿Qué podría ser tan importante ante los graves cargos a los que se enfrentaba?

—¿Por qué? ¿Tienes una cita importante? —pregunté, manteniendo un tono ligeramente juguetón.

Entrecerró los ojos. —Simplemente *necesito* salir de aquí antes de esa fecha. ¿Puedes ayudarme o no?

Fruncí los labios, tratando de decidir la mejor manera de manejar a este tipo.

—Haré todo lo posible, pero solo si estás dispuesto a colaborar conmigo.

Se mordió el interior de la mejilla mientras deliberaba, manteniendo el contacto visual conmigo. —¿Qué necesitas de mí?

Bingo.

—Necesito que me digas para quién trabajas —dije.

Se burló. —No trabajo para nadie.

Mentira.

—¿Así que operas de forma independiente? —pregunté.

—Algo así —dijo vagamente.

—Vale, pero debes tener un proveedor —insistí—. Esos casos de Elysium no aparecieron por arte de magia en tu apartamento.

Asintió, y a medida que sus hombros se relajaban, casi pude ver cómo comprendía que necesitaba abrirse a mí para conseguir lo que quería.

—Durante los últimos meses, solo compraba a un camello —explicó —. La noche que me arrestaron fue mi primera reunión con el proveedor real.

Ahora estábamos avanzando.

—¿Sabes su nombre? —pregunté.

—No. —Otra mentira.

—¿Sabes cómo contactarle?

Hizo una pausa antes de responder. —Creo que sí.

Sonreí y asentí. —Eso es bueno. Lo que realmente necesitamos es a alguien infiltrado. Los términos del acuerdo serían que sigas trabajando con tu proveedor y nos proporciones información sobre su operación. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

Otro cambio en su mirada, y su postura se relajó aún más con una especie de aceptación. —Sí. Puedo hacer eso.

—Entonces creo que tenemos un trato —dije—. Moveré los hilos necesarios y te sacaré de aquí tan pronto como pueda.

—Tiene que ser antes del ocho, Rhodes —dijo, con un tono sombrío.

—¿Por qué? —pregunté, inclinando la cabeza con curiosidad.

—Simplemente tiene que ser así —dijo escuetamente, con un destello de desesperación en sus ojos.

Siguiendo una corazonada, saqué el detector de mi bolsillo del pecho y miré el indicador de feromonas. La pequeña aguja temblaba completamente hacia la derecha. Cambiante.

Y entonces lo comprendí: el ocho era luna llena.

Mierda. Un cambiante atrapado dentro de un edificio lleno de humanos en la noche de luna llena sería un desastre de proporciones épicas... sería una masacre.

Tenía razón. Necesitaba hacer todo lo que estuviera en mi poder, tanto como Cazador y como detective, para sacarlo de aquí antes de esa fecha. Si no podía, mucho más que esta operación estaba en juego.

—Me encargaré de ello —le prometí, y salí de la habitación, dirigiéndome directamente a la oficina de los fiscales estatales.

Tenía que mover todos los hilos posibles, y esperaba que mi encanto funcionara con el fiscal para acelerar el proceso, no solo por el bien de Jack, sino por el bien de cada ser humano bajo este techo.

Capítulo 6
Kiera

Una gota de sudor cayó sobre mi cara, deslizándose incómodamente cerca de la esquina interior de mi ojo, pero me negué a dejar que eso me distrajera. El peso de Macie me presionaba contra la colchoneta, y sus brazos se deslizaban poco a poco alrededor de mi cabeza, pero estaba más cerca de conseguir una sumisión de lo que ella creía.

Aflojé el agarre de mis piernas alrededor de sus caderas y golpeé sus costillas con los puños tan fuerte como mi limitada movilidad me permitía. Ella se mantuvo firme, resoplando contra el dolor que le estaba infligiendo. Pero logré lo que quería, distraerla lo suficiente de mi cara para poder estampar mi frente contra la suya.

Mientras su cabeza se tambaleaba, me escurrí hacia arriba en la colchoneta, agarrando uno de sus brazos con ambas manos y levantando mis piernas sobre sus hombros. Le doblé el brazo hacia atrás, haciendo que siseara y gruñera mientras intentaba en vano maniobrar contra mi presa. Pero la tenía atrapada, y ambas lo sabíamos.

Rómpeselo...

Las palabras susurradas se filtraron en mi mente mientras Macie se rendía, y mi corazón saltó en pánico, obligándome a soltarla.

Ambas rodamos sobre nuestras espaldas y nos quedamos tumbadas en la colchoneta, tratando de recuperar el aliento, pero la aceleración actual de mi pulso no era por el agotamiento, sino por el horror.

Me había visto tan claramente rompiendo el hueso de su brazo, y el impulso de hacerlo había sido como una comezón que necesitaba rascar. ¿Qué demonios me pasaba? No era una persona violenta. Solo practicaba artes marciales mixtas como vía de escape. Era el

equivalente físico de jugar al ajedrez, y me encantaba la estrategia que implicaban ambos. Pero el deseo de hacer daño a alguien nunca formaba parte de la ecuación.

Solo fue un extraño pensamiento intrusivo. Nada más.

Me giré sobre el vientre y me incorporé, ofreciéndole una mano a mi compañera.

—Estás mejorando en el montaje —le dije.

—No lo suficiente para competir contigo —bromeó, secándose el sudor de la frente con el brazo.

Me reí mientras íbamos al borde de la colchoneta y cogíamos nuestras botellas de agua—. Pero yo llevo años haciendo esto. Si sigues así, me harás rendirme en nada.

—Claro —dijo con escepticismo mientras bebía un trago de agua, y entonces sus ojos casi se le salieron de las órbitas mientras luchaba por tragar—. Vaya, ¿quién es ese?

Giré la cabeza en la dirección de su mirada boquiabierta. Había un hombre observándonos desde el banco mientras se envolvía una venda alrededor de la mano. Me resultaba familiar, con pelo castaño claro corto y ojos azul cielo, pero no podía ubicar exactamente de dónde le conocía. Desde luego, nunca le había visto antes en este gimnasio.

—No lo sé —dije pensativa, intentando aún identificar la relación.

—Bueno, sea quien sea, está buenísimo —dijo, alisándose el pelo como si quisiera presentarse más arreglada.

Resoplé—. Supongo.

No se equivocaba. Su constitución sugería que era ex militar, pero su rostro, innegablemente atractivo, tenía una cierta dulzura. Y con esos ojos azul bebé...

Bah, que le den. Probablemente sea un capullo, como todos los demás.

Terminó de vendarse las manos y vino hacia nosotras, sonriéndome como si también me reconociera—. Qué casualidad encontrarla aquí,

señorita Langley.

Fruncí el ceño—. Lo siento, ¿cómo me conoce?

—Soy el idiota que se chocó con usted esta mañana en la cárcel —dijo en tono juguetón—. Todavía me duele la cabeza de cómo me la arrancó a gritos.

Apreté los labios y asentí mientras mi piel se erizaba de vergüenza —. Oh. Cierto.

—Kiera, ¿no vas a presentarme a tu amigo? —interrumpió Macie, dándome un codazo con demasiada fuerza y pestañeando hacia él.

—Eh, lo haría, pero en realidad no sé su nombre —esquivé, sintiéndome más incómoda a cada segundo que pasaba.

Él se rio y me tendió la mano—. Me llamo Heath Rhodes. Soy el detective de narcóticos que lleva el caso de tu defendido.

—Ah —dije, aceptando su mano vendada y dándole un breve apretón—. Pues ahí lo tienes.

Luego estrechó la mano de Macie.

—Soy Macie Abrams —dijo ella con coquetería—. No estoy en el mundo legal ni nada, solo soy barista en Starbucks. Pero pásate cuando quieras y me aseguraré de que tu pedido sea por cuenta de la casa —le guiñó un ojo.

Sus mejillas se sonrojaron ligeramente mientras miraba tímidamente hacia otro lado, lo que resultaba extrañamente entrañable, aunque desafortunado para Macie. —Eh, gracias. Lo tendré en cuenta.

Dirigió su atención hacia mí. —Lo hiciste muy bien ahí dentro. ¿Te quedas un rato más?

Una chispa de emoción se encendió dentro de mí. Entrenar con Macie estaba bien, pero como ella tenía menos experiencia que yo, debía ser comedida; lo último que quieres hacer durante el entrenamiento es lastimar a tu compañera. Practicar con hombres era completamente diferente. Podía usar toda la fuerza de mi potencia, habilidad y esfuerzo, y aun así seguiría siendo un desafío —y no había nada que me gustara más que un buen reto.

—Sí, me quedaré un rato —dije encogiéndome de hombros.

—Genial. Intenta no ser muy dura conmigo, ¿vale? —Se quitó la camiseta interior por encima de la cabeza, la lanzó al banco con el resto de sus cosas y se dirigió al centro de la colchoneta.

—Dios. Mío —susurró Macie, prácticamente babeando mientras violaba visualmente los definidos músculos de su espalda desnuda—. Nunca había sentido tanta envidia de ti. ¡Ojalá pudiera quedarme a mirar, pero tengo que ir a trabajar mi turno!

Me reí por lo bajo, resistiendo la tentación de mirarlo yo también. —Lo único que te vas a perder es verme hacer el ridículo completamente y gruñir como Arnold Schwarzenegger. Nada sexy en eso, créeme.

Ella dio saltitos sobre las puntas de los pies y se mordió los labios antes de soltar un pequeño chillido. —¡Maldita sea, vale, tengo que irme! ¡Pero mañana me lo cuentas todo!

La despedí con la mano mientras corría a recoger sus cosas, y luego me dirigí a la colchoneta para unirme a Heath, quien se giró para sonreírme una vez más. La vista desde el frente era aún más atractiva, cada músculo de sus pectorales y abdominales parecía esculpido en mármol. Como muchos hombres con los que entrenaba, tenía un tatuaje en el pectoral derecho —una daga atravesando una media luna— pero no distraía de su perfección física. Y el bulto en sus despiadadamente ajustados pantalones cortos de gimnasia...

¡No, para! ¡No es eso lo que estamos haciendo aquí!

—¿Estás lista? —preguntó, estirando los brazos de lado a lado.

—Probablemente no —admití.

Sonrió con suficiencia mientras encendía su teléfono. —¿Vamos a por cinco minutos?

—Si crees que puedes aguantar tanto —bromeé.

Se rio. —Esto va a ser divertido.

Tocó en su teléfono y colocó el dispositivo contra la pared.

—Te dejaré hacer el primer movimiento —dijo, agachándose en posición defensiva y preparando sus puños ligeramente cerrados a ambos lados de su cara—. Cuando estés lista.

Imité su postura y comencé a rodearlo, evaluando la mejor manera de atacar. Fingí algunos puñetazos, probando sus reflejos y velocidad. Era rápido, agachándose y esquivando mientras sus pies saltaban por la colchoneta.

—¿Cuánto tiempo llevas entrenando? —preguntó, lanzándome un puñetazo.

Me agaché bajo su brazo y lancé un golpe a sus costillas, aunque por su reacción, bien podría haber sido una caricia.

—MMA desde la universidad, pero lucha desde el instituto —respondí, alejándome de un salto de su intento de patada alta—. Era la única chica en un equipo de todos chicos.

—Impresionante. No te habría tomado por luchadora. Pareces más del tipo «la pluma es más poderosa que la espada» —me guiñó un ojo provocativamente.

A la mierda. Me lancé contra él, embistiendo contra su estómago para intentar derribarlo; era mejor en el suelo.

Me recibió con un «uf», plantando los pies y presionando contra mí para mantenernos a ambos en pie. En cuestión de segundos, nuestros hombros estaban trabados, con los brazos enredados alrededor del cuello y la espalda del otro mientras luchábamos contra la fuerza del peso contrario.

—No está mal, señorita Langley —resopló en mi pelo.

—Es Kiera —gruñí, y luego lancé mi pierna y barrí con el talón la parte trasera de su tobillo.

Tropezó hacia atrás y, en un enredo de extremidades, caímos juntos sobre la colchoneta. Intenté zafarme lo suficiente de su agarre para maniobrar detrás de él mientras caíamos, pero sus fornidos brazos seguían encerrados alrededor de mi cabeza, atrapándome contra su firme pecho de modo que quedé presionada encima de él.

Fijé mis muslos alrededor de su cintura tan fuerte como pude, tratando de ignorar la presión de su bulto contra mi pelvis, aunque me enviaba un pulso de emoción por todo el cuerpo.

—¿Cuánto tiempo llevas entrenando? —pregunté contra su pecho mientras empujaba hacia arriba sus brazos alrededor de mi cabeza.

—Desde los trece años —jadeó, manteniéndose firme.

—Ah, entonces solo cinco años —bromeé.

Soltó una carcajada. —¡Ja! Me halaga que pienses que parezco tan joven.

—En realidad estaba juzgando por tu personalidad —dije entre dientes apretados.

—Si solo tu juego de suelo fuera tan afilado como tu lengua —me devolvió.

Esta era mi parte favorita del combate: las pullas. Y era agradable saber que este tipo podía seguirme el ritmo tanto con su ingenio como con su habilidad combativa. Quizá no era tan malo después de todo.

Con un golpe a su costado y un tirón de mi cuello, logré sacar la cabeza de debajo de su antebrazo, pero perdí el agarre de mis muslos en el proceso, y él aprovechó la oportunidad. Con una serie de movimientos rápidos y una fuerza impresionante, levantó sus piernas alrededor de mi cintura y nos hizo rodar, girándome mientras nos movíamos para quedar encima de mí con mi espalda contra él.

Mierda.

Subí rápidamente mis brazos para proteger mi cuello justo antes de que él colocara su brazo alrededor de mis hombros. No sé cuánto tiempo permanecimos así, su mano libre forcejeando con mis brazos mientras su otro brazo se tensaba, intentando meterse bajo mi barbilla. El esfuerzo de solo mantenerlo alejado era agotador, y la inconfundible presión contra mi glúteo derecho resultaba increíblemente desconcertante.

Finalmente, bajó mis brazos lo suficiente para deslizar su antebrazo contra mi pecho, pero metí la barbilla antes de que pudiera colocarla

contra mi cuello. Esto aún no había terminado. Sabía que podía salir de esta. Poco a poco, meneé las caderas, alejándome muy lentamente de su agarre con cada pequeño movimiento.

Un pitido sonó cerca, y me soltó. Me escurrí de sus brazos y me encorvé sobre la colchoneta mientras recuperaba el aliento.

—No está mal —dijo, dándome palmaditas en el brazo con su mano vendada.

—Tú tampoco lo haces mal —jadeé—. Pero con un minuto más habría conseguido escapar.

—Solo si yo te hubiera dejado.

Ambos nos reímos, y cualquier hostilidad o recelo que pudiera haber sentido hacia él anteriormente había desaparecido. Rodar con alguien te hace eso. Intercambias sudor con alguien durante unos minutos, ambos trabajando juntos y aprendiendo el uno del otro, y se forma una especie de camaradería.

—Oye, siento haberte gritado antes —dije—. Estaba teniendo un mal día y lo pagué contigo.

Se incorporó y cruzó las piernas debajo de él. —No pasa nada. Realmente debería haber prestado más atención. De ahora en adelante, abriré cada puerta con la cautelosa suposición de que alguien podría estar irrumpiendo al otro lado.

Solté una risa. —Al menos has aprendido algo.

Se rio. —¿Qué hizo que tu día fuera tan malo, si no te importa que pregunte? ¿Tu defendido fue un capullo contigo?

—¿Qué? No, él estuvo bien —negué con la cabeza.

Iba a ofrecer alguna explicación vaga, pero la manera suplicante en que Heath me miraba me hizo querer bajar mis defensas, solo un poco.

—No, yo, eh... me han dado ghosting después de estar viéndome con alguien durante el último mes —admití, mirando mis pies.

Su ceño se frunció confundido. —¿En serio? ¿Quién en su sano juicio te dejaría *a ti* plantada?

—Un completo imbécil, aparentemente —murmuré.

—Lo siento —dijo—. Está claro que ese tipo no te merece. Y quizá su pérdida sea mi ganancia. ¿Puedo invitarte a una copa después de esto?

Mis músculos agotados se tensaron a la defensiva, como si se prepararan para una pelea. —Eh, mira, Heath. Pareces un buen tipo, pero simplemente no estoy preparada para nada ahora mismo.

Levantó las manos en señal de rendición. —Sin compromiso, solo unas copas amistosas entre un detective y la abogada que defiende a su delincuente. Lo prometo. —Trazó una cruz sobre su pectoral izquierdo con el dedo índice.

Unas copas sonaban bien después del día que había tenido, y la idea de tomarlas sola en casa era un poco deprimente. —De acuerdo, pero nada de tonterías y nada de hablar del trabajo.

Se rio. —Trato hecho.

Después de unas cuantas rondas más donde ninguno de los dos logró una sumisión, ambos nos pusimos nuestras prendas profesionales sobre la ropa sudada del gimnasio y subimos a nuestros coches, conduciendo hasta la Chiquita Cantina que había a la vuelta de la esquina. Lo bueno de La Cima era que era pequeña, y todos los lugares que merecían la pena estaban a cinco minutos en coche de todo lo demás.

Solo había estado en este bar de mala muerte un puñado de veces con algunos de mis colegas abogados, y siempre a regañadientes; los bares no eran realmente lo mío, especialmente en este pueblo donde la mitad de los clientes probablemente eran personas a las que había defendido en el pasado o miembros de la policía local que me odiaban por demostrar su incompetencia en numerosas ocasiones.

Afortunadamente, cuando entré en el bar esta tarde con Heath, no vi a nadie conocido.

Fuimos a una esquina de la barra y nos acomodamos en un par de taburetes vacíos. El fornido camarero hispano se acercó a nosotros.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó.

—Una Dos Equis para mí —dijo Heath—. Y lo que la señorita quiera tomar.

Crucé los brazos sobre la barra. —Tomaré un whisky con hielo. Cualquiera que tengas está bien.

El camarero asintió y se puso a preparar nuestras bebidas. Heath apoyó un codo en la barra y giró en mi dirección.

—No te tomaba por una chica de whisky —dijo.

—Seguro que hay muchas cosas que no sabes de mí —repliqué con un aire intencionadamente misterioso.

El camarero colocó una jarra alta y escarchada y un pequeño vaso de whisky delante de nosotros, y ambos acercamos nuestras bebidas.

—¿Como el hecho de que recientemente ganaste un caso de asesinato de alto perfil? —dijo Heath antes de dar un sorbo a su cerveza.

Arqueé una ceja. —Me has investigado —no era una pregunta, sino más bien una declaración de sorpresa.

—Sería un detective bastante malo si no hiciera mi trabajo —levantó su jarra hacia mí—. Enhorabuena, por cierto.

Reprimiendo una sonrisa, levanté mi vaso y lo choqué contra el suyo. —Gracias.

Me llevé el líquido marrón ahumado a la boca y lo tragué, saboreando la quemazón que prometía un escape momentáneo de mis tensiones triviales mientras bajaba por mi garganta.

—Así que eres una abogada defensora cañera que entrena artes marciales mixtas en su tiempo libre —dijo—. Es una combinación interesante.

—Sí, supongo que lo es —admití, girando la fina pajita entre los cubitos de hielo de mi vaso—. Hubo un tiempo en que quise hacerme profesional en la universidad. Tuve algunos combates de competición y los gané todos. Pero entrenar al mismo tiempo que

estudiaba Derecho era demasiado. Tuve que elegir. Al final, ejercer el derecho es donde está mi pasión... y paga más.

—Probablemente mejor que hacer cumplir la ley —dijo con una risita, y luego dio otro trago.

—Sin duda —bromeé—. Pero, ¿disfrutas con lo que haces?

Inclinó la cabeza de un lado a otro como si sopesara su propia opinión. —A veces. Definitivamente no es un trabajo fácil. Y puede ser solitario —sus ojos se mostraron distantes por un momento, pero luego controló su expresión, dándome la sensación de que no pretendía decir esa última parte—. Pero, al final del día, soy un agente del bien, y eso es lo único que importa.

Asentí y volví a llevarme la bebida a los labios, reconociendo a regañadientes un creciente respeto por él. —Es una perspectiva muy humilde. Definitivamente no eres quien esperaba que fueras.

Sus ojos azules se suavizaron e intensificaron a la vez mientras sostenían mi mirada. —Puedo decir lo mismo de ti. En realidad, me alegro de haber chocado contigo esta mañana.

Solté una risa burlona. —Por favor, en el futuro no lo hagas de forma tan literal.

—Haré lo que pueda —dijo.

Levantó su jarra para beber, pero se detuvo a medio camino, la dejó y se metió la mano en el bolsillo para mirar su móvil. Su expresión relajada desapareció, sus facciones se tensaron, y volvió a mirarme.

—Lo siento, tengo que irme —bajó del taburete y puso un fajo de billetes sobre la barra junto a su jarra medio vacía.

—Oh —dije, irguiéndome mientras me giraba para observarlo—. ¿Está todo bien?

—Sí, es solo que el deber llama —dijo—. Pero esto ha sido divertido. Espero que podamos repetirlo alguna vez.

—Claro —dije, aunque el cambio en su comportamiento me descolocó.

Hizo un gesto con la mano y salió corriendo de la cantina, dejándome sola en la barra con mi vaso de whisky. La forma repentina en que se marchó, sin ofrecer mucha explicación, me hizo sentir despechada de un modo demasiado familiar. No es que me debiera nada, pero no me gustó el recordatorio de que había sido abandonada por alguien a quien me había permitido apreciar de verdad.

Aunque sabía que no debería, saqué mi móvil y volví a comprobar mis mensajes. Seguía sin haber nada de Cole.

Apagué la pantalla y volví a meter el teléfono en el bolso, luego me bebí el resto del vaso de un trago y me bajé del taburete.

Por esto no me abría a la gente, por esto no dejaba entrar a nadie. Y en realidad estaba agradecida a Heath y a Cole por recordarme que estaba mejor sola.

Capítulo 7
Kiera

Me fui a casa sola. Otra vez.

Heath había salido disparado del bar con una excusa vaga, dejándome mirando el último centímetro de mi bebida como si contuviera respuestas. No las tenía. Solo sabía plana y amarga, como todo lo demás esta noche. Me dije a mí misma que no me importaba —que ni siquiera había querido su compañía en primer lugar— pero la verdad era más difícil de ignorar.

Ser abandonada dos veces en una semana —primero Cole, ahora Heath— excavó un espacio en mi pecho que no quería admitir que era soledad.

Cuando llegué a mi entrada, el zumbido de los neones y el bullicio del bar se habían desvanecido, dejando solo el ronroneo de mi motor y el martilleo en mi cabeza. Apagué el contacto, me quedé sentada en silencio un momento y me obligué a respirar profundamente antes de salir del coche.

La casa me recibió con silencio. Ni siquiera el zumbido de la nevera al que me había acostumbrado llenaba el aire. Me quité los tacones junto a la puerta y encendí la lámpara del sofá. La luz amarilla se derramó sobre los muebles familiares, suavizando los bordes, pero no hizo que el lugar se sintiera menos vacío.

Me dirigí directamente a la cocina. Una botella de cabernet me esperaba en la encimera, ya medio vacía desde la otra noche cuando había intentado —y fracasado— ahogar mis pensamientos con alcohol. Esta noche, ni siquiera me molesté en buscar excusas. Cogí una copa, serví generosamente y la llevé al sofá.

Mientras daba un gran sorbo, mi mirada se posó en la pequeña figura dorada de un dragón que descansaba sobre mi estantería, sus

ojos enjoyados brillando bajo la luz de la lámpara y mirándome desde arriba de una manera decididamente burlona.

No pude evitar recordar la noche en que me la regalaron.

Tenía papeles esparcidos por toda la mesa de centro, blocs de notas amarillos cubiertos con mi letra, rotuladores fluorescentes desperdigados como bajas de guerra. El apartamento estaba en penumbra, iluminado solo por la lámpara junto al sofá, pero mis ojos aún ardían de leer los mismos argumentos una y otra vez. Mañana eran los alegatos finales. Mañana yo me interponía entre mi cliente y una condena que duraría más que su vida.

Mi pecho se tensaba cada vez que imaginaba su rostro —con arrugas, cansado, pero esperanzado. Confiaba en que yo lo salvaría. En mí. Si el jurado se equivocaba, si yo fallaba aunque fuera una vez, moriría tras las rejas. Y eso sería culpa mía.

El pensamiento hacía temblar mis manos. Presioné las palmas contra mis rodillas, obligándome a respirar.

Cuando Cole me escribió para salir, ni siquiera pude inventar una excusa educada. Le dije que no. Le dije que no podía.

Pero entonces llegó su segundo mensaje. "¿Puedo pasar de todos modos? Tengo algo para ti".

Casi dije que no otra vez. Pero una parte de mí —la parte que no soportaba otra noche a solas con mis pensamientos— cedió. "Vale".

El golpe en mi puerta llegó antes de lo esperado. Crucé la habitación, ajustándome la rebeca, y abrí.

Cole estaba allí sosteniendo una pequeña caja de cartón, con la lluvia humedeciendo su pelo. Sus ojos se suavizaron cuando me vieron.

—Pareces haber pasado por el infierno.

class="p2"> *Solté una risa sin humor y me hice a un lado para invitarlo a entrar. —¿Tan obvio es?*

—Pero sigues preciosa —añadió mientras entraba, ajustando la caja en sus manos.

Miré la caja con curiosidad mientras lo conducía al sofá y nos sentábamos.

—Planeaba darte esto al cumplir un mes, pero pensé que podría servirte ahora —me la ofreció.

Intrigada, la acepté. Levanté la tapa y me quedé paralizada. Dentro, anidada en un paño de terciopelo, había una figura de dragón dorada con incrustaciones de joyas, intrincada y brillante. Sus alas arqueadas, cola enroscada, escamas atrapando la luz como fuego atrapado en metal.

—Cole... —susurré—. Esto parece... de valor incalculable.

Él se encogió de hombros, como si no fuera nada. —Ha estado en mi colección durante años. Pensé que tal vez podrías necesitar un dragón de tu lado ahora mismo. Fuerte. Feroz. No se rinde. Para recordarte tu propia fuerza.

El nudo en mi garganta casi me ahogaba. Parpadee con fuerza, colocando la caja con cuidado sobre la mesa de café. —No merezco esto.

—Sí que lo mereces —dijo él, con voz firme—. Mereces mucho más que esto.

Me dejé caer en el sofá, pasándome una mano por el pelo. —Mañana se decide todo. Si no consigo convencer a doce desconocidos de que mi cliente es inocente, pasará el resto de su vejez en prisión. Y sabré que es porque no fui lo suficientemente buena. Porque le fallé.

Cole se acercó más, su muslo rozando el mío y su calor impregnándome. —Kiera, mírame.

Forcé mi mirada hacia arriba.

—Eres la persona más inteligente y capaz que jamás he conocido —dijo, lenta y seguramente—. Si alguien puede hacer esto, eres tú. Y si el sistema le falla, no es culpa tuya. No puedes cargar con el peso de un mundo roto tú sola.

La convicción en su voz quebró algo dentro de mí. Las lágrimas ardían en mis ojos, calientes e inoportunas. —¿De verdad crees eso?

—Lo sé. —Tomó mi rostro entre sus manos, su pulgar limpiando la lágrima antes de que cayera. Su mirada no vaciló—. Tienes fuego dentro de ti, Kiera. Más del que te das cuenta.

Mi respiración se entrecortó y, antes de que pudiera dudarlo, me incliné hacia delante. Nuestros labios se encontraron, suaves al principio, vacilantes, luego más hambrientos a medida que la tensión entre nosotros se rompía. Su mano se deslizó por mi pelo, la mía aferrándose a su camisa, acercándole más. El mundo, el juicio, el peso del mañana... todo se disolvió bajo su calor.

Mi cuerpo anhelaba más, la necesidad palpitando a través de mí, desesperada por ahogarme en él. Pero justo cuando me movía contra él, Cole rompió el beso con un gemido, apoyando su frente en la mía. Su respiración era rápida, entrecortada.

—Kiera —murmuró—, si seguimos, no querré parar. Y no quiero apresurar esto. No contigo. Lo que tenemos es demasiado bueno para precipitarlo.

La frustración y el anhelo se enredaron dentro de mí, pero busqué en sus ojos y no encontré más que honestidad. Contención. Cuidado.

Tragué saliva con dificultad, asintiendo. —Vale. Confío en ti.

El alivio cruzó su rostro antes de atraerme hacia sus brazos, acurrucándome contra su pecho. Su corazón latía firme bajo mi mejilla, dándome más estabilidad que cualquier otra cosa en semanas.

Nos quedamos así hasta que el reloj marcó pasada la medianoche. Cuando finalmente se levantó para marcharse, no quería soltarlo. Pero lo hice.

Mientras la puerta se cerraba tras él, miré de nuevo al dragón que brillaba sobre la mesa. Feroz. Fuerte. Un recordatorio de que incluso cuando el mundo parecía imposible, no lo estaba enfrentando sola.

Lo que una vez fue un dulce recuerdo se había agriado, infectando mi corazón. Quería estar enfadada con él, pero en este momento, todo lo que podía sentir era dolor.

Vacié mi copa de un solo trago. El vino me quemó al bajar, pero no me dio calor.

Le echaba de menos. Dios, cómo le echaba de menos. La forma en que me miraba como si importara, como si no fuera solo una distracción pasajera. ¿Por qué había desaparecido? ¿Por qué esfumarse después de eso... después de *eso*?

Atraje un cojín hacia mis brazos, abrazándolo con fuerza, y dejé que las lágrimas que había estado conteniendo durante días finalmente cayeran.

Había creído realmente que teníamos algo especial. Aquella noche, en sus brazos, estaba segura de ello.

Quizás me equivocaba. Quizás se había ido para siempre.

Pero su voz persistía, firme y segura, haciendo eco en el vacío que había dejado: *Lo que tenemos es demasiado bueno para precipitarlo.*

Quería creerle.

Pero ahora todo lo que tenía era un sofá vacío y el sonido de mi propio llanto, amortiguado contra la tela.

Así que lloré, decidida a que estas lágrimas serían las últimas que derramaría por un corazón roto.

Capítulo 8
Cole

El martilleo en mi cráneo me devolvió lentamente a la consciencia, despertándome poco a poco con cada golpe atronador. Mis párpados se abrieron con dificultad, formas difusas apareciendo en la oscuridad a través de la neblina que cubría mi visión.

Parpadee, con los párpados pesados, intentando aclarar mi vista. Las formas a mi alrededor fluctuaban entre la claridad y la confusión con cada latido de mi cabeza, hasta que finalmente se solidificaron en figuras de personas inconscientes recostadas contra la pared frente a mí.

¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado aquí? Mi memoria era una espesa niebla gris, y no podía hurgar en ella para recordar qué me había llevado a este momento. Lo último que podía recordar era que estaba esperando con ilusión la cena con Kiera mientras trabajaba en mi despacho de casa.

Giré la cabeza hacia la izquierda, notando mi cuello extrañamente suelto y la cabeza pesada, y mi barbilla se desplomó contra mi hombro.

Había más cuerpos dormidos alineados contra la pared a mi lado, y el peso que presionaba mi brazo derecho me indicaba que lo mismo ocurría a mi otro costado. Con esfuerzo, tensé mi débil cuello y miré a mi alrededor, analizando el entorno.

El espacio en el que me encontraba era largo y estrecho, con solo unos pocos metros separándome de la fila de personas frente a mí. Las paredes, el techo y el suelo parecían estar hechos de metal gris, y el balanceo bajo mi cuerpo sugería que la estructura que me contenía estaba en movimiento.

Un gemido mecánico y grave sonó desde fuera de la parte delantera de este espacio estrecho.

Un camión. Estaba en el remolque de un camión.

El miedo me atravesó como una descarga, y me enderecé de golpe alejándome de la pared, solo para descubrir que mi movilidad estaba restringida. Bajé la mirada hacia mi cuerpo, buscando la fuente de la restricción. Mis muñecas estaban atadas con gruesos grilletes metálicos, de los cuales colgaban cadenas que se extendían hasta unos ganchos empotrados en el suelo.

Tiré de ellas, pero se tensaron con un agudo *clic*.

¿Qué coño era esto?

No importaba. Quienquiera que me hubiera encerrado aquí no sabía con quién o con qué estaba tratando.

Busqué en mi interior a mi dragón, listo para hacer una transformación explosiva y liberarme de mis ataduras para largarme de aquí. Pero mi dragón no respondía. Podía sentir su presencia, pero estaba aletargado. Frío.

Mientras mis pensamientos luchaban contra la nebulosa palpitante de mi mente, me di cuenta de que mis captores *sí* sabían exactamente con qué estaban tratando. Me habían administrado algún tipo de supresor de transformación, lo que significaba que mi poder también sería ineficaz.

Pero tenía que intentarlo.

Intenté que el pozo de calor en mi núcleo generara llamas en mis palmas para poder derretir los grilletes metálicos y liberarme. Nada. Al igual que con mi dragón, no sentía nada más que frío en mi interior. Y cuanto más lo intentaba, más frío y débil me sentía.

Maldición.

Una vez más, miré a mi alrededor, prestando especial atención a los rostros de quienes me rodeaban. No reconocía a ninguno, pero a medida que mis sentidos regresaban, me trajeron consigo una comprensión que me heló hasta los huesos.

Cambiaformas. Cada persona en este remolque era un cambiaformas. Licántropos, arpías, nagas, incluso el aroma verde

marino de una sirena se arremolinaba en el cóctel de aromas que llenaba el aire de este contenedor estrecho.

El horror se encendió en mi pecho, extendiendo un hormigueo helado por toda mi piel.

¿Qué querría alguien capturando un montón de diferentes especies de cambiaformas?

¡Cazadores!

Negué con la cabeza. No, los Cazadores no se limitaban a capturar cambiaformas; los mataban al instante. A menos que necesitaran información, pero no mantendrían viva a toda una horda de cambiaformas aleatorios para eso. Por lo que podía ver, lo único que tenía en común con los demás atrapados en este remolque era que no éramos humanos.

Entonces, ¿quién estaba detrás de esto y con qué propósito? Podrían ser científicos humanos que querían experimentar con nosotros.

Mi respiración se volvió más rápida y superficial. Cualquiera que fuese el motivo de mi secuestro, no era bueno, y tenía que salir de aquí, tenía que sacar a *todos* de aquí.

Con mi limitado rango de movimiento, me palpé en busca de cualquier cosa potencialmente útil. Mi teléfono, por supuesto, había desaparecido, al igual que mi cartera y el llavero electrónico. Aunque tampoco me ayudarían mucho. No había muchas personas a las que pudiera llamar para pedir ayuda. Y dado que no tenía ni idea de dónde estaba, incluso la policía sería bastante inútil.

En realidad no quería saber si mis padres intervendrían, si siquiera aceptarían una llamada mía. La idea de que pudieran haberme abandonado por completo dolía demasiado como para considerarla. A Tobias le importaría, pero ¿cuánto tiempo pasaría antes de que sospechara que había desaparecido? Solo hablábamos cada pocas semanas, y quién sabía qué sería de mí para cuando hiciera su próxima llamada de control.

Solo podía contar conmigo mismo.

Un dolor sordo en mi pecho que había estado flotando justo bajo mi conciencia desde que desperté, arañó la superficie, intensificándose con cada momento de lucidez. Era el mismo dolor que había comenzado a sentir la noche que conocí a Kiera.

¡Kiera!

Con el pánico corriendo por mis venas, giré la cabeza en todas direcciones, examinando los rostros de mis compañeros cautivos en busca de alguna señal de ella. Mi pulso acelerado solo se ralentizó mínimamente cuando tuve la certeza de que no estaba aquí.

Quienquiera que me hubiera capturado no la había atrapado a ella, al menos no todavía. Pero, cualesquiera que fueran sus intenciones, no podía imaginar que no la quisieran si entraba en su radar. Ella era algo especial, algo raro. Cambiaformas, bruja o algo completamente inaudito, aún estaba por descubrirlo.

Solo por esa razón, esperaba que no viniera a buscarme. Aunque el creciente dolor dentro de mí confirmaba una sospecha que había tenido durante el último mes.

La única persona que había conocido que se había improntado con su pareja era Tobias, pero nunca le había oído contar cómo se sentía ese momento, así que cuando un mareo me golpeó la primera vez que vi a Kiera, lo atribuí a un bajón de azúcar o al resultado de la privación de sueño por mis largas horas de trabajo.

Pero desde esa primera cita, no podía saciarme de estar en su presencia. El anhelo de verla, de hablar con ella, de *tocarla*, era como una adicción. Era demasiado esperar haber encontrado tal vínculo con alguien, después de toda una vida en la que me dijeron que nunca conocería el amor.

Sentado aquí en este remolque, alejándome cada vez más de ella, ahora sabía que era cierto. Me había improntado con Kiera Langley, solo para ser apartado de ella poco después. Qué amarga ironía. Lo peor era que si pasaba demasiado tiempo sin estar cerca de ella, moriría. Así funcionaban las improntas. Ella nunca sabría lo que me había pasado.

No iba a permitir que eso ocurriera.

Mis manos inquietas tropezaron con algo en el bolsillo lateral de mis pantalones, y metí la mano, agarrando con fuerza el objeto largo y delgado. Saqué mi bolígrafo de la suerte y lo miré fijamente. Mis captores o no lo habían encontrado o no lo consideraron digno de confiscar. Un objeto tan mundano, pero mi mente repasó todas las formas en que podría usarlo a mi favor.

Girando mi muñeca, inspeccioné el grillete metálico que la rodeaba. Había una pequeña cerradura junto a la articulación. Arranqué el capuchón de mi bolígrafo y comparé la punta con el orificio. Entraría, y tal vez, solo tal vez, podría trabajarlo lo suficientemente profundo para forzar la cerradura.

Nunca había hecho nada parecido, criado bajo el paraguas de la riqueza de la familia Dracul, pero personas menos afortunadas se ganaban la vida con esa habilidad, y yo estaba ahora tan desesperado como ellas.

Presioné suavemente la punta del bolígrafo en el agujero, tanteando las cámaras. Después de unos minutos de hurgar y mover, sentí que entendía la dinámica de la pequeña cerradura. Si inclinaba la punta contra la cámara superior y empujaba justo así, podría liberarse.

Deslicé el bolígrafo más profundamente, sintiendo cómo se colaba junto a la cámara superior, luego hice palanca contra ella. Un poco más, un poco más...

¡Crac!

Mi respiración se entrecortó ante ese devastador sonido, y mis esperanzas se desinflaron cuando la tinta negra comenzó a gotear al suelo desde el ojo de la cerradura. Con mano temblorosa, retiré el bolígrafo y miré con tristeza el extremo ahora romo. La punta se había roto.

¡Joder, joder, joder!

Tiré con rabia de ambas cadenas en un ataque de furia durante varios segundos, luego levanté la mano para arrojar lejos de mí el maldito bolígrafo roto. Pero me detuve justo antes de soltarlo.

Puede que no pudiera forzar la cerradura con él, pero sin duda podría usarlo como un arma. Con suficiente fuerza, estaba seguro de que atravesaría la piel, incluso podría penetrar un órgano vital. Quizás seguía siendo mi bolígrafo de la suerte, después de todo.

Pero no podía simplemente lanzarme a la primera oportunidad. Yo era un Dracul, y la estrategia era nuestra mayor habilidad. Tendría que esperar el momento adecuado. En cuanto esas puertas se abrieran, comenzaría a planear mi escape.

Pasara lo que pasase, iba a volver con mi pareja. La rendición no estaba en mi sangre, y morir no era una opción.

Capítulo 9
Heath

Mientras los últimos tonos rosados abandonaban las nubes del oeste y el azul oscuro se arrastraba desde el horizonte oriental, seguí la aplicación de navegación en la consola de mi coche hasta la ubicación que Charles me había enviado por mensaje. Me condujo fuera de la autopista al norte de La Cima, por un camino de tierra que según el mapa parecía no tener salida.

Después de conducir por el sendero accidentado hacia el desierto durante cinco minutos, divisé un sedán plateado estacionado a unos metros hacia un lado, justo antes de la fila de bolardos que marcaban el final del camino, con las luces traseras encendidas. Aparqué lentamente detrás de él, apagué el motor y salí del coche.

Los seguros se desbloquearon mientras caminaba por el lado derecho del sedán, y abrí la puerta del copiloto y entré.

Charles olía ligeramente a aceite de armas y a menta, la misma mezcla que llevaba desde mi primera operación de campo. Nunca desperdiciaba un movimiento. Mano a las doce en el volante, mirada al frente, postura como una regla. Era su sermón favorito: *La quietud gana batallas. La quietud gana guerras.* Si notó lo acelerado que estaba mi pulso cuando cerré la puerta, no lo mencionó. Nunca señalaba una debilidad hasta que podía usarla como lección.

Su expresión era expectante cuando me miró desde el asiento del conductor. —¿Qué has podido averiguar?

La pregunta cayó como un peso sobre mi esternón. Respiré lentamente por la nariz y archivé el dolor junto con el resto de sentimientos incómodos. Primero el informe. Después, las heridas.

Durante un latido, sin embargo, el presente se deslizó y volví a estar en la granja: papel pintado de margaritas, un cuenco de manzanas sobre la mesa, un abrigo de piel colgado en la pared como una

broma de mal gusto. Una trabajadora social pronunciando palabras como *trágico* y *monstruoso* y *sin familiares vivos*. Y luego estaba Charles, limpio y frío como un bisturí, diciéndome que había un nombre para lo que lo había hecho y una manera de hacer que se arrepintiera de respirar.

Parpadee, devolví los fantasmas a sus cajas, y le proporcioné los hechos.

—Jack Reed no estaba dispuesto a decir mucho —comencé—, pero logré sacarle que es un forastero que recientemente formó una conexión comercial con el cartel de Las Chupas. Está desesperado por salir de la cárcel y está dispuesto a trabajar como informante si lo saco de allí. Lo que hace que esto sea un asunto delicado es que es un cambiaformas, algún tipo de licántropo, sospecho. Odio la idea de trabajar con un cambiaformas, pero si no lo sacamos de la custodia humana antes de la luna llena, podría ser una situación peligrosa para todos en esa cárcel.

Charles asintió, aunque no parecía sorprendido por nada de lo que revelé. —Tus instintos están mejorando, muchacho. Investigué a tu detenido, pasé su foto policial por el software de reconocimiento facial de nuestra base de datos, y descubrí que no solo es un sabueso, sino que resulta ser uno de los más notorios en nuestro radar.

Mis cejas se movieron con intriga, y me incliné más cerca sobre la palanca de cambios.

—Su nombre no es Jack Reed, es Jackson Lupinno —reveló Charles en un susurro, aunque estábamos solos y a kilómetros de oídos indiscretos.

Mis ojos se ensancharon. —¿Lupinno? ¿Como en la Mafia Lupinno?

Asintió. —Parece que Jackson es el hijo del líder, Marcus Lupinno.

La ansiedad creció en mi pecho. —Dios mío, por eso Jack —Jackson — tenía tal reserva de Elysium en su apartamento. Quiere comenzar a distribuir en los estados del norte, quizás incluso a otros países.

—Creo que tienes razón —concordó Charles, frotándose la barbilla—. Los Lupinno han estado fuera del radar durante varios años, y creo que este podría ser su gran regreso. No podemos permitir que eso suceda, Heath.

Lupinno en Chicago cambiaba la ecuación. Si dejas que una droga diseñada para cambiaformas se infiltre en una ciudad como esa, no solo crea adictos; crea ecosistemas. Oficiales que miran hacia otro lado, jueces que deciden casos según las donaciones, morgues que se quedan sin etiquetas.

Los cazadores siempre hablan en absolutos —buen acero contra mala sangre—, pero lo que Elysium hacía era difuminar las líneas hasta que las personas decentes se perdían en ello. Lo había visto. Un buen chico con las venas azules en el suelo de un baño, una madre rezando a un Dios que no inventó lo que estaba envenenando a su hijo.

—Lo entiendo, señor —dije, mientras el peso de la responsabilidad que me habían confiado apretaba con fuerza alrededor de la creciente tormenta de ansiedad que rugía en mi caja torácica—. Presionaré al fiscal para obtener una respuesta. Pase lo que pase, tengo que sacarlo antes de la luna llena.

—Sí, muy bien —dijo—. Y, Heath, mantén tu tapadera todo lo que puedas. Jackson ya es un riesgo de fuga. Si sospecha siquiera que eres un Cazador, nuestras posibilidades de aplastar a Las Chupas o a los Lupinno se perderán. Tú, más que nadie, conoces la amenaza que estas criaturas suponen para el mundo.

Sus palabras se clavaron en la herida profunda y supurante de mi corazón. Sí, aprendí esa lección a una edad lamentablemente temprana. El recuerdo de aquella noche seguía siendo tan vívido y nítido en mi mente como el momento actual, grabado para siempre en el reverso de mis párpados.

Tenía doce años, y mis padres me habían llevado a nuestra cabaña en las Montañas Blancas para un fin de semana largo. Explorar los pasadizos del espacio bajo el suelo había sido uno de mis pasatiempos favoritos, y había pasado años creando mi propio

escondite allí abajo, organizando pequeñas piezas de mobiliario y mis objetos más preciados en una especie de base secreta. No era muy secreto para mis padres, al menos. Pero me salvó la vida aquella noche.

El ruido de pisadas sobre mi cabeza y los gritos desgarradores de mis padres aún resonaban en mis oídos. A través de un estrecho agujero en el suelo, había observado cómo un monstruo de rostro pálido los asesinaba a ambos, con mis manos tapándome la boca mientras apenas me atrevía a respirar debido al miedo paralizante.

Fue un milagro que el vampiro no me detectara, aunque durante años deseé que lo hubiera hecho. Haber sobrevivido a la brutal masacre de mis padres fue una pesadilla en sí misma. Nadie creyó mi versión de lo ocurrido. Los policías que llegaron a la mañana siguiente, cuando finalmente pude salir de mi parálisis y pedir ayuda, descartaron mi testimonio como una mezcla de imaginación desbordada y shock.

Sin parientes cercanos, fui forzado a entrar en el sistema de acogida, etiquetado como un "niño problemático" por mi insistencia en la verdad sobre la muerte de mis padres y la existencia de monstruos sobrenaturales. Los siguientes años fueron solitarios y plagados de dolor.

Hasta que Charles me encontró. Él se interesó por lo que yo tenía que decir, escuchó cada palabra y, a diferencia de todos los demás, me creyó. Los Cazadores me acogieron y me enseñaron todo lo que sabían sobre las criaturas que se escondían en las sombras. Vampiros, brujas, cambiantes, todos eran reales. No estaba loco. Charles me ofreció la oportunidad de vengar a mis padres, y la acepté como un espectro hambriento en el desierto.

Había dedicado mi vida a la causa de los Cazadores, me había entrenado en todos los estilos de combate y recibido la mejor educación privada. Por ellos, entré en la policía, ascendiendo hasta donde estaba ahora, detective de narcóticos. Era sus ojos y oídos para detectar actividad sobrenatural que llegara a conocimiento

humano, y era su asesino cuando era necesario, ejerciendo mi poder desde ambos mundos para eliminar pruebas —y cadáveres.

—No te decepcionaré —prometí.

—No tengo ninguna duda —me dio unas palmadas en el antebrazo, luego lo sostuvo con firmeza—. Antes de que te vayas, hay otro asunto que considero prudente discutir.

Ladeé la cabeza mirándolo con curiosidad.

—Solo quiero asegurarme de que no te vuelvas demasiado amistoso con los lugareños —dijo, con un tono de complicidad en su voz—. Un entrenamiento está bien, pero las copas pueden llevar a... complicaciones.

Mi ceja se arqueó con comprensión, mientras un sentimiento inquietante se retorcía en mis entrañas. Había estado vigilándome. La idea de que tuviera tan poca fe en mí que sintiera la necesidad de hacerme espiar era preocupante en varios niveles.

—Puedo asegurarte que no tienes motivos para preocuparte por eso —dije, inyectando dedicación en mi tono—. Invitar a una copa a la defensora pública fue una movida táctica por mi parte. Ella conoce el ambiente criminal local. Podría tener información sobre cómo opera este cártel. Congraciarse con ella es solo un medio para conseguir un fin.

Incluso mientras pronunciaba esas palabras, una punzada en mis entrañas me decía que no eran completamente ciertas. Pero ignoré esa sensación, esperando que Charles no detectara un atisbo de duda en mi expresión.

Sonrió y retiró su mano de mi brazo. —Bien. Simplemente odiaría verte sufrir, eso es todo. Sé que nuestro trabajo puede ser solitario, pero vale la pena el sacrificio.

Asentí, luego me di la vuelta y abrí la puerta. —Te informaré cuando se autorice la liberación de Jackson.

Salí y cerré la puerta, caminando de regreso a mi coche mientras Charles daba un giro en U y conducía de vuelta por donde habíamos

venido, levantando una nube de polvo a su paso. Una vez detrás del volante, me quedé sentado un momento, analizando mis emociones.

No podía negar la atracción que sentía hacia Kiera Langley, ni la decepción que surgió cuando tuve que dejarla en el bar para venir aquí. En el poco tiempo que había pasado con ella, me había quedado claro que no era como la mayoría de las mujeres.

No era solo una cara bonita —aunque la suya era sorprendentemente hermosa, con esos pómulos marcados, la línea angular de su mandíbula, la nariz respingona y esos penetrantes ojos verdes bajo espesas pestañas oscuras. Sabía cómo usar su cuerpo, colocándose en posiciones comprometedoras que resultaban difíciles incluso para mí de esquivar cuando entrenábamos, y no podía evitar respetar eso.

Había visto fragmentos de su juicio televisado antes de ir al gimnasio que ella frecuentaba, y la destreza que mostraba con sus palabras demostraba que era tan hábil con su mente como con su cuerpo. Era formidable, y esa era una cualidad difícil de resistir.

Si no me hubiera entregado a los Cazadores, no habría nada que me impidiera perseguirla. En otra vida, podría verme estableciéndome con ella, casándonos, formando una familia...

Aparté amargamente esos pensamientos a los recovecos de mi mente, deseando poder eliminarlos por completo. Eso no estaba en mis cartas. Los Cazadores no podían tener relaciones románticas fuera de la orden. Nuestro trabajo era demasiado peligroso, y guardábamos demasiados secretos, secretos que serían devastadores en las manos equivocadas.

Charles tenía razón, como a menudo demostraba tenerla. Tendría que mantenerme estrictamente en guardia al interactuar con Kiera. No podía permitirme involucrarme demasiado. No iba a permitir que esta mujer me distrajera de mi causa.

Capítulo 10
Jackson

La llamada de la inminente luna llena vibraba por todo mi cuerpo mientras entraba en la sala de baño comunal, con el impulso de transformarme convertido en una picazón insoportable. No me había transformado desde mi arresto hacía tres días, lo que marcaba esta infernal experiencia como el período más largo que había pasado sin mi lobo desde que me iniciaron a los quince años. Esperaba que una ducha aliviara parte de la tensión que crepitaba por todas mis terminaciones nerviosas.

La amplia habitación estaba vacía a esta hora de la noche, ya que la mayoría de los reclusos se habían duchado antes durante el día. Agradecí eso. Había estado evitando todas las oportunidades de estar en áreas muy concurridas, pasando la mayor parte del tiempo en mi celda fuera de las comidas programadas, por mi bien y el de todos los demás.

Yo era lo más peligroso en esta cárcel, y prevenir un altercado era mi principal prioridad.

Me quité el uniforme naranja y lo dejé hecho un bulto en el banco junto a la pared, luego fui hacia la alcachofa de ducha más alejada en la esquina de la habitación y pulsé el botón para encenderla. El agua que comenzó a caer desde el grifo superior estaba cortantemente fría, haciéndome sisear y apartarme de su chorro, pero después de unos segundos dolorosamente lentos, la temperatura se volvió tolerable.

Me quedé bajo ella, dejando que el agua apenas tibia cayera sobre mi cara y cuerpo. Entendía la ausencia de un mando —podría romperse y usarse como arma— pero la incapacidad de alterar la temperatura del agua era solo una de mis muchas quejas con este maldito lugar.

Intenté simplemente disfrutar este momento de soledad y encontrar consuelo en el agua, deseando que al menos su presión calmara mis músculos tensos y mis nervios destrozados.

La autorregulación era algo que se esperaba que dominaramos en mi familia incluso antes de recibir la mordedura. Los Lupinnos representaban un faro de control entre todas las especies de licántropos. Control no solo sobre aquellos que gobernábamos, sino también sobre nosotros mismos. Un licántropo que no podía controlar su transformación era considerado débil e indigno de respeto, especialmente entre las familias de linaje.

Había desarrollado mis propios mecanismos de calma a lo largo de los años, encontrado herramientas para contener mi temperamento y sofocar mi miedo para mantener a mi lobo a raya. La energía alfa que había heredado de mi padre ayudaba. Pero aquí estaba completamente fuera de mi elemento, y la luna llena desafiaba la fuerza de voluntad incluso de los alfas más fuertes.

El dolor de volverme uno con mi lobo, de aullar al cuerpo celestial que me ataba, se hacía cada vez más difícil de resistir. Pero tenía que mantener el control. No había otra opción.

Paciencia, Jackson. Pasaste quince años sin transformarte. Puedes aguantar una semana.

Los olí antes de escuchar el ruido de pisadas entrando en la sala de baño detrás de mí. Miré por encima del hombro entre las cortinas de agua que caía. El mismo trío de reclusos que me habían acosado antes me miraban fijamente desde donde se encontraban justo después de la puerta, ninguno de ellos haciendo ademán de quitarse la ropa.

Claramente, no estaban aquí para ducharse.

Otro prisionero cerró y atrancó la puerta desde fuera. Pensaban que me estaban atrapando aquí con ellos. Oh, qué equivocados estaban.

Presioné el botón en la barra de la ducha para detener el flujo y me giré para enfrentarlos, mostrando mi desnudez completa y empapada sin vergüenza ni preocupación. No había manera de salir

de esto sin un poco de derramamiento de sangre, y ya era hora de mostrar a estos imbéciles quién era el alfa aquí.

—¿Me pasáis una toalla? —le grité al calvo—. La forma en que estás mirando mi polla me está haciendo sentir realmente incómodo.

—¿Qué coño acabas de decir? —gruñó, dando un paso hostil hacia mí y haciendo crujir sus nudillos contra la otra palma.

—Mi polla —dije, señalando entre mis piernas con ambas manos—. Claramente estás obsesionado con ella. ¿Es por homosexualidad o por envidia? De cualquier manera, me siento halagado.

—Lo único que quiero hacer con tu polla, güero, es arrancártela y metértela por la garganta —gruñó, bajando los brazos y apretando los puños a sus costados.

Fruncí el ceño con curiosidad—. Hmm, eso sigue sin responder a mi pregunta.

Dejó escapar un rugido, incitando a los tres a cargar contra mí a la vez.

El suelo resbaladizo resultó ser una ventaja, permitiéndome deslizarme fácilmente hacia un lado para esquivar al de la derecha, girar y estamparle la cabeza contra el poste metálico de la ducha, presionando inadvertidamente el botón que volvió a abrir el grifo. El impacto contundente dejó inconsciente al hombre al instante, y se desplomó en el suelo bajo el chorro de la ducha.

Los otros dos saltaron sobre su cuerpo inconsciente y me agarraron por los brazos, empujándome contra la pared de azulejos. El calvo me dio un puñetazo en plena mandíbula con suficiente fuerza para hacerme girar la cabeza hacia un lado, y la rabia estalló como un volcán dentro de mí, rompiendo las cadenas de mi control apenas contenido.

El pelo negro comenzó a brotar por mis brazos, y mis uñas ardieron mientras se alargaban convirtiéndose en garras. Les gruñí, mostrando mis colmillos que se alargaban y que rápidamente se hacían demasiado grandes para la boca de mi forma humana.

—¡Qué chingados! —exclamó el calvo, con los ojos abiertos de terror.

—Os daré una última oportunidad para largaros de aquí antes de que os haga pedazos —siseé, con el gruñido de mi lobo retumbando amenazadoramente en mi garganta.

—El es un demonio —susurró, y el miedo en sus ojos se transformó en determinación mientras sacaba del bolsillo lo que parecía un cepillo de dientes convertido en una punta afilada.

Así que así lo querían. Que así sea.

Con un poderoso empujón, los aparté a los dos de mí, enviándolos volando varios metros hacia atrás. Se pusieron de pie rápidamente, ambos levantando armas toscamente afiladas frente a ellos bajo la absurda suposición de que podían enfrentarse a mí.

Cada centímetro de mi cuerpo se tensó dolorosamente mientras luchaba por hacer retroceder a mi lobo interior, lo cual era casi imposible con la cantidad de adrenalina y testosterona que fluía por mi sistema. Pero logré retraer mi pelaje y colmillos, aunque mis garras se negaron a desaparecer.

Me agaché en posición defensiva, y ellos cargaron contra mí de nuevo. Blandieron sus puntas una y otra vez, y con mi velocidad mejorada, esquivé fácilmente sus ataques, asestando puñetazos al estómago, barbilla y costillas sin recibir ni un solo golpe.

El líder se lanzó sobre mí, intentando derribarme al suelo, pero lo atrapé, envolviendo mi brazo con fuerza alrededor de su pecho, levantándolo del suelo y estrellándolo boca abajo contra la pared con suficiente fuerza como para romper los azulejos y hacer que varios trozos destrozados cayeran al suelo.

Algo afilado se clavó en la parte posterior de uno de mis hombros, y solté al calvo cabrón para darme la vuelta y mirar con furia al otro hijo de puta que me había apuñalado. Mis dientes volvieron a hormiguear, ansiosos por desgarrar la carne del hombre. Pero me conformé con darle un revés, lanzándolo a través de la habitación contra la pared opuesta. Se desplomó en el suelo, inconsciente.

Extendí el brazo hacia atrás y saqué el objeto ofensivo. ¡Era una puta cuchara de plástico cuyo extremo parecía haber sido masticado hasta formar una punta!

La tiré al suelo con un gruñido y me incliné sobre el calvo gilipollas que lideraba esta alegre banda de imbéciles. Parpadeó mirándome mientras recuperaba la conciencia, el miedo iluminando sus ojos.

Pasé mi pierna derecha sobre él y me arrodillé, bajando mi cara hasta quedar a pocos centímetros de la suya.

—Si vuelves a atacarme, te *mataré* —le prometí en un susurro letal.

Asintió varias veces, tembloroso y rápido, dejando escapar un patético gemido mientras el hedor de orina fresca emanaba de debajo de mí.

Sonreí victoriosamente y me levanté cuan alto era, luego pasé por encima de él y me dirigí hacia el montón de mi ropa, poniéndomela aunque mi cuerpo todavía estaba resbaladizo por el agua y el sudor.

Con el nudillo del dedo índice, golpeé dos veces en la puerta cerrada. No hubo respuesta, pero podía oler la presencia de otro humano justo al otro lado de la puerta.

—Eh, tal vez quieras buscar ayuda para tus amigos —grité—. Están bastante mal.

Después de una larga pausa evaluativa, el cerrojo hizo clic y la puerta se abrió una rendija, con un hombre hispano bastante flaco y viejo asomándose por la abertura. Observó las formas dispersas de sus amigos matones, luego me lanzó una mirada y salió corriendo de mi vista.

Cobardes, todos y cada uno de ellos.

Empujé la puerta para abrirla completamente y caminé por el pasillo como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. El hecho de que me hubiera transformado parcialmente frente a dos humanos no importaba. Para contarle a alguien sobre mí, tendrían que admitir que me atacaron en la ducha, y aunque fueran tan estúpidos, nadie creería los delirios de un preso.

Lo que sí importaba era que había establecido mi lugar en la jerarquía, y ninguno de ellos se atrevería a meterse conmigo de nuevo.

Con suerte, no tendría que preocuparme por eso mucho más tiempo de todos modos.

Apenas llegué a mi celda cuando un guardia apareció en mi puerta.

—Reed —ladró, y me puse tenso, preguntándome por un momento si de alguna manera me habían descubierto—. Tienes una visita.

Exhalé aliviado por la nariz, manteniendo una fachada distante mientras le seguía hasta la sala de visitas. ¿Quién vendría a visitarme? Mi padre nunca se expondría así. John tampoco. Y realmente no conocía a nadie por aquí lo suficientemente bien como para merecer una visita a la cárcel.

El guardia abrió la puerta a una amplia sala llena de mesas y bancos atornillados al suelo, donde solo un hombre estaba sentado en una de ellas. Me llevó unos segundos reconocer la mandíbula cuadrada, la piel bronceada y el pelo negro corto, pero cuando lo hice, la aprensión y la curiosidad florecieron dentro de mí en igual medida.

—Tienes cinco minutos —me dijo el guardia, plantándose frente a la puerta y asintiendo para que me sentara con mi visitante.

Crucé la habitación con paso tranquilo y me senté frente a él, aunque por dentro estaba en guardia.

—Tienes un aspecto horrible —soltó Pablo con sarcasmo en lugar de un saludo, con su encantador acento mexicano.

—Definitivamente he estado mejor —respondí con cautela. El hecho de que el proveedor del intercambio de drogas frustrado de la otra noche estuviera aquí, sentado frente a mí, era algo importante, y aún no sabía si había venido como amigo o enemigo.

—Siento todo esto —dijo, haciendo un gesto generalizador con la mano—. Si hubiera sabido que nos estaban vigilando aquella noche, no habría insistido en que probaras.

Me encogí de hombros rígidamente. —Todos cometemos errores —dije, manteniendo mi respuesta breve e indiferente hasta saber en

qué dirección iba esto.

Frunció los labios, estudiando mi rostro con ojos entrecerrados. —En efecto. Lo que intento decidir es si confiar en ti fue uno de ellos.

Fruncí el ceño con incertidumbre. ¿Sospechaba mis verdaderos motivos para querer trabajar con él? ¿O simplemente cuestionaba si le había delatado?

—Sé que ese detective habló contigo —dijo lo suficientemente bajo para que solo yo pudiera oírle—. Y sé que te ofreció un trato. ¿Qué le dijiste?

—No soy un chivato —respondí firmemente.

Esa era la verdad. No le había dicho nada de valor a aquel agente, ni siquiera cuando me ofreció la posibilidad de un trato. Y honestamente, habría aceptado algo mucho peor por la oportunidad de salir de aquí. Nada era más importante que escapar de este lugar antes de perder el control, y ya había estado peligrosamente cerca de eso esta noche.

Pablo me examinó un momento más antes de reclinarse y sonreír. —Por supuesto, ya lo sabía. Si me hubieras traicionado, no estaríamos manteniendo esta conversación.

Arqueé una ceja. —¿Así que me estabas poniendo a prueba?

—Siempre —ronroneó con una sonrisa petulante—. No llegas a donde estoy sin prudencia. Por suerte para ti, has pasado la prueba. Por ahora.

Me incliné sobre la mesa. —Entonces sácame de aquí. La luna llena es mañana por la noche. Estamos todos jodidos si sigo en este agujero para entonces.

—Sí, hay que hacer algo al respecto —acordó, frotándose la barbilla pensativo—. Y depende de ti si sales por tu propio pie o en una bolsa para cadáveres.

Mis oídos se aguzaron en señal de alarma ante la apenas velada amenaza. —¿Qué necesitas que haga?

—Acepta la oferta del cerdo —dijo, con un toque de malicia en su tono.

Parpadee confundido. —¿Qué?

—Deja que te saque —dijo con un gesto de la mano—. Deja que piense que estás trabajando para él, cuando en realidad, solo le informarás de lo que yo te diga. Interpreta tu papel, y serás recompensado enormemente. Pero si haces esto, estás comprometido del todo, uno de nosotros de por vida. No hay vuelta atrás.

Sopesé sus palabras cuidadosamente. Esto era exactamente para lo que había venido. Infiltrarme en el cártel, ascender en sus filas, descubrir la fuente del Elysium. Pero ya era un agente doble, trabajando para mi padre contra el cártel. ¿Realmente podría manejar ser un agente triple?

—Estoy dentro —declaré sombríamente.

Sus labios se curvaron en una sonrisa perversa. —Excelente. Moveré algunos hilos con mi contacto en la fiscalía para sacarte mañana. Preséntate ante mí tan pronto como te liberen.

Sin otra palabra ni darme la oportunidad de responder, se levantó de la mesa y se dirigió hacia el guardia para que le dejara salir.

Las cosas acababan de complicarse mucho, y recé a la luna para que mi autocontrol durara lo suficiente para que este plan funcionara.

Capítulo 11
Kiera

Detestaba estar en esta habitación. El sofá era bastante cómodo, quizá incluso más que el que tenía en casa, pero sus mullidos cojines poco hacían para aliviar la rigidez que mi cuerpo adoptaba cada vez que me sentaba en él.

Lo mismo podía decirse de cada elemento de esta sala. El relajante aroma del incienso, el suave goteo de lluvia que salía del pequeño altavoz en la mesa de la esquina, los diversos tonos azules de la alfombra y los muebles. Todo estaba pensado para ofrecer una sensación de serenidad, pero tal paz nunca me alcanzaba cuando estaba aquí para estas visitas.

—¿Cómo te ha ido desde nuestra última sesión? —preguntó Isla desde el sillón frente a mí, con el bolígrafo expectante sobre el bloc de notas en su regazo.

Me encogí de hombros y dejé escapar un suspiro cortante. —Bastante bien, considerando todo. El juicio de Tate por fin ha terminado, y conseguí asegurarle un veredicto de no culpabilidad.

Sonrió y asintió. —Sí, de hecho estuve entre el público durante el último día. Quedé muy impresionada con tus argumentos.

Le devolví la sonrisa, sorprendida por ese dato. —Gracias —dije, sintiendo ese familiar orgullo palpitando en mi pecho por un momento antes de extinguirse como una vela en la brisa.

Aceptar un cumplido de mi terapeuta siempre resultaba incómodo. Era una mujer difícil de interpretar, y mi mentalidad de abogada me llevaba constantemente a considerar los motivos detrás de lo que decía. No es que creyera que fuera deshonesta conmigo, pero debido a mi profesión, entendía mejor que la mayoría que las palabras eran meramente una herramienta para provocar una respuesta deseada, e Isla Adder era experta en esa habilidad.

Pero supongo que no sería una buena terapeuta sin ella.

—Debes sentir un gran alivio —dijo, con sus ojos marrón sándalo cálidos y empáticos tras sus gafas—. Recuerdo lo estresada que estabas antes del juicio, lidiando con la hostilidad del fiscal y la incompetencia de los agentes involucrados.

Asentí, permitiéndome sentir ese alivio. —No te haces una idea. Me alegra mucho que haya terminado, pero también que mi cliente sea ahora un hombre libre. La justicia prevaleció, al menos en esta ocasión. Pero mi trabajo nunca termina realmente. Siempre hay más casos, más personas que necesitan mi ayuda. Seguro que sabes cómo es eso.

Isla había sido mi terapeuta desde que era niña, pero sabía que tenía muchos otros clientes a los que veía con una rotación similar. Había estado conmigo durante cada etapa de mi camino desde antes de que pudiera recordar realmente —y a menudo elegía no recordar —. Mi primera infancia era una nebulosa de oscuridad, y aunque mi memoria estaba esencialmente en blanco antes de ser adoptada, los ecos del miedo y la ira aún persistían en mi mente como una mancha negra.

—Sí, sin duda puedo relacionarme con eso —coincidió, cruzando una pierna sobre la otra e inclinándose hacia delante—. Háblame de tu vida social. La última vez que hablamos, mencionaste el deseo de empezar a salir de nuevo. ¿Has conocido a alguien?

Los músculos de mi pecho se tensaron defensivamente, y tuve que relajar conscientemente la mandíbula para evitar que se apretara.

—Lo hice, pero no duró mucho —dije.

—¿Oh? ¿Qué ocurrió? —preguntó, arrugando el ceño en esa expresión compasiva que conocía tan bien.

Puse los ojos en blanco, desviándolos incómodamente de su penetrante mirada. —Bueno, había estado viendo a este chico durante un mes, y pensaba que todo iba genial. Pero, eh, simplemente desapareció hace unos días. Ni llamadas, ni mensajes, nada. Así que supongo que no estaba tan interesado en mí como yo en él. En fin.

Me encogí de hombros como si no importara, pero me di cuenta demasiado tarde de que estaba frunciendo los labios contra el amargo aguijón del rechazo que palpitaba dentro de mí.

—Lo siento mucho —dijo con un tono apaciguador—. Eso debe haberte dolido bastante.

Me encogí de hombros de nuevo. —Sí, bueno, estoy mejor a largo plazo. Solo fue un mes, así que supongo que debería estar agradecida de que no me haya dado falsas esperanzas durante más tiempo.

—Esa es una forma saludable de verlo —dijo—. ¿Vas a seguir buscando?

Fruncí el ceño y negué con la cabeza. —No. Creo que todo esto estaba destinado a recordarme que no necesito a otra persona para que mi vida esté completa. He estado perfectamente contenta por mi cuenta durante los últimos años, y puedo seguir estándolo. Tengo a mis amigos, tengo a mi familia, y mi carrera está realmente despegando después de mi reciente victoria. Eso es suficiente para mí.

Entrecerró los ojos, apoyando la barbilla pensativamente. —Aunque aprecio tu perspectiva, solo espero que esto no te disuada de buscar una relación si se presenta en el futuro. Somos criaturas sociales, programadas por la evolución para buscar la compañía de otros y formar conexiones románticas. Es maravilloso encontrar paz dentro de uno mismo, pero quiero asegurarme de que no estás pasando demasiado tiempo sola. La soledad podría ser perjudicial para el progreso que has logrado.

Su último comentario encendió una chispa de miedo en mis entrañas, que ignoré firmemente.

—Oh, créeme, la soledad no existe en mi mundo. Tengo suerte si consigo unas pocas horas para mí misma al final del día. Si acaso, paso demasiado tiempo en compañía de criminales. —Me reí, pero ella no pareció compartir mi diversión.

Anotó algo en su bloc, y yo me estremecí interiormente; siempre odiaba cuando hacía eso. Ya había analizado demasiado mis propios

sentimientos, así que tener a alguien más desmenuzando mis reacciones solo me hacía sentir aún más consciente de mí misma.

—Ya veo —dijo, haciendo una pausa en sus garabatos—. ¿Y sientes que estas interacciones están interfiriendo con tu salud mental?

Me puse tensa. —No, definitivamente no. Es decir, todo puede ser muy estresante a veces, pero eso es lo peor.

Frunció los labios con escepticismo, pareciendo ver a través de mí con su visión mental de rayos X. —¿Has experimentado algún síntoma?

Dudé un momento antes de responder. Había tenido ese breve destello de algo la otra noche después de la ducha, pero no sentía la necesidad de contarle sobre eso. Probablemente no era nada de todos modos. Creí ver algo que no estaba allí. Eso es todo lo que fue. Y solo había sido por un segundo, mis ojos simplemente me estaban jugando una mala pasada.

—No —dije.

Arqueó una ceja, poco convencida. —¿Y has estado tomando tu medicación?

Me froté el lateral del brazo. —En realidad, ¿podrías autorizar un reabastecimiento? Se me está acabando.

—Por supuesto. Pero, Kiera, solo has pedido dos reabastecimientos en los últimos cuatro meses —aplanó sus labios en una expresión conocedora, ligeramente maternal.

Solté un suspiro de frustración, principalmente dirigido a mí misma. —Lo sé. Hacia el final del juicio, estaba tan ocupada y distraída que me resultaba difícil acordarme de tomarla.

Suspiró, descruzando y volviendo a cruzar las piernas mientras cambiaba de posición en el sillón. —Realmente tienes que tomarla todos los días, sin falta. Creo que no necesito recordarte la importancia de tu salud mental. No quiero verte recaer de nuevo. ¿Recuerdas la última vez...?

—Lo sé —interrumpí con un tono elevado. Cerré los ojos por un momento y respiré profundamente para calmarme—. Lo siento. No

quería hablarte mal. Sí, me aseguraré de tomarla todos los días a partir de ahora.

Asintió y anotó más notas.

—La cuestión es que empezaba a pensar que quizás ya no necesitaba la medicación —tanteé, encogiéndome de hombros—. Incluso en los días consecutivos que pasé sin tomarla, no experimenté ningún síntoma. Es decir, sí, estaba un poco ansiosa, pero era solo por el estrés de mi trabajo. Por lo demás, estaba bien.

Su mirada se clavaba en mí cada vez más con cada palabra que decía, su rostro impasible, y un profundo sentimiento de insensatez me abrumó, haciéndome sentir pequeña.

—Kiera, voy a ser completamente franca contigo —dijo, pellizcando las patillas de sus gafas para reajustarlas—. Esta medicación no es algo que puedas dejar, nunca. Me alegro de que no experimentaras síntomas durante tu descanso, pero tuviste muchísima suerte. Las consecuencias de dejarla... —apretó los labios—. Simplemente necesitas seguir tomándola. Si la forma de píldora se está convirtiendo en una carga para ti, quizás podamos probar con un parche.

Fruncí el ceño pero asentí en silencio.

La verdad es que sabía muy poco sobre la medicación que había estado tomando durante casi dos décadas. Nagatropin. A pesar de horas esporádicas de investigación en internet a lo largo de los años, nunca encontré ninguna mención. Según Google, ni siquiera existía. Tampoco existía el diagnóstico que me habían asignado, aunque el nombre era tan oscuro y largo que nunca podía recordarlo y tenía que consultar mis archivos para buscarlo.

Mi particular infortunio tenía características similares a varios diagnósticos clásicos —esquizofrenia, trastorno de personalidad múltiple, epilepsia— pero no encajaba exactamente con los criterios de ninguno de ellos.

Pero tenía que respetar que la Dra. Adder sabía lo que hacía. Ella era la experta aquí, y ni siquiera quería saber dónde estaría ahora si ella

no hubiera intervenido cuando lo hizo. Probablemente seguiría en el pabellón psiquiátrico del que no tenía ningún recuerdo.

Además, fuera lo que fuese este medicamento, cumplía su función. Solo había tenido un episodio una vez, cuando pasé por mi fase de rebeldía adolescente y dejé de tomarlo durante dos semanas seguidas a los catorce años. Me había desmayado, perdí dos días de tiempo y desperté desnuda en un barranco a varios kilómetros de casa.

Ese incidente debería haber sido suficiente para convencerme hasta hoy de que necesitaba la medicación. Supongo que simplemente había esperado haber superado lo que me aquejaba. Era una adulta capaz y exitosa con altas puntuaciones tanto en coeficiente intelectual como emocional. Deseaba tanto creer que había superado mi trauma infantil que me convencí a mí misma de que así era.

Isla dejó su bloc y bolígrafo en la mesita de café entre nosotras y se dirigió a su escritorio, regresando con tres frascos de medicamentos en las manos. —Aquí tienes. Es un suministro para tres meses.

Acepté los frascos en silencio y los guardé en mi bolso.

—Por favor, llámame dos semanas antes de que se te acaben, y te enviaré otro suministro para tres meses —dijo, dedicándome una sonrisa alentadora.

Asentí. —De acuerdo.

Me levanté y me dirigí a la puerta de su consulta.

—Ah, y, ¿Kiera? —me llamó cuando alcancé el pomo.

Me volví para mirarla.

—Por favor, házmelo saber si empiezas a experimentar algún síntoma —me aconsejó—. Alucinaciones, voces, lagunas en tu memoria, incluso las pesadillas podrían ser motivo de preocupación. Es posible que tu dosis necesite algún ajuste.

—Lo haré —dije, luego abrí la puerta y salí al pasillo.

Quizás debería haberle contado sobre lo que había visto en el espejo, o las pesadillas...

No, estaría bien. Solo tenía que volver a acostumbrarme a tomar mis medicamentos todos los días, y estas cosas desaparecerían. Era más fuerte que esta dolencia.

Pero mientras caminaba bajo el brillante sol del mediodía, no podía negar la duda que me carcomía en el fondo de mi mente, susurrando advertencias que no tenía ningún interés en reconocer.

Capítulo 12
Heath

No fue difícil encontrar el Dave's Diner después de preguntar por los alrededores del juzgado. Los abogados defensores tenían sus lugares preferidos, y al parecer este sitio de mesas con reservados, superficies pegajosas y olor a café quemado era el suyo.

Y efectivamente, allí estaba. Kiera Langley. Con la espalda recta, el pelo recogido en un moño suelto y la mirada perspicaz incluso mientras reía por algo que había dicho su acompañante. Parecía menos la cautelosa abogada que había conocido en la cárcel y más una mujer brevemente relajada en su propio territorio.

Me recordé a mí mismo por qué estaba aquí: Jackson Lupinno. Cuanto antes Kiera accediera a ayudarme con el papeleo, antes podríamos sacarlo con el acuerdo de culpabilidad y ponerlo bajo mi custodia. El tiempo era crucial. La luna llena de esta noche era una cuenta atrás, y no podía permitirme retrasos.

Crucé la sala con una confianza que no sentía del todo. Su amigo —un hombre alto y expresivo con gafas y una sonrisa fácil— me vio primero.

Me saludó con entusiasmo.

—¿Detective Rhodes, verdad? ¡Venga, siéntese con nosotros!

La mirada de Kiera le siguió y, aunque no se mostró precisamente entusiasmada, tampoco se tensó. Profesional, mesurada.

Me hizo un gesto educado hacia el reservado.

—Detective. Supongo que viene por trabajo.

—Siento interrumpir —dije mientras me deslizaba frente a ella, asintiendo—. He conseguido un acuerdo de culpabilidad para su cliente. Si firma, queda libre. Sin juicio. Sin detención prolongada.

Eso captó su atención. El humor en sus ojos cambió a una expresión concentrada, la abogada tomando el control.

—Ha sido rápido —dijo, juntando las manos sobre la mesa.

—La rapidez es lo importante —respondí—. Los cargos desaparecen si coopera. Es un resultado mejor del que la mayoría en su situación podría esperar. Pero hay que hacerlo ahora, no la semana que viene, ni siquiera mañana.

Su compañero se inclinó hacia delante como si estuviera escuchando el clímax de una telenovela.

—Entonces, ¿Jack puede salir libre si colabora? Menudo acuerdo.

Kiera arqueó una ceja hacia él pero no lo negó. En cambio, se volvió hacia mí.

—Querré revisar los términos con él detalladamente antes de que firme nada.

—Por supuesto —dije. No iba a discutir sobre procedimientos con una abogada defensora, especialmente una tan aguda. Pero el alivio tiñó mi voz cuando añadí—: Si me acompaña a la cárcel esta tarde, podemos tramitarlo inmediatamente.

Su amigo sonrió, claramente disfrutando del momento.

—¿Ves? Eficiente *y* guapo. Deberías dejar que te lleve, Kiera.

El calor me subió por el cuello antes de que pudiera evitarlo.

Los labios de Kiera se crisparon, mostrando el más leve atisbo de diversión a través de su profesionalidad.

—Joe, por favor —murmuró, y luego me miró con cautela—. Supongo que eso ahorraría tiempo. Y si consigue que mi cliente salga más rápido, no voy a discutir.

Ahí estaba: progreso. Profesional, pragmática. Exactamente lo que necesitaba de ella.

Aun así, mientras hablábamos los tres, no pude ignorar cómo le brillaban los ojos cuando bromeaba con Joe, o cómo se entregaba al intercambio con un ingenio mordaz tan afilado como cualquier

contrainterrogatorio. Verla en su elemento era... sorprendentemente desconcertante.

Forcé mi atención de vuelta al caso. Jackson Lupinno era el trabajo, no Kiera Langley. Y sin embargo, sentado frente a ella, no podía quitarme la sensación de que acababa de entrar en un territorio peligroso.

Joe llamó a la camarera antes de que pudiera decir otra palabra.

—Tres cafés, por favor. A ella le gusta solo, yo lo tomo con demasiado azúcar, y me imagino que usted es un tipo directo y sin tonterías, ¿verdad, Detective?

Kiera suspiró.

—Joe...

Pero me encontré respondiendo de todos modos.

—Solo está bien.

—¿Ves? —Joe extendió las manos, como si acabara de ganar una discusión—. Conozco a la gente. Es un don.

Kiera negó con la cabeza, aunque ahora había un destello de humor en sus ojos, una calidez sutil que suavizaba los bordes afilados que había visto antes. Era menos la abogada ceñuda y más... juvenil. Relajada, aunque solo fuera por un momento.

—Tendrás que perdonarle —dijo, inclinándose ligeramente hacia mí en confidencia—. Colecciona personas como si fueran gatos callejeros... y también gatos callejeros, literalmente. Cuanto más fuerte sea la personalidad, mejor.

Joe jadeó, llevándose dramáticamente la mano al pecho.

—¡Calumnias de mi más querida amiga! Soy un refinado conocedor de personalidades, muchas gracias.

Su intercambio era fluido, un ritmo de insultos amables y reacciones exageradas. Me recliné, escuchando sus bromas y dejándome envolver por el sonido de sus risas. Era entrañable... peligrosamente entrañable. No estaba acostumbrado a este tipo de calidez. No de

personas que no sabían nada del mundo de los Cazadores, nada de la sangre en mis manos.

—No sonríes mucho, ¿verdad? —preguntó Joe de repente, inclinando la cabeza mientras me estudiaba.

Kiera le lanzó una mirada de advertencia y luego me dirigió un gesto de disculpa. —No tienes que responder a eso. —Como si fuera *mi* abogada en esta incómoda situación.

—No pasa nada —dije, con la comisura de mi boca crispándose a pesar de mí mismo—. Es un riesgo laboral.

—Bueno, tendremos que trabajar en eso —Joe le guiñó un ojo a Kiera y luego me susurró teatralmente—: En realidad es muy divertida cuando no está fulminando a la gente con la mirada.

—Madre mía —Su tono llevaba esa mezcla de afecto y exasperación que solo surge tras años de amistad.

Di un sorbo al café que acababa de llegar, ocultando mi diversión tras el borde de la taza. Verla batallar con él de esta manera era un placer inusual que no sabía que necesitaba. No era solo mordaz. Era ingeniosa. Juguetona. Y no podía evitar preguntarme cuánto de eso mantenía escondido, encerrado tras su armadura de abogada.

Me aclaré la garganta, dirigiéndonos de nuevo a terreno más seguro. —Sobre Jack... no quiero precipitarme, pero deberíamos ir a la cárcel antes de que se haga más tarde.

Kiera asintió lentamente, volviendo a su profesionalismo mientras comprobaba la hora en su teléfono. —Por supuesto. ¿Tienes el acuerdo de conformidad contigo?

Asentí, señalando con el pulgar por encima de mi hombro hacia el aparcamiento. —En mi coche. Puedes revisarlo por el camino.

Joe sonrió con aire de suficiencia como si hubiera estado esperando su señal, y se deslizó fuera del reservado.

—Mirad qué hora es. La verdad es que yo también tengo que irme. Muchas cosas que ver y personas que hacer —dijo apresuradamente. Luego susurró—: Llámame —al oído de Kiera mientras pasaba, como si fuera una advertencia y no una petición.

Kiera le lanzó una mirada, pero carecía de verdadera dureza.

Me reí entre dientes. —Es todo un personaje. Aunque creo que se confundió con su última frase.

Ella negó con la cabeza, apretando los labios. —No. No se confundió.

—Oh. —Esperaba que el calor en mis mejillas no fuera visible.

Pero la forma en que entrecerró los ojos y me sonrió demostraba lo contrario. —Detective, ¿estás sonrojándote? —Su voz era ligera y casi centelleaba de diversión.

Maldita sea.

—Supongo que siempre hay una primera vez para todo —dije.

Resopló una risita mientras terminaba el resto de su café. —Bueno, yo tendría cuidado si fuera tú. Creo que le gustas a Joe. —Me lanzó una mirada irónica mientras se levantaba, y luego caminó con garbo hacia la caja para pagar la cuenta.

Debería haber ignorado el comentario, dejarlo pasar como ruido de fondo. Pero algo en su forma de decirlo, en la manera en que me miró, parecía coqueto. Como si quizá yo también le gustara...

No, para ahí mismo.

No importaba si se sentía atraída por mí, o que ciertas partes de mí se sintieran claramente atraídas por ella. O que estuviera a punto de estar a solas en un coche con ella durante quince largos minutos. Ella era solo otro obstáculo en mi camino. Después de hoy, nunca volvería a verla.

Me bebí el resto del café de un trago, dejando que el ardor en mi garganta amortiguara el amargo dolor que ese pensamiento dejaba royendo en mi pecho.

Capítulo 13
Jackson

Cada centímetro de mi cuerpo se agarrotaba mientras miraba por la pequeña ventana de mi celda desde mi posición en el colchón duro como el cartón de mi cama, observando cómo el sol cruzaba hacia la parte occidental del cielo.

Los dientes y las uñas me ardían con la necesidad de extenderse y clavarse en algo. La incomodidad en mi piel había pasado de ser un picor a una quemadura insaciable, y la única forma de aliviar el vacío doloroso en mis huesos era hacer crujir continuamente las articulaciones de mis nudillos, cuello y hombros.

La luna llena llegaría en cuestión de horas, y la compulsión por transformarme me tenía maníaco y nervioso, como los mismos adictos por los que había acabado aquí intentando salvar.

No podía seguir sentado. Me levanté del colchón con demasiada velocidad, haciendo temblar la estructura que se desprendió de los tornillos que la mantenían fijada al suelo.

Hundí las manos en mi cabello y me arañé el cuero cabelludo. ¡Joder! Estaba perdiendo el control. Ya no podía controlar mi fuerza ni mi velocidad, y mis emociones eran una tempestad turbulenta en mi interior. Tenía que salir. ¡Tenía que salir!

—Reed.

Giré sobre mí mismo, y la velocidad sobrenatural de mi movimiento hizo que el guardia que estaba fuera de mi celda se sobresaltara y parpadeara alarmado. Me miró con esos ojos abiertos y desconfiados que decían que no creía lo que acababa de ver, pero sus instintos le advertían de la amenaza que merodeaba justo frente a él.

—¿Qué? —pregunté, sin lograr controlar mi tono, el sonido de mi voz salió grave y ronca.

—T-tienes visita —tartamudeó con voz contenida y temblorosa.

Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás, forzándome a tomar una larga y pausada bocanada de aire. Alguien venía a sacarme. *¡Por la Luna, que esta sea mi oportunidad de libertad!*

El alivio y la esperanza liberaron la tensión de mis músculos trémulos, pero también añadieron una oleada de electricidad crepitante a la tormenta emocional que apenas lograba contener.

Solo unos minutos más. ¡Contrólate unos putos minutos más!

Con pasos notablemente lentos, seguí al guardia fuera de mi celda, echando una última mirada a la luz del sol que me guiñaba desde justo encima de las cimas de las montañas a través de la ventana.

Una hora, más o menos. Ese era el tiempo que me quedaba antes del anochecer, y había estado en La Cima el tiempo suficiente como para saber que la luna llena del desierto salía rápidamente después en esta época del año.

Podía hacerlo. Era un alfa del linaje Lupinno. ¡No perdería el control!

Los reclusos me miraban con recelo mientras pasaba por la fila de celdas tras el guardia. La noticia del enfrentamiento en las duchas se había extendido como una enfermedad por la cárcel en las últimas veinticuatro horas, y el miedo era un olor potente en el aire. Mi exhibición había cumplido su propósito, y justo a tiempo. Si alguno de ellos me hubiera desafiado hoy...

Aparté ese pensamiento. Incluso pensar en transformarme hacía que el impulso fuera casi imposible de resistir. Así que dejé que mi mente quedara en blanco, aferrándome solo a la esperanza de que esta pesadilla pudiera terminar pronto.

Finalmente, el guardia me escoltó a través de la puerta de control electrónico, y mientras nos acercábamos a la sala de interrogatorios, mi corazón dio un brinco como un cachorro al ver el rostro de Kiera a través de la puerta abierta. Estaba riendo con el hombre sentado a su lado en la mesa, el sonido discurriendo como un río por mis oídos.

En ese momento, era lo más hermoso que había visto jamás. Su cabello castaño estaba recogido en un moño despeinado, y los mechones rebeldes que se escapaban de él insinuaban una naturaleza salvaje, una negativa a ser domesticada. Era un faro de todas las cosas buenas en este mundo, ¡y ella iba a ser mi salvación! ¡Tenía que serlo!

Ella y su acompañante sofocaron su jovial conversación cuando el guardia anunció mi llegada, y reconocí al hombre sentado junto a ella como el detective Rhodes.

Alguna parte distante de mi mente racional sabía que solo eran mis instintos primarios los que me dominaban, pero los celos posesivos ardían en mi pecho mientras miraba al detective con una mirada encendida. El alfa en mí la consideraba mía, y no le gustaba lo cerca que estaba de ella, ni cómo apestaba a lujuria en su presencia.

—Buenas tardes, Jack —me saludó Kiera mientras me sentaba frente a ella, y fue un esfuerzo apartar mis ojos de la estúpida y engreída cara del detective para prestarle toda mi atención—. Tenemos buenas noticias para ti. El detective Rhodes ha conseguido una negociación para ti, y como tu abogada, tengo que decir que es bastante buena.

—El estado ha accedido a retirar los cargos contra ti si aceptas trabajar con nosotros para recopilar información sobre el cártel —dijo el detective—. Solo tienes que firmar los documentos del acuerdo, y podremos sacarte de aquí esta noche.

—¿Esta noche? —pregunté con voz baja y cautelosa.

Mis ojos se dirigieron al reloj de la pared, pero no necesitaba comprobar la posición de sus manecillas para saber que mi tiempo se agotaba rápidamente.

Extendí la mano por encima de la mesa y puse la palma sobre los documentos frente a él, arrastrándolos hacia mí con un movimiento apresurado y brusco—. Firmaré lo que haga falta. Pero necesito salir antes del anochecer.

Los dos intercambiaron una mirada curiosa, y tal vez era mi manía exacerbada que me volvía paranoico, pero podría jurar que vi

cautela en los ojos del detective.

—Desafortunadamente, Jack, el sistema no funciona exactamente así —dijo Kiera con un tono comprensivo—. Hay procesos que deben seguirse antes de que puedas ser liberado. Pero en realidad, no llevará tanto tiempo.

El detective se inclinó hacia delante, capturando mi mirada con una expresión tranquilizadora. —Entiendo tus ganas de salir, de verdad que sí. Solo firma los formularios, y haré todo lo que esté en mi poder para sacarte antes del anochecer.

Ahí estaba. Ese breve destello de comprensión en sus iris azules. Lo sabía. No estaba seguro exactamente *qué* sabía, pero sabía algo sobre mí.

¿Estaría trabajando para mi padre? ¿Estaría trabajando para el cártel? Quizás era el contacto de Pablo. Por mucho que mis instintos de alfa odiaran la idea de confiar en él, él era la razón por la que iba a salir, y por eso, le estaba agradecido.

—Pero esto solo funciona si aceptas cooperar plenamente conmigo —añadió—. Actuaré como tu supervisor, y tendrás que mantenerte en contacto casi constante conmigo mientras continúes trabajando con tu proveedor. Si huyes, acabarás de vuelta aquí. ¿Entiendes eso?

Asentí dramáticamente, la inminente salida de la luna enviando un escalofrío por mi columna vertebral.

Kiera se inclinó más cerca sobre la mesa. —Te explicaré cada estipulación y te explicaré...

—¡Solo déjame firmar, no me importa lo que diga! —ladré.

Arrebaté el bolígrafo del puño del detective y apresuradamente comencé a firmar las líneas resaltadas en el montón de formularios que tenía delante.

Cuando finalmente terminé, empujé los papeles hacia él con manos temblorosas, dolorosamente consciente de la mirada de preocupación que arrugaba el rostro de Kiera mientras me observaba.

Rhodes recogió los papeles en sus manos y se puso de pie. —Llevaré estos para que los procese el secretario, y con suerte te pondremos en libertad en unos minutos. Aguanta.

La mirada en sus ojos era tanto una garantía como una advertencia. Él lo sabía, y yo creía que realmente haría lo que fuera necesario para asegurar que mi liberación ocurriera lo antes posible.

Luego miró a Kiera. —¿Por qué no vienes conmigo?

Mis ojos se dirigieron a su bonito rostro. Por mucho que quisiera mantenerla solo para mí y lo más lejos posible de este imbécil, quería que estuviera a salvo, y mi presencia era el lugar menos seguro del mundo ahora mismo.

Ella frunció el ceño mientras me miraba con lástima, luego negó con la cabeza. —No, está bien, le haré compañía a Jack.

Y, desgraciado sin remedio que era, no pude encontrar la fuerza para insistir en que me dejara.

Rhodes se demoró en la puerta por un momento, estudiándonos a ambos con una expresión conflictiva.

—De verdad, está bien —dijo ella, despidiéndole con un gesto—. Solo vete para que podamos poner al pobre Jack en camino.

Él asintió, lanzándome una última mirada sospechosa antes de salir a grandes zancadas de la habitación. No podía estar seguro, pero el sonido decreciente de zapatos golpeando me indicó que había empezado a correr. Bien. ¡Date prisa!

Kiera dobló el codo sobre la mesa y apoyó la barbilla en los delicados nudillos de su mano, esos ojos verdes llenos de empatía mientras me miraban.

—¿Qué está pasando, Jack? —preguntó suavemente—. ¿Tienes miedo de que alguien venga a por ti? ¿Es por eso que has estado tan desesperado por salir?

—No —dije entre dientes, apretando la mandíbula tan fuerte contra la luna ascendente que temía que mis muelas se partieran.

Ella suspiró, su frente arrugándose de preocupación. —Si estás en peligro, puedes decírmelo. El detective Rhodes te mantendrá a salvo.

—No estoy *en* peligro —respiré—. *Yo soy el peligro.*

Su ceño se profundizó. —No entiendo.

Oh no.

Cuando la primera luz de la luna atravesó las montañas orientales, un interruptor se activó en el núcleo mismo de mi ser, disparando el mecanismo que gobernaba todo sobre la criatura que era. Y supe que no había forma de detenerlo. Ninguna cantidad de fuerza de voluntad o rezo iba a ayudarme ahora. Sin embargo, incluso mientras me aterrorizaba, había un alivio abrumador en *finalmente* ceder.

El pelo brotó en líneas por mis brazos, espalda y piernas. Mis huesos se partieron y crujieron mientras se alargaban y reposicionaban, mis músculos ondulándose mientras se expandían para contener mi forma creciente. El uniforme de la prisión se estiró y finalmente se partió, los jirones de material cayéndose del lobo en el que me había convertido, y aterricé a cuatro patas en el suelo, volcando la silla en la que había estado sentado.

Todo el tiempo, Kiera me miraba con shock y horror, congelada en su sitio y apenas respirando.

El estrépito que hizo la silla al caer alertó a los guardias, y podía oír pisadas acercándose por el pasillo. Tenía que salir. ¡Ahora! Y solo me quedaba una opción.

Salté sobre la mesa y, con un poderoso impulso de mis patas traseras, me lancé hacia el techo, rompiendo las capas de baldosas, yeso y cartón-yeso. Por un glorioso momento de libertad, saboreé el fresco aire nocturno que se filtraba por mi pelaje y la caricia de la luz plateada de la luna. Hasta que aterricé en el tejado y miré hacia abajo a Kiera a través del agujero que había creado.

La sangre goteaba por su antebrazo desde tres largos cortes mientras un grito salía de su boca abierta de par en par.

La había arañado con mi garra trasera en mi desesperada huida.

¿Qué demonios acababa de hacer?

Capítulo 14
Kiera

Unos gritos agudos y penetrantes seguían desgarrándome la garganta incluso cuando los guardias irrumpieron en la sala, con las armas firmemente empuñadas.

—¿Qué ha pasado? ¿Adónde ha ido? —exigió Frank, moviendo la cabeza en todas direcciones mirando los trozos de yeso caídos que cubrían la mesa y el suelo.

Lo único que pude hacer fue extender temblorosamente mi brazo ileso y señalar el enorme agujero en el techo mientras mi respiración se entrecortaba, todo mientras abrazaba mi brazo sangrante contra mi pecho.

Más pisadas resonaron por el pasillo, y Heath entró como una tromba con expresión de pánico pero determinación en la mandíbula. Sus ojos se posaron en mí, fijándose en los cortes de mi brazo, y corrió a mi lado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con un tono más tranquilo del que cualquier otra persona en la sala era capaz de usar.

—Él... Yo... Qu... —No podía formar ni una sola palabra coherente. Mi cerebro daba vueltas mientras intentaba dar sentido a lo que acababa de ver.

En un momento, el ansioso y nervioso Jack Reed había estado sentado frente a mí, y al siguiente, se había transformado en una exhibición digna de una película de terror de huesos crujiendo y gemidos agonizantes hasta convertirse en un enorme lobo negro.

El pánico me atenazó ante el temor de que fuera una de las alucinaciones de las que Isla me había advertido, que nada de aquello hubiera ocurrido realmente. Pero seguía habiendo un agujero en el techo y escombros por todo el suelo. ¿También era

esto una alucinación? Dios mío, esta vez estaba perdiendo la cabeza de verdad.

Cerré los ojos con fuerza, rezando para despertar, para abrir los ojos y encontrar a Jack todavía sentado allí. Pero las voces atronadoras a mi alrededor no se desvanecieron, y cuando me atreví a mirar a través de mis párpados, nada había cambiado.

¿Era real algo de esto?

No podía oír las palabras que Heath me estaba diciendo mientras me sacaba de la sala, no podía prestar atención a mis pasos mientras mis pies me llevaban por los pasillos.

Pronto, me encontré sentada en una silla en el vestíbulo frente al mostrador de recepción. Heath se dejó caer en la silla a mi lado y comenzó a revolver un montón de suministros médicos en su regazo. Presionó un puñado de toallas de papel contra los cortes de mi brazo, absorbiendo la sangre hasta que dejó de rezumar.

—¿Kiera? —Giró suavemente mi cabeza para mirarle, sacándome del zumbido que resonaba en mi mente.

—¿Eh? —murmuré.

—¿Estás herida en algún otro sitio? —preguntó, pronunciando lentamente cada palabra.

—Oh, eh... —Me miré a mí misma, haciendo un inventario mental de mi cuerpo. Nada más me dolía, solo el ardiente escozor a lo largo del antebrazo—. No, creo que estoy bien.

Él negó con la cabeza, retirando el montón empapado de sangre y presionando un paño húmedo contra mis cortes.

—Definitivamente no estás bien. ¿Puedes contarme qué ha pasado?

Apreté los labios, negando con la cabeza mientras las lágrimas me escocían en los ojos.

—No me vas a creer —susurré con la garganta cada vez más cerrada.

Deslizó una mano entre las mías mientras con la otra seguía atendiendo mi brazo.

—Ponme a prueba.

—Él... Se transformó en un lobo —observé cuidadosamente su rostro durante varios segundos después de pronunciar esas palabras, esperando la humillante negación que sabía que tenía que llegar.

Pero nunca llegó. No había ningún signo de escepticismo o burla en sus ojos mientras sostenían firmemente los míos.

—¿Cómo te hiciste estos cortes? —preguntó.

Tomé aire temblorosamente, aunque mis pulmones seguían sin expandirse lo suficiente para permitir la cantidad de oxígeno que necesitaba desesperadamente.

—Su pie... pata... ¡lo que sea! Me arañó cuando atravesó el techo.

Me cubrí la cara con la mano libre.

—Dios, sueno completamente loca —me lamenté.

—No, no es cierto —descartó, aunque estaba segura de que solo lo decía por mi bien.

Lo que vi no podía haber sido lo que realmente ocurrió. Simplemente no podía. Había experimentado suficientes delirios como para saber qué era la realidad, o al menos eso creía. Lo más aterrador era no poder descifrar qué era esto. Había parecido y se había sentido tan real.

¿Y si ya no podía distinguir la diferencia?

Terminó de limpiarme el brazo y luego lo envolvió con una gasa, justo a tiempo para que llegara la policía y comenzara el interrogatorio. No les conté lo que le había confesado a Heath. Había escuchado suficientes testimonios descabellados para saber que no podía informar de mi versión de los hechos como mi declaración oficial. Me desacreditaría como abogada para siempre.

Diablos, incluso solo contarles que mi cliente saltó lo suficientemente fuerte como para romper el techo siendo un hombre sonaba a locura, pero era mucho más probable que la verdad, y realmente no había otra explicación.

Hecho: había un agujero en el techo.

Hecho: Jack definitivamente no había salido de esa habitación de ninguna otra manera.

Esas eran dos cosas que sabía sin lugar a dudas, así que eso es lo que les dije.

—¿Pero cómo? —insistió el agente—. ¿Cómo lo hizo? ¿Tenía algún dispositivo explosivo?

—No, él... —apreté la mandíbula con firmeza, recurriendo a la única herramienta que quedaba en mi reducido arsenal—. Secreto profesional.

El agente clavó en mí su mirada escrutadora. —Señorita Langley, esto es una investigación criminal. Si no coopera con nosotros, podría ser implicada como cómplice. ¿De verdad quiere ir por ese camino?

Le lancé una mirada fulminante, expresando más confianza de la que sentía. Pero eso es lo que hace un buen abogado. Cara de póker, siempre.

—La ley me prohíbe revelar cualquier información que mi cliente compartió conmigo confidencialmente. No soy más responsable de las acciones del señor Reed que los guardias del pasillo, solo porque estuviera en la misma habitación cuando perdió los estribos. Deténgame si quiere, pero le pondré tantas demandas encima que estará pagando costes legales durante años. ¿*Usted* realmente quiere ir por ese camino?

Su labio superior se crispó, pero una resignación reluctante suavizó su duro ceño. Suspiró. —Está bien. Puede irse.

Me levanté de un salto, sacando el pecho con indignación. —Gracias.

Heath, que había estado a mi lado durante todo el interrogatorio, me acompañó por el vestíbulo hasta la entrada principal. Salir al aire fresco de la noche hizo que todo mi cuerpo se tensara. ¿Y si el monstruo en que Jack se había convertido seguía por ahí en alguna parte?

Incluso mientras me reprendía por entretener el absurdo de lo que había visto, no podía deshacerme del miedo que tenía cada pelo de

mi cuerpo erizado.

—¿Quieres que te lleve a casa? —ofreció Heath, mirándome como si fuera una cosa frágil que necesitaba manejar con delicadeza.

Aunque quería rechazar su caballerosidad y mantener la imagen de mujer fuerte que había construido a lo largo de los años, la verdad es que no me sentía segura, y lo último que quería ahora era estar sola con mis pensamientos y miedos.

Tragué saliva y asentí.

Puso su mano en la parte baja de mi espalda, y le dejé mantenerla allí mientras me guiaba por el aparcamiento hacia su coche. El calor que irradiaba su contacto era un pequeño consuelo, y lo absorbí con avidez, lamentando patéticamente su pérdida cuando retiró su mano para abrirme la puerta del copiloto.

Esperó a que me acomodara antes de cerrarla, luego rodeó el frente del coche para subir al asiento del conductor. Arrancó el coche con un botón al lado del volante y salió del aparcamiento sin decir palabra.

El silencio era como una estática ensordecedora, alimentando la histeria que se estaba instalando rápidamente.

—¿Crees que estoy loca? —pregunté, mirándole tímidamente por el rabillo del ojo.

—No, no lo creo —dijo sin mirarme.

Solté una risa amarga. —Solo dices eso para hacerme sentir mejor.

Se volvió hacia mí mientras conducía hacia la carretera principal, y puso su mano derecha sobre la mía. —No, Kiera, te creo. Hay tantas cosas en este mundo que no entendemos. Ningún simple hombre podría haber atravesado el techo así, y los arañazos en tu brazo no vinieron de uñas humanas. Tu historia es la más plausible.

Asentí, levemente tranquilizada por su deducción lógica.

Quizás no estaba loca, después de todo. Pero, ¿realmente eso mejoraba las cosas? Si no había alucinado ese incidente, eso significaba que realmente existían cosas como los hombres lobo y

Dios sabe qué más. Si ese fuera el caso, entonces nada ni nadie estaría a salvo.

Me mordí el labio inferior durante el resto del corto trayecto hasta mi casa, debatiendo la oferta que estaba tentada a hacer cuando finalmente nos detuvimos en mi entrada.

Permanecí en el asiento del copiloto unos minutos mientras el coche se detenía frente a mi garaje, y al final, no pude contener más las palabras.

—¿Te... te importaría quedarte conmigo esta noche? —pregunté suavemente.

Un destello de sorpresa iluminó sus ojos.

—No para nada romántico ni nada de eso —añadí rápidamente, mientras el calor me subía por el cuello y me ardía en las mejillas—. Es solo que realmente no quiero estar sola después de lo que pasó esta noche... Pero, claro, si no quieres...

—Por supuesto que me quedaré —dijo, dedicándome una sonrisa de apoyo—. En realidad, me alegro de que me lo hayas pedido porque no me sentiría bien dejándote aquí sola.

Solté un suspiro de alivio, por una vez contenta de que los hombres estuvieran naturalmente inclinados a ser protectores. Y por mucho que odiara admitirlo, definitivamente me sentía como una damisela esta noche.

—Gracias.

Salimos juntos del coche y caminamos hacia la puerta principal. Mis manos temblaban mientras jugueteaba con las llaves, la lucha por conseguir que cooperaran lo suficiente como para encontrar la correcta solo me hacía sentir más agitada. Finalmente, logré meter la llave correcta en la cerradura y abrí la puerta.

—Es un buen sitio —comentó mientras entrábamos, mirando con aprecio el salón.

—Oh, gracias —dije mientras me dirigía directamente a la cocina y sacaba una botella nueva de sauvignon blanc de la nevera. Si había un momento para beber, era este.

Abrí el armario y saqué dos copas de vino sin tallo—. ¿Te apetece? Si el vino no es lo tuyo, tengo algo de licor en el armario.

—Claro, el vino está bien —respondió.

Llené las copas y las llevé al sofá donde él estaba sentado frente a la chimenea. Le entregué una mientras me acurrucaba en la esquina opuesta, luego llevé mi propia copa a mis labios. Mis ojos se cerraron mientras saboreaba el gusto ligeramente dulce y mantecoso.

Ah, vino, mi primer y único amor.

Mientras tragaba, sentí su mirada sobre mí y me giré hacia él. La expresión en sus ojos era difícil de interpretar. Sus rasgos eran suaves y comprensivos, pero había una cautela endureciendo el azul de sus iris, volviéndolos de un gris acerado.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Mucho mejor ahora —dije, levantando mi copa antes de dar otro gran sorbo.

Pero él no se rio como yo había pretendido, solo siguió analizándome con aquellos ojos inquisitivos.

Le lancé una mirada impasible—. Si no crees que estoy loca, ¿entonces por qué me miras así?

Se inclinó hacia delante y dejó su copa intacta sobre la mesa de centro—. Acabas de ser atacada por un h... un hombre lobo. ¿Es tan sorprendente que me preocupe por ti?

Fruncí el ceño—. Bueno, no. —Me encogí de hombros—. Lo sorprendente es que me creas.

Se movió en el sofá para girarse hacia mí, doblando la pierna sobre el cojín y dejando caer su brazo sobre el respaldo—. En mi trabajo, he visto muchas cosas horribles que harían que incluso al hombre más valiente se le helara la sangre. Cuerpos mutilados, cabezas cortadas en frigoríficos, órganos diseccionados. Cosas realmente jodidas. Pero el mal del que es capaz la humanidad es solo la punta del iceberg.

Bajé la mirada hacia el líquido dorado en la copa que sostenía con ambas manos—. He oído historias sobre ese tipo de cosas de algunos de los hombres que he defendido en el pasado. Pero según mi experiencia, la mayoría de las personas que terminan haciendo cosas realmente terribles son arrastradas a ello contra su voluntad. Los miembros de bandas nacen en ese ambiente y son preparados para la brutalidad por sus predecesores. Muy pocos niños en esos entornos aspiran a ser criminales y guardar cabezas cortadas en su nevera. El camino al infierno es uno que tomas paso a paso, con pequeños actos aparentemente inocentes. Y cualquiera puede llegar allí incluso con las mejores intenciones.

Yo lo entendía mejor que nadie. Con la mayoría de mis clientes, podía ver cómo incluso yo podría terminar atrapada en los hilos de marioneta del cártel, obligada a matar personas y traficar drogas mientras intentaba desesperadamente encontrar una salida. La mayoría de las personas que había representado eran buenas personas en el fondo. Solo un puñado de veces me había encontrado con alguien verdaderamente malvado, y aun así, podía respetar las decisiones que habían tomado con la limitada conciencia que tenían.

—Supongo que es cierto —reflexionó—. Pero siempre hay una elección. Cualquiera que sea la situación comprometida en la que te encuentres, tienes el poder de decidir hacer lo correcto, y he visto a demasiadas personas elegir mal.

—Mal según tú, quizás —repliqué—. Pero cuando estás en una situación donde tu vida y las vidas de aquellos que amas están en peligro, hacer lo correcto se vuelve increíblemente difícil.

Sonrió con suficiencia y negó con la cabeza—. Puedo ver por qué eres tan buena abogada. Presentas argumentos muy convincentes.

Me reí por lo bajo y puse los ojos en blanco—. Supongo que ser capaz de encontrar las cualidades redentoras bajo la corrupción es mi superpoder.

La intensidad de su mirada aumentó—. ¿Y crees que hay algo redimible en lo que ocurrió esta noche?

Mi estómago se contrajo ante el recordatorio, y vacié lo que quedaba en mi copa—. No lo sé.

Asintió—. El mal en el hombre es una cosa, y podría entender cómo podrías argumentar que todos son intrínsecamente buenos, pero hay cosas peores ahí fuera, y no creo que haya nada bueno en *ellos*. Si Jack realmente es lo que viste, no es redimible, Kiera. Es un monstruo.

Un escalofrío me recorrió la columna como dedos sobre las teclas de un piano tocando una melodía siniestra. Destellos de aquellos dientes largos y gruñendo atravesaron mi mente. La explosión de pelo negro, las garras cortantes...

Me levanté y fui a buscar el vino a la nevera, volviendo con la botella porque, seamos sinceros, iba a terminarla esta noche con o sin la ayuda de Heath.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —pregunté mientras rellenaba mi copa—. Solo necesito olvidar lo que pasó.

—De acuerdo. —Miró el tablero de ajedrez que tenía preparado en la pequeña mesa de cartas frente a la ventana, señalándolo con la barbilla—. ¿Qué tal una partida?

Sonreí, mi corazón saltando ante el desafío—. Suena como la distracción perfecta.

Con eso y mi vino, tal vez realmente podría dormir esta noche. Y solo podía rezar para que fuera un sueño sin sueños... y sin pesadillas.

Capítulo 15
Heath

La habitación estaba demasiado silenciosa. Incluso el zumbido de la nevera al final del pasillo parecía detenerse entre respiraciones. La luz de la luna cortaba el suelo en pálidas cintas, rozando el borde del sofá donde yo estaba sentado. Me dolían los hombros de estar quieto, pero no me moví. La inmovilidad era un arma. La inmovilidad me impedía desmoronarme.

El calor que emanaba de la chimenea crepitante hacía poco por aliviar mis nervios electrificados. Terminé la única copa de vino que había estado bebiendo toda la noche y luego la dejé. Era importante no dejar que mis sentidos se embotaran demasiado o que mi lógica se viera afectada. Necesitaba estar preparado para cualquier cosa que pudiera suceder a continuación.

Miré a Kiera, que dormía plácidamente en el sofá a mi lado. El resplandor del fuego solo realzaba su belleza natural, creando sombras afiladas alrededor de sus delicadas facciones mientras iluminaba la suave superficie de su frente, mejillas y la punta de su nariz.

Me pregunté con qué estaría soñando. Su expresión parecía tan satisfecha, tan tranquila, que no pude evitar sonreír en aprecio por el confort que encontraba.

Mis ojos cayeron sobre las vendas de gasa que envolvían su brazo, envenenando la serenidad de este momento. Esa única marca era una mecha, y yo estaba sentado junto a la bomba.

Ella no se merecía esto. Era una buena persona, mejor que la mayoría de las que había conocido. Debería haber vivido el resto de su vida en dichosa ignorancia del mundo que yo conocía.

Todo esto era culpa mía. Nunca debería haberla dejado sola con Jackson, especialmente en la víspera de la primera luna llena. Había

sido descuidado y demasiado ansioso, y le había dado el beneficio de la duda de que podría controlarse durante quince puñeteros minutos.

Ahí es donde Kiera y yo diferíamos. Ella creía que las personas eran víctimas de sus circunstancias, haciendo lo mejor que podían a pesar de las cartas que les habían tocado. Pero yo lo sabía mejor. Los cambiantes no eran nada más que las bestias en las que se convertían, al igual que los vampiros eran demonios escondidos tras rostros bonitos y pálidos. El hecho de que Jackson la hubiera arañado al salir demostraba lo desalmado bastardo que era.

No mejor que el monstruo que mató a mis padres.

Estas criaturas enfermas y dementes no se preocupaban por el dolor que causaban. De hecho, disfrutaban con ello. Era mi trabajo asegurarme de que infligieran el menor dolor posible, y había fracasado esta noche, de forma épica. Debido a mi incompetencia, la vida de Kiera se había acabado.

Un arañazo o mordisco de un sabueso, o cualquier hombre lobo, significaba la condenación. No siempre, pero en el noventa y nueve coma nueve por ciento de los casos. Conociendo mi suerte, Kiera no caería en esa escasa minoría. En cualquier momento, posiblemente incluso esta noche, Kiera se transformaría.

Lancé una última mirada agridulce a su hermoso rostro antes de levantarme, coger la manta que estaba sobre el respaldo del sofá y extenderla sobre su forma dormida. Luego me dirigí sigilosamente hacia las puertas francesas que conducían a su jardín trasero y me deslicé al exterior.

El aire del desierto a medianoche estaba silencioso, sin más sonido que el susurro de las hojas de buganvilla en la suave brisa. Los vecinos más cercanos de Kiera estaban a varias hectáreas de distancia, pero aun así tendría que controlar el volumen de mi voz.

Pulsando el nombre de Charles en mi lista de contactos, me llevé el teléfono al oído.

—Heath, ¿dónde diablos has estado? —ladró después del segundo tono—. ¡Después del fiasco en la cárcel, he estado esperando un

informe tuyo durante horas!

Me reprendí internamente. Debería haber intentado encontrar una manera de contactar con él antes, pero había estado demasiado preocupado por Kiera como para inventar una excusa para alejarme. Incluso ahora, no tenerla a la vista hacía que la ansiedad estallara en mi pecho como petardos.

—Lo siento, señor —dije en voz baja—. Estaba siguiendo una pista. Esta fue la primera oportunidad que encontré para llamar.

—Está bien, está bien —resopló—. Me alegro de que no estés muerto en algún callejón. Ahora, cuéntame qué pasó.

Me preparé para la indignada decepción que seguramente provocaría mi informe. —El abogado de Lupinno y yo fuimos a la cárcel para conseguir su liberación con el acuerdo que negocié. Firmó los papeles y, mientras yo estaba iniciando su puesta en libertad con el funcionario, perdió el control y se transformó delante de su abogado, luego escapó a través del techo.

—¡Por Dios! —exclamó—. ¿Resultó alguien herido?

Mi pecho se tensó, apretando mis pulmones con una sensación de fatalidad inminente. —No, señor. Afortunadamente.

—Bien. Eso es muy bueno. ¿Fuiste tras el sabueso?

Negué con la cabeza aunque sabía que no podía verme a través del teléfono. —No, señor. Me retuvieron e interrogaron las autoridades locales.

—¡Joder! —siseó lo suficientemente fuerte como para hacerme estremecer—. Hiciste lo que tenías que hacer, pero maldita sea, ¡esto no podría ser más desastroso!

—Lo sé, señor —dije, con el peso de mi culpa aplastándome—. Pero voy a encontrarlo. Tengo motivos para creer que no irá muy lejos. Al menos, no todavía. Se está escondiendo en algún lugar de este pueblo, y lo encontraré y le obligaré a llevarnos hasta el cártel.

—Vale, sí, muy bien —dijo, con un tono que se calmaba poco a poco —. Has demostrado tener buen instinto. Cuento contigo, muchacho. Todos contamos contigo. Hazme saber en cuanto encuentres

cualquier información sobre su paradero. Si es necesario, enviaré refuerzos para detener a la bestia.

—Lo haré, señor.

Colgó, y me quedé mirando el profundo barranco detrás de la propiedad de Kiera. Respiré hondo varias veces, deseando que la brisa me fortaleciera con energía calmante.

¿Por qué le había mentido? Me preguntó si alguien había resultado herido, y dije que no. ¿Por qué no le conté sobre el arañazo de Kiera? ¿Habría alguna parte insensata de mí que esperaba que ella no se transformara?

Peor aún, sabía que si me lo preguntaba una segunda vez, volvería a mentir.

No podía negar el impulso protector que sentía hacia Kiera. Era tan fuerte en tantos aspectos, pero sus vulnerabilidades tocaban algo profundo dentro de mí. Y esa era parcialmente la razón por la que estaba aquí con ella en lugar de estar cazando a Jackson. Podría decirme a mí mismo que temía que ella se transformara, pero en realidad estaba preocupado *por* ella más que *de* ella.

Pero entendía algo primario sobre Jackson que excusaba mi egoísmo. Si él era consciente de que la había arañado, volvería a por ella. Los sabuesos raramente abandonan a sus víctimas después de un ataque. Parte de su mentalidad de manada, supongo. Se sentían obligados a ir a por ellas y enseñarles los caminos de su especie.

Tanto si Kiera se transformaba como si no, Jackson aparecería. Y cuando lo hiciera, estaría justo a su lado esperándole, cebando la trampa.

Mientras tanto, la vigilaría de cerca. Si no me hubiera invitado a entrar esta noche, simplemente habría vigilado desde fuera de su casa, y era mi deber hacer eso cada noche de luna llena si ella no me extendía una segunda invitación.

Por supuesto, si me invitaba a entrar otra vez, probablemente lo haría en circunstancias más íntimas... El pensamiento envió una punzada de deseo pulsando a través de mi ser, y necesité cada pizca

de autocontrol que tenía para enterrar la idea de su cuerpo desnudo retorciéndose de placer debajo de mí.

Esos pensamientos eran peligrosos. Si me permitía ser tentado por ella, especialmente ahora... Había demasiado en juego.

Tenía que mantenerme lo más indiferente posible hacia ella, a pesar de mis impulsos protectores —y otros—.

Porque si ella se transformaba, no tendría más remedio que matarla.

Capítulo 16
Jackson

La tierra fresca se sentía tan bien bajo mis patas mientras corría por el desierto al norte de La Cima, y el roce de la creosota y el nopal a través de mi pelaje ondeante era como una caricia dulce pero salvaje. Sabía que mi pelaje tenía que estar lleno de pinchos, pero estaba demasiado felizmente salvaje para que me importara.

Salir del pequeño pero abarrotado pueblo sin ser visto había sido difícil, y estaba seguro de que asusté a varias familias mientras saltaba de tejado en tejado en el proceso. Ahora que estaba en los amplios paisajes abiertos, no podía saciarme de correr por las colinas y a través de los valles bajo la gloriosa luna llena.

Había pasado demasiado tiempo sin mi lobo, y contenerlo de nuevo era una necesidad que no estaba listo para intentar todavía. Así que me permití disfrutar de mi forma primaria durante horas, corriendo, aullando y simplemente disfrutando de ser libre.

En un momento dado, me uní a una manada de coyotes, y tras un instante de curiosa vacilación, me acogieron, permitiéndome correr junto a ellos. No era lo mismo que correr con mi propia manada, con los de mi especie, pero aun así satisfacía una necesidad profunda y esencial dentro de mí.

Solo cuando me dejaron para cazar a una familia de jabalíes acepté con reluctancia que era hora de volver a transformarme y enfrentar el horrible desastre que había causado.

Seguí mi agudo sentido del olfato hasta un sendero que se utilizaba frecuentemente como ruta de contrabando para inmigrantes ilegales y traficantes de drogas, merodeando por el camino hasta que encontré una mochila en la base de un mezquite. Los contrabandistas solían dejar estos bultos por aquí, llenos de

aperitivos, botellas de agua y ropa por si los necesitaban en la siguiente pasada.

Despidiéndome de mi lobo por el momento, volví a mi forma humana para poder usar mis ágiles dedos y abrir y hurgar en la bolsa.

Premio gordo.

Saqué la camisa y los pantalones y me los puse apresuradamente. Los pantalones me quedaban algo sueltos y la camisa tenía agujeros hacia la parte inferior, pero eran mejores que pasear desnudo.

Agarré la botella de agua de dentro de la mochila, desenrosqué temblorosamente el tapón y me bebí todo el contenido antes de abrir el pequeño paquete de frutos secos y devorar hasta la última miga como un cachorro hambriento.

Ya está. Me sentía un poco más humano de nuevo. Lo suficientemente presentable para moverme por la sociedad educada mientras averiguaba qué demonios hacer a continuación.

¿Adónde iba a ir? No podía volver a mi apartamento, ese sería el primer lugar donde me buscarían. E incluso si pudiera acceder a mi cuenta bancaria, probablemente la estaban vigilando.

Me había quedado sin opciones. Necesitaba llegar a un teléfono y hacer la única llamada que podía.

Continué por el sendero hasta que encontré un par de zapatos colgando de una rama por los cordones. Los desaté y me los puse, aliviado de comprobar que me quedaban bastante bien. Como sabueso, estaba acostumbrado a caminar descalzo, pero ya parecía un vagabundo, y andar sin zapatos llamaría demasiado la atención.

Especialmente cuando seguramente cada ayudante del sheriff y agente de la patrulla fronteriza en un radio de ochenta kilómetros me estaba buscando.

El camino de vuelta al pueblo fue largo, pero me dio tiempo para pensar.

Había arañado a Kiera. ¿Cómo había podido ser tan descuidado? Diablos, ¿por qué no pude mantener la compostura quince minutos

más? Habría salido limpio sin causar daño a nada ni a nadie.

Realmente lo jodí todo.

Mi misión con el cártel ya ni siquiera era tan importante, al menos no hasta después de tratar con Kiera. La última vez que estuve en su presencia, no reconocí nada de cambiaformas en ella. Era como si el olor hubiera desaparecido, y solo podía suponer que mi presunción anterior había sido un error.

No era una cambiaformas, al menos no antes. Y en algún momento de los próximos dos días y medio, tendría su primera transformación. Necesitaba estar allí cuando eso sucediera, si no había ocurrido ya. Abandonarla para que lo sufriera sola, confundida y aterrorizada, no era una opción.

Los sabuesos cuidaban de los suyos, y como alfa —*su* alfa— ella era ahora mi máxima prioridad.

Finalmente, llegué a un teléfono público fuera del Circle K en la Avenida Grand. Solo tenía un número al que podía llamar, y esperaba que me consiguiera la ayuda que necesitaba.

Metí una moneda de veinticinco centavos que había recogido por el camino en la ranura y marqué, con el corazón palpitando con cada timbre que quedaba sin respuesta.

Clic. —¿Mande? —dijo la familiar voz masculina con su típico saludo en español.

—Jose, soy yo, Jack —dije, mirando por encima del hombro otra vez para asegurarme de que nadie me estaba observando o escuchando.

—Oye, ¿qué pasa, homes? —dijo—. Te has escapado de La Pinta, ¿eh?

—Sí, más o menos —evadí—. Oye, eh, mira, me he metido en un lío y necesito que me pongas en contacto con Pablo.

Él tarareó con escepticismo. —Eh, no sé, tío.

Un gruñido de irritación retumbó en mi pecho, pero lo contuve. —Está esperando mi llamada, ¿vale? Solo llámalo y dile que me devuelva la llamada a este número. Estoy usando una cabina telefónica. Va a querer hablar conmigo.

Un suspiro resonó en el auricular. —Vale, lo intentaré.

—Gracias —dije antes de que colgara.

Coloqué el teléfono en su soporte y luego me pasé las manos por el pelo con impaciencia. Quién sabe cuánto tendría que esperar, si es que llamaba. Podrían ser minutos. Podrían ser horas. Pero esperaría aquí toda la noche si fuera necesario.

Ya habría oído lo que pasó en la cárcel, y llamarle después para pedir ayuda demostraría mi lealtad. Pero además, realmente necesitaba su ayuda. No tenía a nadie más a quien recurrir. Llamar a mi padre estaba completamente descartado a menos que quisiera renunciar a esta misión por completo, y estaba demasiado cerca de integrarme en el cartel como para considerar esa opción.

Solo tenía que ser paciente.

Un *uuuh* sonó detrás de mí, y por instinto me escondí tras la cabina telefónica y pegué mi espalda contra la pared. Conteniendo la respiración, observé por encima de la cabina el coche de policía que se había detenido en el aparcamiento de la gasolinera y vi cómo los agentes se bajaban.

Charlaban y reían mientras entraban en la tienda, completamente ajenos a mi presencia, y exhalé un largo suspiro de alivio momentáneo una vez que estuvieron dentro.

Vamos, Pablo. Llama. ¡Llama!

Como respondiendo a mi desesperada súplica interna, la cabina sonó estridentemente. Me lancé hacia la caja y arranqué el teléfono del gancho.

—¿Hola? —pregunté con cautela, por si no era más que una llamada equivocada.

—¿Jack? —Era la voz de Pablo.

Cerré los ojos con silenciosa gratitud. —Sí. Soy yo.

—Ay, Dios mío, has montado un buen lío, ¿no? —dijo con una risita.

Me alegro de que te resulte divertido que me haya expuesto —y posiblemente a todos los nuestros— de una manera tan pública y

desastrosa.

—Sí, desde luego —dije entre dientes, esforzándome por ocultar mi irritación—. Y necesito tu ayuda. No sabía a quién más llamar.

—Sí, has hecho bien en llamarme —dijo—. Nos ocuparemos de ti. Ahora eres uno de los nuestros. Quédate donde estás y enviaré a alguien a recogerte.

—¡Espera! Un momento —solté antes de que pudiera colgar.

—¿Sí?

Agarré el cable del teléfono con fuerza. —Hay algo más... arañé a alguien al salir.

Una pausa, y luego un suspiro. —Ah, ya veo. Eso *sí* es un problema.

—Lo sé, y puedo manejarlo —dije apresuradamente—. Pero necesito un lugar privado donde pueda llevarla mientras pasa por su primera transformación. Preferiblemente fuera del radar, si es posible. Esperaba que tuvieras algo que pudieras ofrecerme generosamente.

El silencio que siguió retumbó en mi cabeza. No podía estar seguro de si aceptaría. Dijo que estaba dentro, ¿pero eso significaba que también le importaría alguien a quien yo había convertido por accidente?

Por un lado, el arañazo era completamente culpa mía y mi responsabilidad únicamente. Pero por otro, si no se atendía a Kiera, podría potencialmente exponer a todos los de nuestra especie, y eso nos afectaba a ambos.

—Mmm... Sabes, acabamos de vaciar un almacén en el centro —dijo pensativo—. Puedes instalarte allí.

—Sería perfecto —dije, apoyando mi frente contra el borde de la cabina mientras una pequeña parte del peso se levantaba de mis sobrecargados hombros.

—Le indicaré a mi enviado que te lleve allí y te consiga lo que necesites —dijo.

—Gracias. Te estaré eternamente en deuda.

—Y tengo toda la intención de cobrar esa deuda tan pronto como termines con tu nuevo cachorro —ronroneó oscuramente—. Espero conocerla y darle la bienvenida al grupo.

Mi corazón se hundió en mi estómago como un ancla arrojada. Él esperaba que Kiera fuera iniciada por el cartel. Joder.

—Ya está. He enviado el mensaje. Ricardo va de camino a recogerte —informó.

Tragué saliva con dificultad, mi boca y garganta raspaban como si estuvieran hechas de papel de lija. —Gracias, señor —dije con voz ronca.

La línea se cortó, y colgué el teléfono en el gancho como un zombi.

Había arruinado completamente la vida de Kiera.

No. No, la sacaría de allí antes de que supieran quién era. Nunca había convertido a nadie antes, pero sabía que la iniciación entre creador y creado era sagrada. Me darían la privacidad que necesitaba para asegurar ese vínculo. Pasara lo que pasara, no dejaría que esos malditos malvados pusieran sus manos sobre ella.

Todo lo que tenía que hacer era secuestrarla y encerrarla primero, y luego de alguna manera lograr ganarme su confianza después.

Joder, qué vida la mía.

Capítulo 17
Cole

Era imposible saber cuánto tiempo había pasado desde que me encontraba en este semirremolque. No había ventanas, ni siquiera una grieta en el metal que dejara pasar el más mínimo rayo de luz revelador del exterior.

Y teniendo en cuenta que no había dormido nada después de despertarme por primera vez, cada segundo transcurría de manera dolorosamente lenta. Pero no podía permitirme quedarme dormido. Necesitaba mantenerme alerta y listo para cuando esa puerta se abriera. El síndrome de abstinencia cada vez más intenso por alejarme más y más de Kiera se había convertido en un ardor doloroso en el pecho y el estómago, lo que definitivamente me ayudaba a mantenerme bien despierto.

Solo un pequeño puñado de mis compañeros cautivos había despertado de su letargo inducido por las drogas. Había intentado hablar con cada uno de ellos al despertar, averiguar qué sabían sobre quiénes nos habían secuestrado y por qué, pero cada uno hablaba un idioma diferente. Español, ruso, portugués y quién sabe qué más.

Los únicos otros idiomas que dominaba con fluidez eran el francés y el latín antiguo. Había estudiado ambos durante años en la Cúpula, la academia secreta para cambiaformas en Chicago. De poco me servía ahora.

Una de las jóvenes en la esquina sollozaba suavemente, con la cabeza enterrada entre las manos. El hecho de que ni siquiera intentara hablar con los demás o luchar contra sus circunstancias me indicaba que había esperado este destino, por muy infeliz que estuviera con él.

Varios de los hombres que estaban conscientes trabajaban en silencio con sus esposas y cadenas como si pudieran arrancarlas. Un hombre, mao por su olor, golpeaba su mano contra el suelo del contenedor, y luego intentaba liberarla de la esposa. Mi mejor conjetura era que intentaba romper los huesos de su mano lo suficiente como para poder sacarla.

Ver cómo se mutilaba deliberadamente en su desesperación hacía que mi estómago vacío se revolviera con náuseas, pero no podía apartar la mirada, tanto por fascinación mórbida como por curiosidad esperanzada sobre si tendría éxito en su lucha.

El balanceo del contenedor cesó y el motor del camión siseó mientras se detenía. Esto había ocurrido varias veces desde que recobré la consciencia. Probablemente paradas de tráfico o peajes. Pero esta vez, el constante rugido del motor desapareció por completo.

Me puse alerta de inmediato, agarrando el bolígrafo con fuerza en mi puño cerrado. Nos habíamos detenido. Y tanto si habíamos llegado a nuestro destino como si solo nos habíamos detenido para una pausa para mear, estaba listo para hacer lo que fuera necesario para salir.

Las voces llegaban desde fuera de la delgada pared metálica, y los pasos crujían por el lateral del remolque hacia la parte trasera. Iban a abrir la puerta.

Con una serie de golpes metálicos que resonaron por todo el contenedor, la puerta corredera se deslizó hacia arriba, y un grupo de hombres apareció fuera, con AK-47 preparados y listos para disparar ante cualquier movimiento repentino.

¿Quiénes coño eran esta gente?

Por su aspecto, todos eran hispanos, probablemente mexicanos. Sus uniformes completamente negros sugerían un cuerpo de seguridad, pero ninguna agencia gubernamental, de ningún país, reuniría específicamente a cambiaformas. Tenían que ser algún tipo de milicia privada.

Quizás no debería haber descartado tan rápidamente la idea de los Cazadores. Tenían células por todo el mundo. Y si ese era el caso, no

tendría ningún problema en matar a tantos como pudiera. Pero tenían armas. Mi bolígrafo roto no iba a hacer mucho contra eso.

Uno por uno, comenzaron a soltar las cadenas de cada cautivo de los pernos del suelo y a sacarlos del remolque. La mayoría estaban inconscientes, así que simplemente se los echaban al hombro y los sacaban. Aquellos que estaban conscientes, sin embargo, oponían resistencia.

El hombre que había estado intentando romperse la mano dio un cabezazo a su escolta tan pronto como llegó al suelo e intentó huir corriendo. Solo logró dar tres largas zancadas antes de que uno de los otros hombres armados lo alcanzara y le golpeara con la culata de su arma en la sien, dejándolo inconsciente al instante. Su atacante le agarró por debajo de las axilas y lo arrastró fuera de mi campo de visión.

Ninguno de los hombres armados intentó dispararle. ¿Por qué? Un Cazador no habría dudado, independientemente de la información que pudieran obtener de un cambiaformas. Los Cazadores matan primero y hacen preguntas después.

Quienesquiera que fuesen nuestros captores, nos querían vivos y relativamente enteros. Sus armas eran solo para aparentar, una amenaza de hostilidad destinada a asustarnos para que obedeciéramos.

Por fin, vinieron a por mí. Observé cómo el hombre desenganchaba mi cadena, evaluándolo tan minuciosamente como podía en la tenue luz de la noche: qué armas tenía y dónde; qué insignias identificativas, si las había, podría tener en su uniforme o qué tatuajes podría reconocer; si parecía tener alguna debilidad física que pudiera aprovechar.

Ninguna insignia, ningún tatuaje. Pistolas enfundadas en ambas caderas, y un bulto en la pernera del pantalón a la altura del tobillo que sugería una hoja oculta o una pistola pequeña.

Cuando se levantó y tiró de mi cadena para que lo siguiera, favorecía ligeramente su pierna izquierda al retroceder. Una vieja lesión, quizás. Podría usar eso a mi favor, pero tenía que esperar el

momento adecuado. No podía atacar descuidadamente para no terminar como el otro pobre desgraciado y perder esta única oportunidad de escape.

Obedientemente, dejé que me sacara del remolque, aunque sin dejar de mantener una mirada de odio que prometía venganza.

Una brisa de aire fresco del desierto acarició mi rostro sudoroso mientras evaluaba mis alrededores, preguntándome dónde estaba exactamente. Para mi sorpresa, me encontraba en un patio rodeado de hermosa arquitectura española, una especie de villa. No había enormes almacenes ni edificios de hormigón frío como había esperado. Esto no era una instalación de investigación ni una penitenciaría. No, alguien *vivía* aquí, y bastante bien por lo que parecía.

Incluso había una fuente burbujeante justo delante del morro del camión, y más allá, una mansión de tres pisos artísticamente construida, cuyas puertas dobles de cristal emplomado estaban abiertas para recibir a los hombres armados con su cargamento inconsciente mientras entraban en fila india.

Todo lo que había considerado sobre mi situación se vino abajo. ¿Qué demonios era esto? No pensaba quedarme el tiempo suficiente para averiguarlo.

La villa rodeaba el patio por los cuatro costados, con una verja cerrada de hierro forjado decorativo al sur, frente a la casa principal. Estaba a apenas unas decenas de metros de donde me encontraba, siendo los cinco hombres armados restantes el único obstáculo entre la libertad y yo.

Estaba bastante seguro de que no me dispararían. ¿Podría llegar antes de que uno de ellos me alcanzara? Y si lo lograba, ¿podría saltar la verja antes de que me atraparan? ¡Si tan solo pudiera acceder a mi dragón! Pero si pudiera, no seguiría a merced de estos cabrones.

—Muévete —ladró el hombre que sujetaba mi cadena mientras tiraba del extremo, obligándome a tropezar hacia delante.

Si les permitía llevarme dentro de esa casa, puede que nunca volviera a salir. Tenía que intentar escapar mientras aún estuviera fuera.

Uno de los cautivos, un hombre gigantesco —un ursa por su olor— embistió contra su escolta cuando salían del remolque, derribándolo al suelo. Se colocó detrás de su escolta y enrolló la cadena que conectaba sus esposas alrededor del cuello del hombre.

Tres de los hombres uniformados se lanzaron sobre ellos, luchando por arrancar al ursa de encima de su compañero.

Estaban distraídos. Esta era mi oportunidad.

Fingí tropezar, cayendo hacia delante sobre mis rodillas y antebrazos. Mi escolta gruñó frustrado y se inclinó para ayudarme a ponerme en pie, pero antes de que pudiera agarrarme del brazo, clavé el bolígrafo en la parte posterior de su pierna izquierda con toda la fuerza que pude reunir.

Se tambaleó y gritó, soltando el otro extremo de mi cadena mientras sus manos se apresuraban a quitarse el bolígrafo. Tan pronto como la tensión cedió en mi cadena, salí disparado hacia la verja, esquivando a los hombres que forcejeaban y corriendo más rápido de lo que jamás había corrido en mi vida.

Mis pies golpeaban contra las losas de piedra, mis pulmones ardiendo por el esfuerzo mientras me acercaba cada vez más. ¡Solo unos metros más!

De un salto, me lancé hacia la verja, agarrando los barrotes con mis manos y empujándome hacia arriba.

De repente, un dolor punzante atravesó mi pantorrilla, y todo mi cuerpo se contrajo de agonía. Me desplomé en el suelo, mis músculos gritando mientras se convulsionaban y contraían.

Una figura oscura se cernía sobre mí, una vara negra sobresaliendo de su mano. Una porra eléctrica. ¡El hijo de puta me había electrocutado!

Mi cuerpo ignoraba cada orden mental que le daba mientras me arrojaban sobre un hombro, mis entrañas aún temblando mientras

colgaba indefenso y observaba los pies de mi captor marchar hacia la cálida luz amarilla que se derramaba desde las puertas abiertas de la casa.

—Que... te... jodan —murmuré débilmente, rociando saliva de mis labios.

Cruzamos el umbral, la luz que me rodeaba dolorosamente brillante después de tanto tiempo en la oscuridad del remolque, obligándome a entrecerrar los ojos.

—Espera —dijo una voz masculina extrañamente familiar a mi izquierda—. Este es especial. Tráelo a mi despacho.

Mi captor cambió de dirección, desviándose hacia la izquierda detrás de quien había hablado y llevándome a una habitación cuya iluminación era misericordiosamente suave y me permitía abrir los ojos un poco más. Unos fuertes brazos me subieron a un diván, y caí sin fuerzas contra el mullido reposabrazos.

Un hombre mayor con traje gris se apoyaba contra un gran escritorio de caoba pulida, con los brazos cruzados mientras me observaba con una sonrisa petulante. Había visto esa cara antes, esa perilla entrecana en medio de la piel color caramelo.

Como una avalancha, todo volvió a mi memoria: mi almacén, la corona de obsidiana, el golpe en mi cabeza antes de que el mundo se oscureciera.

Este hombre era el cliente con el que me había reunido. Enrique Escobar.

Me removí contra los cojines, gastando demasiada energía para forzar a mi cuerpo tembloroso a incorporarse para al menos sentarme con cierta dignidad.

—Buenas noches, señor Dracul —saludó Enrique, como si fuéramos invitados en una puta cena de gala—. Confío en que haya disfrutado del viaje hasta aquí.

—¿Qué demonios es esto? —gruñí.

Meneó su dedo índice hacia mí—. Directo al grano, como siempre. Respeto eso de usted.

—¡Que te jodan! —escupí.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio—. Menudo espíritu tiene, ¿eh? Conseguirá un buen precio.

—¿Precio?

Asintió—. Oh, sí. Es guapo, con buena educación y descendiente de la realeza dragón. Será una mercancía muy codiciada. Aunque aún no he decidido si quiero quedármelo para mí mismo. Ya le dije antes que soy un coleccionista.

Mi pulso comenzó a acelerarse cuando el horror de mi situación me golpeó por completo. Contrabandistas. Este hombre traficaba con *cambiaformas*, y luego los vendía al mejor postor para cualquier propósito enfermizo y retorcido que tuvieran.

—Dígame, ¿de qué color es su dragón? —preguntó en tono conversacional—. ¿Rojo? ¿Azul? Me parece que es usted del tipo azul.

—Negro —respondí sin emoción, en un aturdimiento de pánico.

La puerta por la que habíamos entrado se abrió y entró una adolescente. Tenía el pelo negro largo, no parecía tener más de diecisiete años, tal vez, y tenía las mismas cejas y nariz que Enrique.

—Renata, no deberías estar aquí —la reprendió Enrique.

—Lo siento, Papá —dijo ella—. Solo quería verlo.

Él frunció el ceño, pero luego hizo un gesto indulgente, llamándola —. Vale, mi amor. Pero solo un momento.

Ella rodeó el sofá y se colocó junto a él, mirándome desde arriba con ojos grandes y emocionados, sonrojándose como si yo fuera Justin Bieber.

—Es muy guapo, tal como dijiste —comentó mientras me evaluaba. Luego se volvió hacia su padre y tiró de su chaqueta—. Oh, por favor, ¿puedo quedarme con este?

Enrique puso su brazo sobre el hombro de ella y le apretó el brazo—. No sé, mija. No será fácil de domar. Pero lo pensaré, ¿vale? Ahora, vete a la cama.

Le besó la frente y la soltó con un suave empujón en la espalda. Ella me lanzó un aleteo de pestañas al pasar, y luego salió rápidamente de la habitación.

Estaba demasiado horrorizado para reaccionar a todo esto, mi terror crecía con cada segundo que pasaba.

—¿Lo ve, señor Dracul? Es usted una mercancía codiciada —dijo Enrique con una risita—. Si juega bien sus cartas, podría convertirse en el novio de mi hija.

—¿S-su qué? —balbuceé atontado.

—Su, eh, ¿cómo? —preguntó al hombre que hacía guardia detrás de mí.

—Prometido, Kiki —le informó el hombre.

—Ah, sí —asintió Enrique.

¿Quería que fuera el puto prometido de su hija?

—Sería todo un honor tener algunos dragones Dracul en la familia —dijo.

De ninguna manera iba a pasar eso. Yo había imprimado con otra persona. No solo probablemente no podría empinarla con su hija adolescente —ni siquiera iba a plantearme eso—, sino que mientras estuviera lejos de Kiera, mi vida tenía fecha de caducidad. Pero era mejor que él no lo supiera.

Tragué saliva—. ¿Y si no juego bien mis cartas?

Se encogió de hombros con una mueca de desinterés—. Entonces será vendido en una subasta como los demás. Podría acabar en un laboratorio como experimento científico de alguien, o podría ser el juguete sexual de algún príncipe árabe. Supongo que ya veremos.

Joder. Esto era totalmente retorcido. El miedo nauseabundo dentro de mí estaba transformándose rápidamente en una rabia que me costaba controlar. Y entonces simplemente no pude.

Me lancé del sofá hacia él, pero mis piernas de gelatina me fallaron, y me desplomé sobre la alfombra a sus pies.

—Ocúpese de él, por favor —dijo, dándome la espalda, y el extremo de la porra eléctrica se clavó en la parte posterior de mis costillas, haciéndome convulsionar sin control.

Me izaron sobre un hombro y me sacaron de la habitación como un saco de harina.

No era el cerdo premiado de nadie. Era un Dracul y, de alguna manera, *haría* pagar a cada uno de estos cabrones.

Capítulo 18
Heath

Me desperté sobresaltado, agitando los brazos en un acto de autodefensa desesperada y casi cayéndome al suelo. Me aferré al brazo del sofá y al cojín que tenía debajo mientras luchaba por recuperar el control de mi respiración entrecortada.

Solo había sido un sueño. El mismo que me había atormentado durante los últimos diecisiete años. Los gritos de mi madre aún resonaban en mi cabeza, y me froté la cara con fuerza como si eso pudiera acallarlos.

Mirando alrededor de la habitación desconocida, tardé varios segundos en salir de la neblina del duermevela y recordar dónde estaba: en el salón de Kiera.

Me giré hacia la izquierda, pero el sofá a mi lado estaba vacío. El pánico se encendió en mi pecho y volví la cabeza hacia todas las partes visibles de la casa, relajándome solo cuando comprobé que nada parecía dañado. No se había transformado. Ningún hombre lobo recién convertido podía pasar por su primera transformación sin destrozar todo a su alrededor.

Maldita sea, se suponía que debía vigilarla. Me reproché internamente por haberme quedado dormido. Al menos no me había perdido nada. Pero, ¿dónde estaba? ¿Se habría despertado en mitad de la noche para irse a su habitación?

El aroma oscuro e intenso del café recién hecho llegó hasta mis sentidos, llamando a mi mente adormilada como el canto de una sirena. Estaba despierta.

Me levanté del sofá y me aventuré hacia la cocina, comportándome como un invitado cansado en lugar del espía sospechoso que era. La cafetera aún goteaba, al final de su ciclo de preparación, pero Kiera

no estaba a la vista. Una taza descansaba sobre la encimera, vacía excepto por un cerco marrón en el fondo.

¿Se había marchado? El pánico estalló en mi pecho, la tensión endureciendo cada uno de mis músculos. ¿Cómo podía haber sido tan descuidado? Nunca debería haber cerrado los ojos anoche.

Saqué el móvil del bolsillo con brusquedad y marqué rápidamente su número.

Ring. Ring.

Con las orejas alerta y una ceja arqueada, miré lentamente por encima de mi hombro y corrí de vuelta al salón buscando la fuente. Su teléfono estaba sobre la mesa de café, frente al lugar donde había dormido en el sofá. El nombre del llamante en la pantalla decía "Capullo Poli Buenorro".

El alivio disolvió la tensión de mi cuerpo, y me reí del apodo que me había puesto. Pensaba que era atractivo. Pero también que era un capullo. Considerando la razón por la que me había metido en su vida, merecía que me llamaran cosas mucho peores, pero aun así, me molestaba el título. Al menos en apariencia, creía haber sido bastante encantador y caballeroso con ella.

No importaba. No tenía por qué gustarle. Confiaba lo suficiente en mí como para pedirme que me quedara a dormir, y eso era todo lo que necesitaba... o eso me decía a mí mismo.

Volví a guardar el móvil en el bolsillo y comencé a recorrer la casa con naturalidad. Habitación por habitación, comprobé detrás de cada puerta. No estaba en el baño. Ni en el dormitorio principal. Ni en el despacho o en la habitación de invitados. ¿Y si realmente se había ido y se había olvidado el móvil? Solo había una forma de saberlo con seguridad: comprobar si estaba su coche.

Mientras me dirigía a la puerta en la parte trasera de la cocina que daba al garaje, unos golpes amortiguados captaron mi atención. Reduje la velocidad, girando el pomo con vacilación y abriendo la puerta.

Los golpes se hicieron más fuertes y nítidos a medida que abría más la puerta, y Kiera apareció en la esquina trasera del garaje. Estaba empapada en sudor, con un par de guantes de boxeo en las manos mientras golpeaba un largo saco negro que colgaba del techo.

Por supuesto que tendría su propio saco de boxeo.

Entré del todo y cerré la puerta suavemente tras de mí. Estaba tan concentrada en su entrenamiento que no pareció notar mi presencia, y la admiré en silencio durante un momento.

Se veía tan feroz, golpeando el saco con movimientos limpios y precisos. Y aunque tenía mechones de pelo sueltos pegados a la cara y el sudor brillaba en su piel, expuesta por el top deportivo que llevaba, estaba absolutamente preciosa. Como una valquiria moderna en medio de la batalla, un ángel de guerra, hermosa pero letal.

Cuando mis pantalones se tensaron, me di cuenta de que me había quedado mirándola y que mi atención había pasado de ser apreciativa a ser indiscreta.

Aclaré mi garganta. —Veo que has empezado temprano hoy.

Kiera dio un respingo y se giró para mirarme, con furia chispeando en sus ojos abiertos de par en par. —¡Joder, no te acerques así a traición!

Parecía estar a punto de arrancarme la cabeza, y me encogí ligeramente ante su arrebato.

Levanté las manos en un gesto de no-me-mates. —Eh, lo siento, no pretendía asustarte.

Resopló con frustración, presionándose la frente con el guante. —Perdona. Es que estoy un poco nerviosa después de lo de ayer.

Bajé las manos y asentí mientras me acercaba a ella. Por supuesto que estaría alterada después de lo ocurrido, y el hecho de que estuviera en guardia me hizo relajarme un poco. Aunque sabía que eso no importaría un carajo si Jackson venía a por ella.

No, no si venía—cuando viniera.

—Me alegra encontrarte aquí —dije—. Me preocupaba que te hubieras marchado por hoy.

Ella volvió a lanzar puñetazos al saco, con movimientos rápidos y enérgicos. —¿Por qué? ¿Crees que estoy demasiado desequilibrada para volver al trabajo? ¿Piensas que voy a ir contándole a todo el mundo mis locas alucinaciones?

Me quedé perplejo y negué con la cabeza. —¿Qué? No. Ya te lo he dicho, no creo que estés loca.

Kiera puso los ojos en blanco y golpeó con más fuerza. Parecía distinta esta mañana. Susceptible y hostil, como el día que tropezó conmigo. Normalmente era tan serena y dueña de sí misma. ¿Este cambio era simplemente su forma de lidiar con el estrés extremo, o era el principio de su fin definitivo?

Se me encogió el estómago. *Por favor, que no sea eso. Ella no.*

En cualquier caso, no parecía quererme aquí. Pero no podía dejarla, no hasta estar seguro. Si no podía calmarla, quizá era hora de continuar mi vigilancia desde la distancia.

—Mira, solo estaba preocupado por ti en general —dije—. Anoche pasaste por algo traumático, y solo quería asegurarme de que estabas bien. ¿Al menos me dejarías echar un vistazo a tu brazo antes de irme?

Sus golpes se fueron ralentizando hasta que finalmente bajó los brazos y se giró para mirarme, asintiendo una vez.

Inclinó su brazo herido hacia mí, y despegué con cuidado el vendaje para echar un vistazo a los arañazos. Por suerte, no había enrojecimiento ni inflamación que sugiriera infección, pero... ¿no eran más profundos ayer? Los cortes no tenían costras, pero parecían superficiales y finos, como si la piel estuviera volviendo a unirse.

La curación rápida era una característica de los cambiantes. Mi corazón se aceleró, y levanté la mirada hacia su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó, con el miedo elevando su tono de voz—. ¿Está infectado? —Dobló el cuello para mirar su brazo casi cubierto.

—No —dije—. De hecho, tiene sorprendentemente buen aspecto.

Ella suspiró. —Ah, menos mal. Siempre he cicatrizado rápido.

Hmm. Quizá esto era normal en ella. Pero aun así...

Volví a colocar el vendaje sobre su brazo y presioné los bordes con cinta adhesiva hasta que se pegaron de nuevo.

—Gracias —dijo, con un tono más tranquilo—. Por todo. De verdad que agradezco que te quedaras a dormir. No pretendo ser una cabrona, es solo que me siento tan... alterada. —Se presionó los guantes contra ambos lados de la cabeza y soltó un largo suspiro.

Mis brazos ansiaban rodearla, confortarla y asegurarle que todo iría bien, pero mantuve el pequeño espacio entre nosotros.

—Lo entiendo —dije—. De verdad que sí. Más o menos estoy libre hoy. ¿Quieres que te sostenga las manoplas, o prefieres seguir apaleando a ese pobre e indefenso saco?

Las comisuras de sus labios temblaron como si estuviera luchando contra una sonrisa. —Bueno, no tengo que ver a mi cliente hasta esta tarde. Si crees que puedes manejarme. —Me guiñó un ojo, y un peligroso calor inundó mi vientre.

—Estoy bastante seguro de poder manejar todo lo que me eches —dije con voz ronca antes de poder pensarlo mejor.

Su sonrisa ganó, extendiéndose bajo sus mejillas. —Eso ya lo veremos.

Giró sobre sus talones, y la forma en que movió las caderas mientras se dirigía hacia las manoplas colgadas en la pared me dejó completamente hipnotizado. Los pantalones cortos de entrenamiento, ajustados y finos que llevaba se amoldaban a su trasero como una segunda piel, dejando poco a la imaginación —y era todo lo que podía hacer para no imaginar toda clase de cosas.

Estaba jugando un juego peligroso con Kiera. Ningún otro sospechoso o persona de interés —en ninguna de mis líneas de trabajo— había tenido nunca el efecto que ella tenía sobre mí. Y aunque una parte de mí sabía que debería alejarme de ella,

distanciarme, estaba demasiado adicto a su presencia para seguir mi razón.

Me lanzó las manoplas, las cogí y me las puse. Las aplaudí para hacerme a la idea mientras Kiera adoptaba una postura de boxeador a dos pies de distancia frente a mí, entonces levanté mis manos enguantadas en posición de recepción.

—¿Lista? —pregunté.

Con los puños frente a su cara, asintió.

—Uno —indiqué.

Con un silbido, su mano izquierda salió disparada y golpeó mi manopla izquierda. Era fuerte.

—Bien. Uno-dos.

Puñetazo izquierdo, puñetazo derecho, rápido y fuerte.

Caímos en una extraña especie de sincronía. No importaba qué combinación de números yo gritara, ella no perdía la concentración, correspondiendo a los golpes con la suficiente fuerza como para hacer que mis palmas dolieran. Incluso cuando le lanzaba algún que otro golpe a la cabeza o al hígado, se recuperaba rápidamente de su ataque para bloquearme con los brazos doblados. Era hábil, y joder, me estaba excitando.

Justo cuando lancé mi brazo para golpear el lado de su cabeza, algo en su rostro cambió —su expresión quedó en blanco, sus ojos vidriosos como si no mirara realmente nada— y no consiguió bloquear. Mi manopla golpeó con fuerza contra su sien, haciéndola tambalearse hacia un lado.

—¿Qué demonios? —se quejó.

—Lo siento mucho —solté, quitándome las manoplas y extendiendo los brazos para agarrarla—. Pensé que ibas a bloquearme. ¿Estás bien?

Dejó que la levantara con mis manos firmemente agarrando sus brazos, mirándome con vulnerabilidad brillando en sus ojos azules.

—Lo siento. No sé qué pasó. Me... distraje. Yo... —Se mordió el labio inferior y bajó la mirada—. Debes pensar que soy una debilucha.

Me reí, muy consciente de lo cerca que estaba, de lo suave que se sentía su cálida piel bajo mis manos—. Eres muchas cosas, señorita Langley, pero una debilucha no es una de ellas. Eres una de las mujeres más fuertes que he conocido.

Sus ojos se encontraron con mi mirada de nuevo, cautivándome, y aunque mi cerebro me gritaba que apartara la vista, que diera un paso atrás, no podía liberarme de su seductora trampa.

Tragó saliva, dando un paso más cerca hasta que pude sentir su dulce aliento en mi cara. Levantó las manos para apoyarlas en mi pecho, luego se estiró de puntillas hasta que su rostro quedó a la altura del mío. Lentamente, se acercó y rozó suavemente sus labios contra los míos.

Y perdí el control.

Apretando mi agarre en sus brazos, la atraje hacia mí, aplastando mis labios contra los suyos. Abrió la boca mientras enroscaba sus brazos alrededor de mi cuello, y no pude evitar empujar mi lengua entre sus labios. Sabía a cielo y pecado todo en uno, la más dulce tentación, el éxtasis más oscuro.

Las advertencias que gritaban en mi cabeza fueron ahogadas por el calor de su lengua que se deslizaba contra la mía, el enredo de sus dedos en mi pelo, la presión de sus pechos llenos contra mi pecho. Todo lo que podía oír, ver, sentir, era ella.

Arrastré mis manos por sus hombros y alrededor de su espalda baja, aferrándola aún más cerca y frotando mi palpitante y endurecido deseo contra el húmedo vértice de sus muslos que prometía tanto éxtasis como ruina. Ella jadeó, raspando sus dientes sobre mi labio inferior, y la necesidad me atravesó, aguda y potente, hundiéndome en la locura.

Moriría si no la tomaba aquí mismo, ahora mismo.

—Heath —gimió entre besos hambrientos. Una invitación. Una súplica.

Ding dong.

El sonido del timbre de la puerta que resonó en esta habitación de cemento fue como un cubo de agua fría sobre mi cabeza. Me aparté de ella, jadeando y dolorido mientras mi mente se aceleraba.

Sus cejas se fruncieron con confusión mientras me miraba, sus hermosos labios hinchados por los besos y atrayéndome de nuevo, y mis músculos se tensaron con el esfuerzo de mi contención para ceder.

El timbre sonó de nuevo, captando su atención esta vez, y ella se limpió la boca y dio un torpe paso hacia atrás.

—D-debería atender —tartamudeó suavemente.

—Claro. De todos modos debería irme —dije, con la voz ronca por el deseo que aún me atormentaba.

—Oh —su voz se elevó con decepción—. Sí, vale.

Se dirigió hacia la puerta de la cocina, y yo la seguí torpemente, tratando de no pensar en nada mientras la vergüenza y la confusión luchaban con el anhelo en mis entrañas.

No podía posponerlo más. Había negado el pensamiento toda la noche, pero tenía que saberlo, de una forma u otra, especialmente después de lo que acababa de hacer. Tenía que saber si esta insaciable diablesa se convertiría finalmente en mi enemiga.

Mientras ella nos guiaba por la casa, saqué el paranómetro de mi bolsillo y a regañadientes bajé la mirada hacia él.

La visión de las agujas perezosas e inmóviles en su esfera hizo que un profundo suspiro de alivio saliera de mis pulmones.

Sin feromonas de cambiante.

Kiera no estaba infectada.

Capítulo 19
Kiera

La mortificación se filtraba en mi vientre como veneno mientras caminaba por la casa hacia la puerta principal, y fue un milagro que no tropezara con mis propios pies.

¿Qué demonios estaba haciendo? Acababa de enrollarme con Heath, y si el timbre no nos hubiera interrumpido, habría llegado mucho más lejos. Me estaba comportando como un desastre. Sí, me sentía increíblemente atraída por Heath, y sí, quizás esperaba que hiciera algún movimiento cuando le invité anoche.

Pero no lo hizo, y aunque me sentí decepcionada, una parte de mí se sintió aliviada porque claramente no podía manejar ningún tipo de rollo romántico ahora mismo. Acababa de ver a mi cliente mutarse en un lobo aterradoramente enorme justo delante de mí, y ninguna cantidad de drogas en el mundo iba a hacer que me sintiera bien después de eso. Me sentía volátil, como si la más ligera brisa pudiera destrozarme, y mi estado mental era explosivo en el mejor de los casos.

Entonces, ¿por qué cojones le besé?

¿Estaba en un estado increíblemente vulnerable? Sin duda. Y quizás quería una distracción de mi tormento interior, algo —cualquier cosa — que me hiciera sentir bien aunque fuera por un maldito minuto.

Quizás él no estaba interesado en mí, en absoluto. Ni siquiera intentó aprovecharse de mi vulnerabilidad anoche, y ahora actuaba súper reservado después de apartarse de mí en el garaje.

Mi segundo rechazo en menos de una semana. Uf, genial.

Bueno, tal vez era mejor si mi asalto íntimo lo ahuyentaba. Si había alguna lección que debía sacar de todo esto, era que estaba mejor

sola, sin la montaña rusa añadida de emociones. Era fuerte. Podía manejar esto. ¿Verdad?

Cuando llegué a la puerta, esperé a que Heath me alcanzara antes de abrirla.

Vino a colocarse a mi lado y me dedicó una sonrisa incómoda y plana. —Yo... eh... te llamaré más tarde.

Le devolví la sonrisa plana y asentí. —Claro. *No, no lo hará.*

Giré el pomo y abrí la puerta, y por un momento, el rostro al otro lado me robó el aliento.

¿Cole?

Pero a medida que mis ojos se ajustaban a la luz del sol exterior, las diferencias en sus rasgos faciales se hicieron más notables. El mismo pelo negro y espeso y los ojos ámbar, pero la cara de este hombre era más cuadrada, las mejillas más llenas, y era un par de centímetros más alto.

—¿Kiera Langley? —preguntó.

Fruncí el ceño con curiosidad. —Sí, soy yo.

Sacó algo de su bolsillo trasero y lo sostuvo en alto —una placa de algún tipo, aunque la mostró demasiado rápido para que pudiera ver exactamente qué era.

—Soy el detective Tobias Dracul —dijo mientras volvía a guardar la placa en su bolsillo—. Esperaba poder hacerle algunas preguntas.

Las alarmas sonaron en mi cabeza. ¿Era por lo de anoche? ¿Realmente pensaban que yo tenía algo que ver con la fuga de ese monstruo demente?

Miré a Heath, quien me dio una palmadita en el hombro de manera excesivamente platónica. —Te dejo con esto. Llámame si necesitas algo.

Luego pasó junto al doble de Cole, mirándolo de forma extraña mientras lo esquivaba.

Volví mi mirada al detective en el umbral, cruzando los brazos sobre las costillas mientras entraba en modo abogada. —¿Puedo preguntar

de qué se trata?

Asintió secamente. —Por supuesto. En realidad no estoy aquí en calidad oficial. Solo quería hacerle algunas preguntas sobre un hombre con quien estaba saliendo. ¿Cole Dracul?

Mis ojos se abrieron como platos. Debería haber reconocido el apellido en cuanto lo dijo. Maldita sea, estaba muy desconcentrada hoy. Con razón se parecían tanto. Eran parientes.

—Oh, eh, sí —dije, bajando los brazos—. ¿Qué pasa con él?

El detective miró a ambos lados. —¿Puedo pasar y se lo explicaré?

Mordí el interior de mi mejilla por un momento. Un policía, que era pariente del tío que me había dado plantón, estaba en la puerta de mi casa. Nada de esto podía ser bueno. Pero al final, mi curiosidad ganó.

—Claro. —Retrocedí y abrí la puerta completamente, haciendo un gesto con la mano para que entrara.

Lo guié hasta la sala de estar y me senté en el sofá, y él tomó asiento en el sillón en diagonal a mí, inclinándose hacia delante y entrelazando y desenlazando los dedos frente a él.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Cole? —preguntó.

—Hace poco más de una semana —dije—. Se suponía que íbamos a cenar hace cuatro días, pero nunca apareció. —Bajé la mirada a mi regazo, tratando de ocultar la amargura por lo que iba a decir a continuación—. No ha respondido a ninguna de mis llamadas ni mensajes desde entonces.

Una profunda arruga se dibujó entre sus cejas, y una sensación de hundimiento se instaló en mi estómago. Me puse rígida e incliné el cuerpo hacia delante.

—¿Está herido? —pregunté, con preocupación resonando en mi voz.

El detective se encogió de hombros—. Sinceramente, no lo sé. Usted es la primera pista que he conseguido —Agachó la cabeza y pasó las manos por su pelo.

—Es Tobias, ¿verdad? ¿Es usted su hermano? —pregunté. Cole nunca hablaba sobre su familia.

Se enderezó y negó con la cabeza—. No. Cole es mi primo. Él y yo nos mantenemos en contacto de vez en cuando, pero no ha respondido a ninguna de mis llamadas en los últimos días, lo cual es muy raro en él. Como vive en esta zona, me preocupé por él, así que tomé un vuelo y fui a su casa. No estaba allí y, según la grabación de su cámara del timbre, no ha estado allí en cuatro días.

Cuatro días. Era el tiempo que había pasado desde la última vez que supe de él.

—¿Podría haberse ido a alguna parte? —pregunté—. Viaja por trabajo constantemente. Tal vez le surgió una oportunidad de última hora.

Aunque eso no explicaría por qué no podía contestar al maldito teléfono. Y el hecho de que ni siquiera respondiera a su primo hacía que esa sensación de hundimiento fuera aún más pesada.

—No se iría de viaje de negocios sin su teléfono —dijo Tobias—. Según su nube de Apple, su teléfono tampoco ha estado encendido en cuatro días. Señorita Langley, ¿conoce a alguien que quisiera hacer daño a Cole?

El ancla en mi estómago se desplomó hasta el suelo, arrastrando mi corazón con ella.

—N-no lo sé —dije, mientras el hielo inundaba mis venas con cada latido acelerado de mi pulso—. Nunca hablaba de amigos, colegas o incluso familia. Supongo que realmente no le conocía tan bien. Pero solo llevábamos saliendo un mes, así que no quería entrometerme.

Se frotó la barbilla y asintió pensativo.

—¿Cree... cree que le ha pasado algo? —pregunté con voz débil, aunque estaba aterrorizada por la respuesta.

Dejó escapar un profundo suspiro mientras mantenía mi mirada—. Desgraciadamente, creo que es una posibilidad muy probable.

Cerré los ojos con fuerza. Todo este tiempo había estado tan enfadada con él, odiándole porque pensaba que simplemente me

había ignorado. Nunca se me ocurrió que pudiera haber algo turbio. Era el paquete perfecto: rico, guapo, encantador, un tipo agradable en todos los sentidos. ¿Quién querría hacerle daño?

Pero, después de todo, esto era La Cima. El cártel no necesitaba precisamente una razón. Había defendido a suficientes de ellos como para saber que muchos te matarían solo por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

¡Dios mío!

—Siento decírselo así —dijo Tobias—. Esperaba que pudiera ofrecer algo de claridad, que tal vez vosotros dos estuvierais teniendo algún tipo de encuentro. Pero ahora veo que usted y él no eran tan serios, considerando su, eh, compañía.

Pestañeé mientras la vergüenza encendía el calor en mi cuello. Heath. Quería discutir, defenderme, pero no tenía mucho en lo que apoyarme: *habría dormido* con Heath hoy si Tobias no hubiera aparecido. Y mientras tanto, Cole había desaparecido. ¿Qué coño estaba haciendo con mi vida?

Al ver mi incómoda reacción, se metió los labios entre los dientes y apartó la mirada con torpeza, frotándose el pelo de la nuca—. Mire, eh, si tiene noticias de él, o recuerda algo que pueda ser útil para localizarlo, ¿podría llamarme, por favor?

Tragué el nudo que tenía en la garganta y asentí—. Sí, por supuesto.

Metió la mano en el bolsillo trasero, sacó un bloc de notas y un bolígrafo, y anotó algo en él. Luego arrancó la hoja y me la entregó.

—Es mi móvil —dijo mientras la aceptaba—. Por favor, siéntase libre de llamar o enviar un mensaje si descubre algo que pueda ser útil.

—Lo haré —dije.

Se levantó del sillón, y yo me levanté y le acompañé hasta la puerta principal. Saqué una de mis tarjetas de visita de dentro de la funda de mi teléfono y se la ofrecí.

—Si lo encuentra, ¿me llamaría también? —pregunté—. Realmente me importa, y me siento como una tonta por haber pensado lo peor

de él cuando se quedó en silencio —El dolor atravesó mi corazón al aceptar mi propia terquedad.

—Es comprensible —dijo, guardando mi tarjeta—. Sospecho que ambos hemos visto en gran medida la naturaleza más oscura de las personas, y tendemos a esperarla de todos. Pero intento recordarme que, donde hay oscuridad, también hay luz.

Asentí, y luego le abrí la puerta.

—Nos mantendremos en contacto —dijo mientras salía.

No fue hasta que cerré la puerta tras él que toda la carga de mis emociones se derrumbó sobre mí, y me permití llorar.

¿Dónde estás, Cole? Por favor, por favor, que estés bien.

Capítulo 20
Heath

Permanecí sentado en mi coche frente a la casa de Kiera durante varios minutos, intentando en vano aclarar mi cabeza de los miles de pensamientos en guerra.

La besé. Como un adolescente cachondo, aproveché la primera oportunidad para sucumbir a la tentación que ella representaba.

—¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea! —maldije entre dientes, golpeando los laterales del volante con las palmas de mis manos con cada repetición.

Estaba mal en tantos niveles. Sería diferente si esto entre nosotros fuera solo físico. Podría verlo como una transacción, un intercambio de algo superficial que ambos necesitábamos.

Pero no era así. Mi atracción hacia ella era mucho más profunda, y se hacía cada vez más profunda con cada interacción.

Solo iba a hacerle daño. Cuando todo esto terminara, tendría que irme, y ella nunca volvería a verme ni a saber de mí. Tal era la naturaleza de mi papel con los Cazadores. Y si intentaba mantener contacto con ella, se convertiría en un objetivo para los monstruos que cazábamos. No podía hacerle ninguna de esas cosas.

Ahora que sabía que no iba a transformarse, no había razón para estar en contacto directo con ella. Lo mejor para ambos sería que yo desapareciera. Y lo haría tan pronto como atrapara a Jackson.

Miré el reloj en el salpicadero. Era casi mediodía. Kiera dijo que tenía una reunión con un cliente por la tarde.

Volví a mirar su casa para ver al hombre que había venido a interrogarla saliendo por la puerta principal y caminando por el camino de entrada, pasando junto a mi coche.

¿Estaría bien ella sola en casa hasta que se fuera a su reunión? Me parecía poco probable que Jackson viniera a por ella a plena luz del día, y una vez que se marchara, estaría fuera de su alcance hasta su regreso.

El anhelo que golpeaba en mi pecho me instaba a quedarme, a asegurarme de que estuviera a salvo, pero no podía confiar en ningún juicio que viniera de mi corazón. Cuanto más tiempo esperara aquí, menos tiempo tendría para hacer lo verdaderamente importante: encontrar a Jackson. Podría estar en cualquier parte, y tal vez ni siquiera vendría a por ella.

Con un resoplido decidido pero reticente, pulsé el botón de arranque de mi coche y salí marcha atrás. Volvería antes de que oscureciera, solo para vigilar desde fuera. Eso me daba varias horas para hacer mi verdadero trabajo, una tarea en la que normalmente era bastante bueno.

Siguiendo las instrucciones del sistema de navegación de mi coche, conduje hasta el complejo de apartamentos donde se había descubierto el alijo de Jackson. El lugar parecía tan sórdido como cabría esperar de un traficante de drogas. Varios bloques de edificios de dos pisos apiñados uno junto a otro entre parcheados céspedes, con una mezcla de chatarras oxidadas y desteñidas por el sol y todoterrenos con llantas pulidas en el aparcamiento.

Sabía que era poco probable que volviera aquí, pero era el mejor lugar para empezar mi búsqueda.

El apartamento de Jackson estaba en la planta baja del edificio B, número 69. La puerta todavía tenía tiras de cinta de precaución formando una X, lo que sugería que no había habido entrada reciente. No es que no pudiera haber entrado por una ventana. Pero incluso si no había vuelto, aún podría encontrar algo útil dentro.

La cerradura fue fácil de forzar, y entré en el pequeño apartamento de un dormitorio. No podía estar seguro si era solo mi imaginación funcionando con lo que sabía que era cierto, pero el aire olía ligeramente a perro mojado.

El lugar seguía siendo un desastre desordenado por el registro policial, cajones sacados y sus contenidos esparcidos por la alfombra, armarios abiertos de par en par. Pero aparte de eso, no parecía haber muchas "cosas" reales en este apartamento. No había cuadros en las paredes, ni objetos en las superficies. Solo había un puñado de platos en toda la cocina, y los pocos papeles esparcidos por el suelo eran principalmente menús de comida para llevar.

Si los cajones y armarios estuvieran donde debían estar, este lugar apenas parecería habitado.

El dormitorio era la única zona que mostraba signos de ocupación. El colchón, por supuesto, había sido empujado de lado fuera de su estructura, y había algunas prendas de ropa esparcidas por el suelo. Revisé todos los cajones y no encontré nada más que más ropa.

Ningún dispositivo electrónico. Ni notas ni garabatos de nada en absoluto. Ni una sola pista o indicio útil.

Volví pesadamente al salón y eché un vistazo al desorden.

Espera, tal vez hubiera algunas pistas después de todo.

Recogí el montón de menús de comida para llevar y los hojeé. Ming's Thai Palace, Chicago Pizzeria y Tito's Italian Bistro. Considerando que no había más que cerveza en la nevera, tenía que suponer que frecuentaba estos lugares a menudo. Alguien en cualquiera de estos restaurantes podría saber algo.

Doblé los menús y salí a zancadas.

Antes de abandonar el complejo, llamé a las puertas de unas docenas de vecinos cercanos y les pregunté sobre él. Como sospeché, no socializaba mucho. Pocos de ellos le habían visto alguna vez.

Aunque una adolescente dijo que estaba "estúpidamente bueno", y su vecino de arriba, un drag queen larguirucho aparentemente a mitad de aplicarse el maquillaje para la noche, dijo con palabras más coloridas de las que quería oír que era "un trozo suculento" antes de proponerme algo.

Sí, eso fue súper útil.

Me alegré muchísimo de poder alejarme torpemente de Patti LaBoob hacia la oficina, donde interrogué al gerente de alquiler y le di mi tarjeta en caso de que tuviera noticias de Jack Reed otra vez.

Cuando volví a mi coche, llamé para pedir un favor a la operadora del 9-1-1 para que me notificara inmediatamente cualquier informe de ataques de animales en la zona. Si Jackson atacó a alguien después de escapar anoche, posiblemente podría seguir su rastro para acercarme más.

Pero mientras tanto, visitaría cada uno de sus restaurantes habituales para ver qué podía averiguar.

Ming's Thai Palace era el más cercano. Situado en un centro comercial entre una lavandería y un salón de uñas, era un local pequeño sin espacio para comensales que solo servía comida para llevar.

Interrogar a la mujer detrás del mostrador no me sirvió de mucho, ya que su acento asiático era tan marcado que solo pude entender algunas palabras. Cuando le mostré la foto policial de Jackson en mi móvil, no pareció reconocerlo, así que no perdí más tiempo intentando comunicarme después de eso.

Chicago Pizzeria fue incluso menos útil. Se dedicaban principalmente a los repartos, con solo algunos clientes ocasionales, y nadie en el turno reconoció a Jackson, ni tenían registrado su nombre real o falso.

Para cuando llegué a Tito's, empezaba a pensar que estos menús eran un callejón sin salida. Pero ya estaba allí, así que decidí hacer un último intento.

Este bistró no era como los dos locales anteriores. Era claramente un restaurante para comer en el local, y bastante agradable además, considerando el apretado complejo comercial detrás del cual estaba situado. Había enredaderas falsas en las paredes exteriores blancas de estuco, dando a la fachada un ambiente rústico italiano.

El aire en el aparcamiento estaba impregnado con los aromas sabrosos y herbales de la cocina, haciéndome incómodamente

consciente del hecho de que no había comido en casi veinticuatro horas. Quizás compraría algo mientras estuviera aquí.

Entré por la puerta y esbocé mi mejor sonrisa para la anfitriona detrás del mostrador de recepción.

—Buenas tardes, señor —me saludó—. ¿Para cuántos?

—En realidad, estoy aquí por trabajo —le mostré mi placa—. Estoy investigando a alguien que creo que podría ser uno de sus clientes habituales.

Ella frunció el ceño. —Oh, eh, ¿quién?

La puerta sonó detrás de mí, y miré por encima del hombro al nuevo cliente mientras sacaba mi teléfono para mostrar la foto policial de Jackson por tercera vez en la última hora.

—Solo será un momento —le dije, siendo educado, y luego me volví hacia la anfitriona con la pantalla de mi teléfono frente a ella—. Este es el hombre que estoy buscando.

—Oh, sí, le conozco —dijo después de apenas un segundo mirando —. Viene probablemente una vez a la semana, al menos durante mis turnos.

El tipo detrás de mí suspiró audiblemente y comenzó a golpear el suelo con el pie.

—¿Sabes algo sobre él? —pregunté, ignorando la impaciencia del hombre.

Ella torció los labios mientras consideraba la pregunta, y luego se encogió de hombros. —No realmente. Solo que se llama Jack.

—Sí, se hace llamar Jack Reed —aclaré.

El golpeteo del pie detrás de mí se detuvo de repente. La anfitriona dijo algo, pero mi atención estaba centrada en el sonido de suelas de goma deslizándose lentamente por el suelo de baldosas detrás de mí.

Miré por encima del hombro otra vez, y antes de que mis ojos pudieran siquiera encontrarse con la cara del hombre, había dado media vuelta y salió disparado por la puerta.

—¡Eh! —grité mientras salía empujando la puerta y corría por la acera tras él.

Ni siquiera me miró mientras avanzaba a toda velocidad con una agilidad y rapidez sorprendentes. ¿Cómo se había adelantado tanto ya? Era varios centímetros más bajo que yo y no parecía particularmente atlético. A menos que...

Se dirigía directamente hacia una alta valla de madera que bordeaba el canal detrás del bistró. Esta podría ser mi oportunidad de alcanzarlo, pero solo si lo atrapaba antes de que la saltara. Aceleré el ritmo, corriendo tan rápido como pude.

Pero cuando llegó a un pie más o menos de la valla, saltó alto en el aire, recogiendo las piernas debajo de él y superando la valla de un solo salto.

—¿Qué demonios...? —jadeé, mientras el desánimo me robaba el aliento, pero seguí adelante.

Salté sobre la valla, agarrándome a la parte superior con las manos y tirando de mí mismo hacia arriba al mismo tiempo que balanceaba mis piernas por encima. Pasé rodando al otro lado, cayendo fuertemente sobre mi costado y gruñendo mientras me ponía de pie.

Giré la cabeza varias veces a ambos lados del canal, pero no estaba a la vista por ninguna parte. Había desaparecido por completo.

¡Joder!

Me incliné un momento para recuperar el aliento, apoyando las manos en mis rodillas mientras mi pecho se agitaba. Ese hombre había huido después de que mencionara el seudónimo de Jackson. Debía estar compinchado con él de alguna manera. Con esa velocidad y fuerza, no me cabía duda de que era un cambiaformas.

Y le había dejado escapar.

Pateé la tierra, levantando una nube de polvo beige que persistió en el aire sin brisa. Luego me volví hacia la valla de madera y me preparé para escalar de nuevo. Con movimientos más lentos y medidos, logré caer del otro lado, aterrizando sobre mis pies.

Regresé pisando fuerte al restaurante y volví a entrar, todavía jadeando mientras me enfrentaba a la alarmada anfitriona.

—¿Reconociste a ese hombre, el que ha huido? —pregunté, señalando con el pulgar por encima de mi hombro.

Ella asintió tímidamente. —Sí, ha estado aquí algunas veces, pero no sé su nombre.

Agaché la cabeza. —Vale. Bueno, necesito que me hagas un favor. Si cualquiera de ellos vuelve a venir por aquí, necesito que me llames. ¿Puedes hacerlo?

Ella asintió de nuevo.

Le entregué una de las doce tarjetas que había impreso para esta misión. —Soy el agente Rhodes, y ese es mi número de móvil personal.

—De acuerdo —dijo, apretando la tarjeta contra su pecho.

Miré por la puerta de cristal, y mi estómago vacío rugió. —Y de hecho, creo que sí tomaré esa mesa, después de todo. Y una cerveza en el vaso más helado que tengáis.

Capítulo 21
Kiera

El cielo era un cuadro precioso de intensos rosas, naranjas y morados mientras conducía a casa después de mi reunión con mi cliente de violencia doméstica. Siempre me habían encantado estos atardeceres de Arizona, pero esta tarde no podía apreciarlos. Solo me alegraba que significara que este día estaba llegando a su fin.

No sabía qué pensar sobre nada. Heath. Cole. Y mucho menos sobre todo ese asunto de que mi cliente se transformara en hombre lobo. Dentro de mi cabeza reinaba el puro caos, y lo único que quería era aclararlo todo para poder decidir cómo proceder.

Cole había desaparecido. No me había ignorado a propósito, se había visto obligado a hacerlo. ¿Estaría bien? No podía dejar de preocuparme por lo que podría haberle ocurrido. Dijo que era marchante de arte. ¿Se habría involucrado de alguna manera con el cártel, intentando cerrar un trato con el psicópata mexicano adinerado equivocado?

¿Y qué podía hacer yo al respecto? Era abogada, no detective. Mis habilidades se limitaban a la ley, procesar documentos, redactar mociones, defender casos en los tribunales. Ni siquiera sabría por dónde empezar una investigación de persona desaparecida.

Quizás podría suplicarle a Heath que lo investigara. Era detective de narcóticos. Conocía mejor que yo cómo operaban los criminales, especialmente el cártel. ¿Estaría dispuesto a ayudarme a encontrar a mi novio desaparecido? Si es que volvía a verlo después de lo sucedido.

Y ni siquiera quería lidiar con el hecho de que también sentía algo por él. Pero era la historia de mi vida, sentir cosas por hombres no

disponibles. Uno suponía un conflicto de intereses, y el otro estaba literalmente no disponible porque había desaparecido.

Por el lado positivo, mi vida romántica —o la falta de ella— era una distracción del hecho de que los monstruos realmente existen. Jack Reed se había transformado en uno delante de mí, dejándome un bonito recuerdo en el brazo que todavía ardía bajo el vendaje.

Ya no dudaba de lo que había visto. Las pruebas nunca mentían, y el arañazo en mi brazo, el agujero en el techo y los jirones del mono naranja corroboraban lo que mis ojos se negaban a aceptar. Jack Reed era un hombre lobo. Y si existían los hombres lobo, ¿existirían otras cosas?

Aparté decididamente esos pensamientos de mi mente mientras entraba en mi camino de entrada. Era hora de una copa de vino y una sesión maratoniana de Los Tudor hasta que el sueño me llevara misericordiosamente.

Abrí la puerta de mi casa y entré, dejando caer mi bolso en la mesa lateral contra la pared antes de dirigirme directamente a la nevera. Desenrosqué una botella nueva de sauvignon blanc, cogí una copa del armario y la llené hasta el borde. Esta noche no me conformaría con las míseras porciones de los restaurantes.

Mientras levantaba cuidadosamente la copa a mis labios para dar un sorbo y poder llevarla sin derramarla, sonó un golpe en la puerta.

Con un suspiro, bajé la copa al mostrador y me resigné a abrir. Podría ser Heath, y estaba ansiosa por pedirle ayuda para averiguar qué le había pasado a Cole.

Abrí la puerta, pero el hombre en mi umbral era la última persona que esperaba ver, provocándome un disparo de pánico en el pecho.

Jack entró a la fuerza antes de que pudiera detenerlo y cerró la puerta tras él.

Retrocedí tambaleándome, levantando las manos frente a mí en un gesto conciliador e intentando mantener una fachada de calma a pesar de la adrenalina que inundaba mis venas.

—Jack, ¿qué haces aquí? —El tono sereno de mi voz me sorprendió, y agradecí mis años actuando bajo alta presión frente a una audiencia por la capacidad de hacer eso. Aunque esto iba tan más allá de lo normal que difícilmente podía compararse.

—Mira, sé que esto debe ser aterrador, y no es mi intención asustarte —dijo apresuradamente mientras se volvía hacia mí, levantando las manos de la misma manera que yo—. Solo necesito que me escuches un momento.

—Vale —dije con un gesto de asentimiento, tomando nota mental de dónde estaban escondidas todas las armas en mi casa. La mejor manera de lidiar con personas inestables era dejarlas hablar y mantener la calma. Aunque no estaba segura de cuánto me ayudaría eso, o un arma, contra un hombre que podía convertirse en un lobo enorme.

—Lo que voy a contarte va a sonar a locura, y sé que debes estar aterrorizada y confundida después de lo que viste ayer, pero es muy importante que entiendas lo que voy a decir —continuó.

La pistola con velcro detrás de mi cabecero es mi favorita, y sé que está cargada, pero está demasiado lejos.

—¿Sabes algo sobre los cambiaformas? —preguntó, fijando sus ojos color espresso en los míos con una sorprendente vulnerabilidad.

Negué con la cabeza, dando otro paso lento hacia atrás.

La Beretta 70 está escondida detrás de la nevera. No tiene bala en la recámara, y estoy casi segura de que el seguro está puesto. ¿Puedo llegar a tiempo? Y aunque lo haga, ¿seré capaz de usarla antes de que me haga pedazos?

—Vale, supongo que no es sorprendente, incluso considerando la clientela con la que trabajas —dijo.

Mi ceja se crispó ante eso. ¿Estaba insinuando que había *más* personas como él? Oh Dios, ¿con cuántos de ellos me había sentado frente a frente en la cárcel a lo largo de los años?

—Soy lo que se conoce como un sabueso —explicó—. Lo que llamarías un hombre lobo, pero estoy seguro de que ya lo sabías

después de lo que ocurrió anoche. Parte de lo que habrás oído sobre los sabuesos es cierto: que nuestras transformaciones están muy influenciadas por las fases de la luna, y que podemos convertir a otro con una mordedura... o incluso un arañazo.

Un arañazo.

Mi mano revoloteó a ciegas hacia la venda de mi brazo, presionando suavemente sobre los cortes que aún escocían.

Dio un paso hacia mí, y me estremecí involuntariamente. —Quiero que sepas que nada de lo que ocurrió ayer fue mi intención. Intenté con todas mis fuerzas mantener la calma, resistir la compulsión de la luna, pero fracasé, y lo lamento muchísimo. Nunca deberías haber tenido que ver eso, experimentar eso, y jamás pretendí hacerte daño. No somos monstruos como los mitos y las historias te harían creer. No vamos por ahí hiriendo a la gente por diversión, y desde luego no por comida. Somos iguales a vosotros, solo que con algo extra.

Asentí, intentando lo mejor posible fingir que le entendía, que estaba siendo racional y tranquila, aunque toda esta situación era una locura descomunal. Pero estaba lista para lanzarme hacia la nevera en cuanto se pusiera hostil o le crecieran pelo o garras.

Nota mental: invertir en balas de plata. ¿Serán efectivas las balas normales?

—El caso es —continuó— que las acciones que tomé ayer, aunque completamente accidentales, desgraciadamente tendrán consecuencias negativas para ambos.

Se me cortó la respiración, mi garganta se tensó con un miedo creciente.

—Como te dije, un humano puede convertirse con un arañazo. Kiera... lo siento muchísimo, y no mereces nada de esto, pero... ahora eres una de los nuestros.

El silencio que siguió a su última declaración fue ensordecedor, resonando en la habitación a nuestro alrededor. Mi fachada se desmoronó bajo las implicaciones de sus palabras.

—Para, para, para, espera —dije con la respiración entrecortada, agitando las manos entre nosotros—. ¿Me estás... me estás diciendo que porque me arañaste el brazo con tus... tus... garras, me voy a convertir en lo que tú te convertiste? —Negué con la cabeza—. No, no, no. No. Eso no es...

—Sé que es *mucho* que asimilar, y nunca podré disculparme lo suficiente por lo que he hecho —dijo—. Pero he venido aquí para arreglarlo, para ayudarte en tu primera transformación. —Miró por encima de su hombro el resplandor anaranjado que se filtraba por la ventana detrás de él—. Y no tenemos mucho tiempo. Tenemos que irnos antes de que salga la luna.

Mis ojos se ensancharon, y mi corazón saltó a mi garganta. Jack no solo era un criminal buscado que había forzado la entrada a mi casa, también podía convertirse en una criatura peligrosa dos veces mi tamaño, ¿y ahora insistía en que me fuera con él?

—¿Ir a dónde? —musité.

Me dirigió una mirada suplicante. —He conseguido un lugar al que podemos ir que es seguro, donde no harás daño a nadie si... —No terminó.

Joder. Esto no podía estar pasándome a mí. Tenía una carrera, una vida, metas que no dejaban espacio para este tipo de locura. No podía convertirme en *eso*. No. No. Simplemente, no.

Podía estar mintiéndome. Esto podría ser parte de alguna estratagema para secuestrarme y hacer sabe Dios qué conmigo. Era un delincuente buscado, y el hecho de que también fuera un jodido hombre lobo era una razón más para no confiar en él.

—Por favor, Kiera, tenemos que irnos ahora para llegar a tiempo —suplicó, extendiendo una mano.

Aparté mis manos bruscamente, apretándolas contra mi pecho mientras daba varios pasos hacia atrás. —No voy a ir a ninguna parte contigo.

Sus cejas se fruncieron con preocupación. —Mira, sé que esto da miedo, y ninguno de nosotros quiere esto, créeme. Pero no es

seguro que te quedes aquí, ni para ti ni para tus vecinos.

—No. —Negué con la cabeza obstinadamente—. Me arañaste anoche, y no pasó nada. Estuve bien toda la noche durante la luna llena. No voy a convertirme en... lo que sea que tú eres.

Suspiró, poniéndose aún más frenético. —La transformación no siempre ocurre la primera noche, y todavía quedan dos noches más de luna llena. ¿No entiendes que podrías ser peligrosa?

Parpadee ante eso, la acusación tocó una fibra sensible dentro de mí.

Pero esto era diferente. Mi situación actual no tenía nada que ver con mi sórdido pasado adolescente, y sería una locura confundir las dos cosas.

—Creo que deberías irte, Jack —afirmé—. Si no lo haces, no tendré más remedio que llamar a la policía.

Agachó la cabeza y cerró los ojos. —Realmente esperaba que no tuviera que llegar a esto.

Metió la mano en el bolsillo trasero, y no esperé a ver qué sacaba. Giré sobre mis talones y corrí hacia la cocina.

¡Pistola, pistola, pistola!

Unos brazos fuertes como barras de hierro me atraparon por detrás antes de que diera tres pasos, levantándome del suelo. Me sacudí, pataleé y grité, pero era mucho más fuerte que yo, así que todo lo que pude hacer fue agitarme inútilmente.

—Realmente siento mucho esto, Kiera —jadeó en mi oído—. Lo siento mucho.

Entonces presionó un trapo húmedo sobre mi boca, atrapando mis gritos de pánico. Y mientras el intenso aroma llenaba mis fosas nasales, garganta y pulmones, mi visión se volvió borrosa. Mi mundo se volvió nebuloso, y luego se desvaneció por completo.

Capítulo 22
Jackson

Maldita sea. Realmente había jodido todo esto. Mi único trabajo era infiltrarme en el cártel y detener la propagación del Elysium, y parecía que desde que llegué a La Cima todo había sido un desastre tras otro.

Me arrestaron durante una venta de drogas. Me transformé en la cárcel y me vi obligado a escapar de forma explosiva antes de que alguien me viera. Al hacerlo, arañé a mi abogada, nada menos, condenándola a una vida como sabueso. Y ahora, estaba cargando su cuerpo inconsciente hacia el almacén que Pablo proporcionó como si fuera algún tipo de asesino en serie.

Había tocado fondo. No podría haber hecho peor este trabajo. Y ni siquiera quería saber lo que diría mi padre cuando se enterara. Probablemente ya lo sabía.

Pero aún no había terminado. Haría todo lo posible por ayudar a Kiera a adaptarse durante los próximos días, quizás conectarla con Caesar en la Cúpula después de sus primeros cambios, y luego volvería a mi misión. Tenía la confianza de Pablo, y eso era lo que importaba. Todavía podía llevar esto a cabo. Todavía podía tener éxito.

Llevé a Kiera a la jaula improvisada que había pasado el día soldando en el centro del amplio suelo del almacén. Tenía doce pies cúbicos, lo que le daba mucho espacio para moverse, incluso después de transformarse.

La coloqué sobre el colchón individual que puse allí para su comodidad. Más tarde lo haría pedazos, pero por ahora, al menos podría darle cierta seguridad de que no era un completo psicópata.

Arrodillándome junto a su forma inconsciente, aparté un mechón de pelo suelto de su rostro. No era la primera vez que notaba lo guapa que era. Aunque su piel era de un melocotón cremoso, su rostro tenía una mezcla de rasgos caucásicos e hispanos, con un ligero toque asiático en la suave curva de su barbilla y la forma de sus ojos.

Siempre se mostraba fuerte y capaz, pero así, parecía tan frágil, como una muñeca de porcelana. Odiaba tener que hacerle esto. Mi estómago había estado enfermo de autodesprecio mientras construía esta jaula, haciéndome sentir como Dahmer o Hannibal Lecter. Este no era yo. Encarcelar a alguien, especialmente a ella, contra su voluntad hacía que mi alma se sintiera tan sucia que quizás nunca podría limpiarla de este pecado.

Pero realmente no tenía elección. Abandonarla para que manejara la transformación por su cuenta, para que posiblemente hiciera daño a alguien o expusiera a nuestra especie al mundo, no era una opción. Estaba bien si me odiaba después de esto, y no la culparía. Ella era mi responsabilidad, y la cuidaría al máximo hasta que esto terminara.

Finalmente, salí de la jaula, la cerré y aseguré el candado maestro supuestamente irrompible de fuerza industrial a través del pestillo de conexión. Luego me dirigí al colchón de matrimonio que había colocado a unos metros de distancia y me dejé caer para esperar.

Había puesto gran cuidado en la construcción de la jaula. Todo estaba hecho con la aleación de acero más fuerte y gruesa que pude encontrar en el almacén de suministros de construcción cercano. El marco inferior estaba atornillado al suelo entre cada barra, y las barras de las paredes y el techo estaban separadas por tres pulgadas, espacio suficiente para que yo le pasara comida y artículos de aseo.

Con la ayuda de los hombres de Pablo, instalé un microondas y una pequeña nevera, que abastecí con varias bebidas, frutas y elementos para hacer sándwiches. No tenía idea de qué tipo de bebidas le gustarían, así que hice que los secuaces compraran un montón de

refrescos diferentes, agua embotellada y aguas con gas, y puse varias de cada una en la nevera. Quería hacer esta experiencia lo más agradable posible para ella dadas las circunstancias.

También le conseguí un cepillo de dientes y pasta dental, desodorante y un cepillo para el pelo. A pesar de cómo parecía todo esto, no era un monstruo. No quería negarle la dignidad humana básica. Sin embargo, la cuestión de cómo se abordarían las necesidades del baño podría echar todo eso por la borda.

Uf. Esto era un desastre total.

¿Cuánto tardaría en despertar? Nunca había usado cloroformo en nadie antes. No es que estuviera particularmente deseando su reacción cuando despertara. Tal vez dormiría hasta que saliera la luna, entonces la transformación sería evidencia suficiente para ella de que necesitaba estar aquí, que yo estaba realmente aquí para ayudarla. Podría evitar toda esa dolorosa confrontación.

Incliné la cabeza entre mis rodillas, frotándome la nuca con ambas manos.

Pero entonces... ¿y si no despertaba en absoluto? ¿Podría alguien ser alérgico al cloroformo? ¿Y si la hubiera matado? ¡Joder! ¿Y si...?

Kiera dejó escapar un suave gemido, y levanté la cabeza de golpe para ver que se movía ligeramente sobre el colchón. Bajé las manos y me acerqué para prestarle toda mi atención, preparándome mentalmente para la inminente explosión emocional.

Giró la cabeza de un lado a otro, frunciendo el ceño con los ojos cerrados y levantando una mano para frotarse la frente. Sus pestañas aletearon, luego se abrieron de par en par, y su cuerpo quedó completamente inmóvil mientras sus ojos recorrían frenéticamente todo lo que la rodeaba.

Se incorporó de golpe, su respiración acelerándose a medida que su expresión se volvía cada vez más angustiada.

—¿Qué... qué... qué coño? —exclamó con un chillido agudo—. ¿Dónde estoy? ¿Qué es esto?

—Tranquila, Kiera —dije con el tono más calmado que pude—. Por favor, no te asustes. Todo va a estar bien, te lo prometo.

Su cabeza giró frenéticamente en todas direcciones, analizando apresuradamente la estructura de la jaula. Luego se levantó de un salto y se abalanzó sobre la puerta, agarrando los barrotes y tirando y empujándolos. Ni siquiera se movieron.

—¡Déjame salir! —suplicó—. Por favor, déjame ir y no le contaré a nadie nada de esto. No tienes que hacer esto, Jack.

—No *quiero* hacer esto —me lamenté, esperando que mi voz expresara la profundidad de mi repulsión—. Pero desgraciadamente, tiene que hacerse.

Sus facciones se endurecieron y sus ojos se oscurecieron con alguna emoción desconocida. ¿Determinación? ¿Aceptación? ¿Odio?

—¿Qué vas a hacerme? —preguntó con voz baja.

—Nada —le aseguré, negando con la cabeza—. No voy a hacerte daño. Solo quiero evitar que hagas daño a otras personas. Realmente solo quiero ayudarte.

Se pegó contra los barrotes que aún agarraba como si le fuera la vida en ello, observándome de reojo entre un par de ellos. Se quedó callada un momento mientras me evaluaba.

—¿Cuánto tiempo vas a mantenerme aquí? —preguntó, su voz aún monótona, desprovista de emoción.

—Solo hasta que la luna mengüe —prometí—. Después de que te transformes las primeras veces y aprendas a controlarlo.

No respondió, simplemente siguió mirándome con ojos calculadores, ligeramente entrecerrados, y aunque era ella la damisela indefensa en la jaula, esa mirada me hizo sentir como si *yo* fuera la presa.

Rompí el contacto visual antes de que su mirada pudiera hacerme estallar en llamas psíquicamente, me levanté y me dirigí a la nevera que estaba contra la pared más cercana. La abrí y saqué una lata de Coca-Cola.

—¿Tienes sed? —pregunté, tratando de mantener un tono ligero y complaciente—. Tengo refrescos, agua, seltzer. No sabía qué te

gustaba, así que compré un montón de cosas diferentes.

Sin respuesta, solo esa mirada inquebrantable.

—Bueno, si decides que quieres algo, solo dímelo y estaré encantado de traértelo. —Abrí la lata y di un largo trago, centrándome en el sabor azucarado y las burbujas efervescentes en lugar de en mis nervios destrozados.

Con la Coca-Cola en la mano, volví a mi colchón y me senté frente a ella, sacando mi móvil—. ¿Te gusta la música?

Silencio.

—Puedo poner cualquier tipo de música que te guste —le dije, desplazándome por mi amplia colección en Spotify—. Tengo rock, rap, hip-hop, pop, incluso algo de tecno y heavy metal.

La miré, y seguía como antes, fulminándome e inmóvil.

—No pareces del tipo metalera —dije, volviendo a mi búsqueda de música—. Ah, ¿qué tal algo de Ed Sheeran? A todo el mundo le gusta Ed Sheeran.

Toqué "Azizam", y cuando la canción comenzó a sonar, dejé el teléfono a un lado. Tomé otro sorbo de mi refresco para ayudarme a fingir que ella no seguía mirándome con puñales en los ojos.

No sabía qué esperaba. Sabía que no lo entendería, que estaría aterrorizada. Pero pensé que al menos hablaría conmigo, me daría la oportunidad de explicarle más y abordar sus preocupaciones.

En cambio, se había cerrado por completo, guardándose todos sus pensamientos detrás de ese muro de odio y desconfianza.

—También tengo comida —solté torpemente, señalando con la mano —. Fruta, cosas para sándwiches, patatas fritas.

Ni siquiera un parpadeo.

Suspiré. —Estos dos días se van a hacer muy largos si no me hablas. Yo tampoco quiero estar aquí más que tú.

Resopló con desdén y puso los ojos en blanco. Al menos era algo.

Después de que terminara la siguiente canción de mi lista de reproducción, ella soltó los barrotes y regresó al colchón, sentándose

con las piernas cruzadas. Solo me fulminó con la mirada durante un minuto y luego finalmente comenzó a mirar a su alrededor en el almacén, sin duda tratando de encontrar una forma de escapar. Pero salir de la jaula era imposible. Incluso en su forma transformada, no podría doblar los barrotes. Yo mismo lo había comprobado.

Mientras el tenso e incómodo silencio se alargaba, me puse a desplazarme por el móvil solo para matar el tiempo, pero nada captaba ni mantenía mi interés. Nada podía distraerme de la miserable situación en la que me había metido.

—Coca-Cola —dijo ella.

Levanté la mirada hacia ella.

—Light, si tienes —añadió, y luego agregó—: Por favor.

—Sí, claro. —Me levanté y me dirigí a la nevera, agarrando una Coca-Cola Light y volviendo a saltitos hacia ella—. Aquí tienes. —Extendí la lata en su dirección.

—Gracias —dijo, con la más pequeña de las sonrisas insinuándose en las comisuras de sus labios. Se puso de pie y deslizó la mano entre los barrotes, extendiendo el brazo para aceptarla.

Con una velocidad inesperada, me agarró la muñeca y tiró de mi brazo hacia adelante, haciendo que mi cara y torso se golpearan contra los barrotes mientras me retorcía la muñeca y el codo en una posición dolorosa que me obligó a girarme de lado.

—Dame la llave del candado *ahora mismo*, o te romperé el puto brazo —siseó entre dientes.

Tenía mi brazo en una llave de codo y, con el barrote entre mi cuerpo y mi brazo, no había forma de maniobrar para salir de esa posición sin hacerle daño en el proceso, y eso era lo último que estaba dispuesto a hacer.

—No puedo hacer eso, Kiera —dije con dificultad, respirando a través del dolor.

—¡Dame. La. Maldita. Llave! —exigió, pronunciando cada palabra.

—Lo siento —dije—. Pero no saldrás de esa jaula hasta que esto termine.

—¡Ugh! —gruñó fuertemente con furia.

Y entonces llegó el horrible crujido.

El dolor explotó en la fractura justo por encima de mi codo, agudo y ardiente como un rayo. Gemí con la mandíbula apretada, la sangre corriendo hacia mi cara en mi esfuerzo por soportar la agonía.

Habiendo logrado herirme, me soltó, y retiré mi brazo a través de los barrotes, acunándolo contra mi cuerpo con la mano libre.

Esta no era la peor lesión que había tenido, pero normalmente había suficiente adrenalina corriendo por mi cuerpo que amortiguaba el dolor hasta que sanara. Esta vez, no había nada más que esta miseria insoportable que irradiaba por todo lo largo de mi brazo.

—Vas a querer ir al hospital si quieres salvar ese brazo —dijo con desdén.

Negué con la cabeza mientras el dolor hacía que me zumbaran los oídos. —No —gruñí—. Estará bien.

Ella resopló de nuevo.

Después de unos segundos que parecieron una eternidad, sentí el cosquilleo misericordioso que sabía que vendría, y el dolor comenzó a disminuir lentamente.

—Uno de los beneficios de ser un cambiante —dije con voz entrecortada— es que nos curamos rápido.

Casi podía sentir los fragmentos de hueso grabándose de nuevo juntos, reparándose y fusionándose mientras los músculos y tendones a su alrededor se relajaban. Y entonces el dolor desapareció, y exhalé aliviado.

Levanté, doblé y flexioné mi brazo derecho en el aire frente a mí, y la boca de Kiera se abrió de par en par.

Me senté de nuevo en el colchón y señalé con la barbilla la lata de Coca-Cola Light que estaba en el suelo junto a sus pies. —Quizás quieras dejarla reposar un rato antes de abrirla.

Ella la miró, y luego se desplomó lentamente para sentarse, con los hombros caídos en señal de derrota.

No podía enfadarme con ella por romperme el brazo. Era menos de lo que merecía por el destino que le había impuesto. Solo esperaba que ambos pudiéramos superar este desagradable episodio ilesos. La próxima hora decidiría cómo avanzaríamos.

Capítulo 23
Cole

Una punzada de miedo me despertó de golpe. Un miedo que no me pertenecía, que mi corazón sabía que era de mi compañera.

¡Kiera!

Pero mientras mis ojos observaban mi entorno, un miedo que era verdaderamente mío floreció rápidamente en mi pecho.

Estaba tumbado en una camilla, con una larga luz fluorescente brillando sobre mí en el techo de hormigón, entre barras que sostenían cortinas utilizadas para separar el pequeño espacio del resto de la habitación. Mi cabeza se sacudió hacia arriba mientras miraba mi cuerpo.

No llevaba más que un camisón de hospital. Mis tobillos y muñecas estaban atados a los lados de la camilla, y había un tubo pegado con cinta adhesiva en el pliegue de mi codo —y no podía distinguir si estaba sacando algo o introduciendo algo.

Un suave pitido me hizo girar la cabeza hacia la izquierda, donde había un monitor que pitaba al ritmo de mi pulso cada vez más acelerado.

¿Qué demonios era esto? Ni siquiera recordaba haberme quedado dormido. Los traficantes debieron haberme drogado de nuevo después de sacarme de la guarida de Enrique. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?

Frente a mí, había una joven durmiendo en otra camilla de manera similar a mí, con hombres inconscientes a ambos lados de las cortinas que separaban su cama de hospital de las suyas. La sinfonía de pitidos a mi alrededor me indicaba que éramos al menos una docena en esta habitación de hormigón.

¿Ya me habían vendido como conejillo de indias?

Tiré de mis ataduras, pero mis extremidades se sentían pesadas y débiles. Tenía que haber una salida de esto. No iba a pasar el resto de mi vida como rata de laboratorio.

Una mujer con uniforme verde menta apareció en el pasillo que dividía la habitación, con el pelo oscuro recogido en un moño despeinado y la parte inferior de su rostro cubierta por una mascarilla reglamentaria. Se desvió hacia mi cubículo improvisado, pasando junto a mí sin mirarme, centrando toda su atención en el monitor a mi lado.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, haciendo lo posible por mantener mi voz ligera y sin acusaciones.

Abrió un pequeño cajón en el soporte debajo del monitor y sacó una jeringa nueva.

—Solo estamos analizando tu sangre para detectar cualquier irregularidad que pueda afectar a tu valor de venta —respondió con naturalidad sin establecer contacto visual.

Su acento era americano, y ese hecho me dio una pequeña ráfaga de esperanza.

Me incliné hacia ella tanto como mis ataduras y mi fatiga me permitieron. —Por favor, sácame de aquí —susurré—. Si me ayudas, puedo pagarte mucho más de lo que te pagan ellos.

Soltó una risa burlona. —Lo dudo mucho, cielo. Ahora, esto puede doler un poco.

Destapó la aguja y clavó la punta en la vena hinchada en el dorso de mi mano. Luché contra la intrusión, lo que solo hizo que la punta de la aguja arañara mi piel, y la sangre comenzó a brotar. Pero eso no la detuvo. Llenó varios viales con mi sangre, sin inmutarse en absoluto por el hecho de que parte de lo que la aguja no recogía salpicaba su uniforme.

Cuando recogió lo que quería, tomó una bola de algodón y cinta del cajón abierto y selló el corte en mi mano.

—Ya está. Todo mejor —dijo con voz cantarina. Entonces finalmente me miró a los ojos y me ofreció un falso puchero de compasión—.

Esto será realmente más fácil para ti si simplemente lo aceptas.

Se guardó los viales en el bolsillo, se dio la vuelta y se marchó por el pasillo por donde había venido.

Ni de coña iba simplemente a *aceptar* esto. Todavía estaba en la espeluznante villa. La subasta aún no había ocurrido. Todavía podía salir. Y no iba a parar hasta escapar. Nunca.

Kiera me necesitaba. Dondequiera que estuviera, estaba en peligro. Podía sentirlo con cada nervio ardiente de mi cuerpo. *Tenía* que llegar hasta ella, o esta impronta me mataría antes de que mis captores tuvieran la oportunidad.

Examiné las correas alrededor de mis muñecas y tobillos. Estaban hechas de cuero grueso, no de metal como las del semirremolque. Al menos tenía una mejor oportunidad de liberarme antes de que me dejaran inconsciente y me transfirieran de nuevo.

Busqué en mi interior a mi dragón, a mi fuego, pero ambos seguían fríos como piedras. Me lo imaginaba, pero seguía siendo profundamente decepcionante. No estaba seguro de qué posibilidades tendría contra esta gente sin mi dragón. Había pasado años aprendiendo artes marciales en el Domo, pero eso fue hace mucho tiempo. Nunca pensé que las necesitaría, especialmente ahora que la guerra con los vampiros había terminado.

Tendría que ser suficiente. Pero primero necesitaba librarme de estas correas.

Estudié el estrecho espacio a mi alrededor, aunque no había mucho. Solo las cortinas a ambos lados de mí, y el monitor. Mi mirada se fijó en el pequeño cajón debajo del monitor. Podría haber algo allí que pudiera usar. Tal vez podría usar una de las jeringas para meterla debajo de las correas de mi muñeca lo suficiente como para aflojarlas. Pero, ¿cómo llegaría hasta allí?

Miré a lo largo del soporte para descubrir que estaba sobre una base con tres ruedas giratorias. Bien, podía acercarlo hacia mí. El cajón estaba casi a la altura de mi mano atada. Si pudiera acercarlo lo suficiente, podría meter la mano dentro.

Me incliné hacia delante, doblándome en un ángulo incómodo y extraño hacia el tubo que conectaba mi brazo con la bolsa en la parte superior del soporte. Abrí la boca, empujando los labios hacia delante mientras me acercaba al tubo.

Tan cerca... Casi ahí.

El esfuerzo de mantener esta posición me dejó rápidamente sin aliento, pero lo superé, extendiéndome más. Con un último tirón hacia delante, saqué la lengua y la enrollé alrededor del tubo, succionándolo hacia mi boca.

Me desplomé contra la almohada, tirando sin querer del soporte con demasiada fuerza hasta que cayó contra el lateral de la cama, sacudiendo mi base. Pero podía alcanzar el poste metálico del soporte con mi mano.

Agarrándolo con fuerza, utilicé toda la energía que pude para levantarlo. Las ruedas chirriaron contra el suelo de cemento mientras el soporte se tambaleaba hasta volver a su base, haciéndome estremecer de miedo ante la posibilidad de que la enfermera lo hubiera oído.

No podía esperar para averiguar si lo había hecho. Girando la muñeca torpemente hacia un lado, abrí el cajón con los dedos índice y corazón pellizcando el tirador, después curvé el índice alrededor del borde y tiré con tanta fuerza que el cajón cayó entero sobre mi regazo.

Con el pulso acelerado, rebusqué entre el contenido. Esparadrapo quirúrgico, algodones, jeringas... y entonces un destello metálico me guiñó desde debajo de la nube de algodón.

¡Perfecto!

Saqué con cuidado el bisturí y lo maniobré en mi mano para ponerlo boca abajo, con su pequeña hoja apenas alcanzando la parte superior de la correa en mi muñeca. Trabajé rápidamente, serrando el cuero con rápidos y forzados movimientos de muñeca. Arriba y abajo, arriba y abajo.

El bisturí tenía un filo de calidad médica, gracias a Dios, y cortaba el cuero con facilidad. Así que doblé la muñeca cada vez más profundamente mientras avanzaba por la correa de seis centímetros. En un momento, me emocioné demasiado y dejé que la hoja se deslizara, cortándome la muñeca. Siseé de dolor, pero esquivé la arteria principal, así que continué.

Mi pecho prácticamente estalló de triunfo cuando la correa finalmente se rompió, y liberé mi brazo para empezar con la correa que sujetaba mi brazo derecho. No era zurdo, y con la cantidad de adrenalina que inundaba mi sistema, mis dedos temblaban y eran torpes en el mejor de los casos. Me llevó al menos el doble de tiempo del que habría necesitado mi mano derecha, pero conseguí aflojar la correa lo suficiente como para sacar la mano.

¡Sí!

Eché un vistazo rápido al pasillo antes de inclinarme para liberar mis tobillos, pero el movimiento repentino fue demasiado brusco para la frágil camilla, y la maldita cosa se volcó hacia la izquierda conmigo aún atado.

Mi hombro golpeó contra el duro suelo, y mi caída arrastró también el soporte del monitor.

No había forma de que alguien no hubiera oído eso.

Con ambas manos, y con mi cuerpo incómodamente de lado, desgarré las correas que ataban mis tobillos tan rápido como pude, alejándome a patadas de la maldita camilla justo cuando la enfermera llegó corriendo al pasillo frente a mí.

Metió la mano en su bolsillo, pero no le di la oportunidad de sacar más sedantes. Me puse en pie de un salto y la empujé con todas mis fuerzas. Cayó hacia atrás, su cráneo golpeando contra el suelo de hormigón, y la sangre comenzó a formar un charco bajo su cabeza.

Como caballero, me enseñaron a no herir nunca a una mujer, pero en estas circunstancias, a la mierda la caballerosidad. No habría pestañeado si yo hubiera muerto bajo su cuidado, y claramente no tenía problema en vender personas como ganado. Había jugado un juego cruel, y este era su justo premio.

Giré sobre el sitio durante una fracción de segundo, mirando en ambas direcciones a lo largo del pasillo de la larga habitación de hormigón. La puerta a mi izquierda estaba abierta y conducía a una especie de pequeño laboratorio. Debía de haber salido corriendo de allí cuando me oyó. Pero había otra puerta a mi derecha, y tenía que llevar a alguna salida.

Me lancé hacia ella, pasando junto a docenas de otras personas en la misma situación de la que acababa de escapar. Pero no podía ayudarles, no ahora. Una vez que saliera, traería refuerzos. No iba a abandonarlos. La única forma de salvarlos era si yo escapaba primero.

Prometo que volveré por todos vosotros...

Abrí la puerta de un empujón, saliendo a un pasillo bordeado por lo que parecían celdas de prisión. Corrí por él, pasando junto a más almas desafortunadas enjauladas dentro de las celdas y con aspecto miserable. Los que estaban conscientes me animaban mientras pasaba volando, y aunque el ánimo reforzó mis fuerzas, resentía el ruido.

Antes de llegar al final del tramo, un puñado de guardias con uniformes negros irrumpió por la puerta frente a mí, haciéndome frenar en seco. No tenía nada que usar contra ellos. Ni armas, ni dragón, ni fuego. Así que me coloqué en posición defensiva y levanté los puños frente a mí. Si iba a caer, estaba decidido a caer luchando.

El que estaba al frente del grupo dio un paso adelante, doblando las rodillas para agacharse y curvando sus brazos musculosos como si estuviera a punto de abalanzarse sobre mí. Pero los demás detrás de él dieron un paso atrás, como dándole espacio.

Con un rugido monstruoso que helaba la sangre, su cuerpo se expandió, rasgando la ropa por las costuras y dejando al descubierto una piel que se transformaba tanto en escamas como en pelo áspero. Su cara se aplanó, su nariz se alargó, dando a su cabeza una estructura terrorífica similar a la de un murciélago. Y mientras caía sobre las cuatro patas, con manos y pies convertidos en garras

con afiladas uñas negras, un par de alas de murciélago se desplegaron desde su espalda, enviando un *whoosh* a través del aire.

Abrió los ojos, y su brillante resplandor rojo envió tanto horror como asombro a mi alma.

—¿Qué eres? —suspiré.

—Chupacabra —gruñó con una voz que solo podría describir como demoníaca.

En el siguiente latido, giré sobre mis talones y volví corriendo por el pasillo. No necesitaba mirar atrás para saber que me había dado caza, o para saber que no tenía ninguna posibilidad. El golpeteo de los aleteos me decía todo lo que necesitaba saber.

No di ni tres zancadas antes de que un peso enorme me aplastara contra el suelo, inmovilizándome. Estaba jodido.

Capítulo 24
Heath

Pisé con fuerza el acelerador mientras conducía por las colinas desérticas. Justo cuando me entregaban mi pedido en Tito's, mi supervisor de la oficina de la DEA me llamó para una actualización, y tuve que llevarme la comida para el camino. La reunión se alargó más de lo esperado, y ahora corría contra la noche que se aproximaba de vuelta a casa de Kiera, esperando y rezando no haberme perdido nada.

Me obligué a reducir la velocidad al acercarme a su entrada. Si estaba en casa, no quería asustarla. Maldita sea, debería haber vuelto hace horas para saber cuándo y si había regresado —y poder pillar a Jackson con las manos en la masa.

Aparqué junto a la acera y caminé hasta su puerta. No estaba seguro de qué le iba a decir. Solo necesitaba verla, saber que estaba a salvo, y luego pondría alguna excusa para irme y vigilar desde fuera. No podía involucrarme más con ella, por mucho que lo deseara.

Llamé a su puerta y esperé, tragándome mi ansiosa impaciencia y controlando mi expresión. No quería parecer un acosador trastornado o un drogadicto nervioso necesitando su dosis.

Pasó un minuto sin respuesta. Volví a llamar, esta vez aguzando el oído hacia el interior de la casa. Ni un ruido.

Mi pulso se aceleró, latiendo con un ritmo ominoso. Podría no ser nada. Tal vez seguía fuera. Quizá había ido a cenar con Joe después de su reunión con el cliente. Pero tenía un mal presentimiento y necesitaba asegurarme.

Agarré el pomo y lo giré, sorprendiéndome al encontrarlo sin llave. Eso no alivió mis sospechas en absoluto. Empujé la puerta y miré

dentro.

—¿Kiera? —llamé, cruzando el umbral.

Todas las luces estaban apagadas y todo parecía exactamente igual que cuando me fui esta mañana. Nada fuera de lugar, ningún signo de forcejeo.

—¿Kiera, estás en casa? —pregunté en voz alta mientras cerraba la puerta tras de mí y me adentraba en la casa.

Ni un solo sonido de vida.

Inspeccioné el salón, estudiando cada sombra por si acaso. Luego me di la vuelta para revisar la cocina.

Mi corazón golpeó contra mis pulmones, cortándome la respiración. Una copa de vino descansaba sobre la mesa junto a una botella abierta, y la copa estaba llena hasta el borde con un líquido dorado pálido.

Ella *sí* estuvo aquí. O al menos, había estado. Y por lo que sabía de ella, no dejaría una copa llena de vino desatendida.

—¡Kiera! —grité más fuerte mientras corría por el pasillo. Abrí de golpe cada una de las puertas, pero no estaba en ninguna habitación.

Vale, todavía podría haber una explicación racional para esto. Tal vez tuvo que marcharse a toda prisa por algún tipo de emergencia.

Saqué el móvil de mi bolsillo y la llamé, obligándome a respirar más despacio para sonar tranquilo cuando contestara.

Un timbre sonó por el pasillo detrás de mí y, con el teléfono pegado a mi oreja, me giré lentamente y me quedé mirando el espacio oscuro y vacío durante un largo momento. Recorrí el pasillo, el timbre atrayéndome como un canto de sirena hacia el bolso negro que había sobre la pequeña mesa de la entrada junto a la puerta principal.

Rebusqué en él, encontrando el teléfono vibrante y sacándolo. La pantalla iluminada mostraba una llamada entrante de "Narco Capullo Buenorro". Finalicé la llamada en mi teléfono y el que tenía en la otra mano se quedó en silencio.

Ella no dejaría simplemente su bolso y su teléfono aquí. No dejaría una copa de vino llena. Algo había ocurrido. Y estaba bastante seguro de saber qué.

Recordé que tenía una cámara Ring instalada en el toldo fuera de la puerta principal. Tenía que asegurarme.

Con el corazón latiendo a mil por hora, desbloqueé su teléfono. Apareció un icono de Face ID.

¡Ugh, estúpido Apple! ¿Cómo iba a acceder?

Miré por todas las superficies de las mesas y las paredes, pero no encontré ninguna foto suya por ninguna parte.

¡Maldita sea!

Rápidamente busqué su nombre en mi teléfono y encontré una buena foto de su cara en su perfil de LinkedIn. Amplié la imagen y sostuve los dos teléfonos uno frente al otro a un centímetro de distancia, sin estar seguro de si funcionaría o no. Miré a través del hueco, observando, esperando —rezando.

Afortunadamente, su teléfono se desbloqueó. Nunca había estado tan agradecido de encontrar un resquicio en la tecnología.

Encontré la aplicación Ring en la segunda pantalla y la pulsé. Apareció una serie de clips de vídeo con marca de tiempo. El último era de hace solo unos minutos, y estaba seguro de que era mío llegando a la puerta. Lo salté y fui al anterior, marcado a las cinco y veinticuatro de esta tarde, hace poco más de treinta minutos.

Con un dedo tembloroso, pulsé el archivo y la sangre se me heló en las venas. Jackson estaba llevando a una inconsciente Kiera fuera de la casa y por el camino de entrada.

—¡Joder, joder, joder! —siseé, mientras el pánico y la rabia me invadían a partes iguales.

Reproduje el vídeo de nuevo, desesperado por encontrar cualquier pista, cualquier detalle que pudiera usar para rastrearle. El campo de visión no llegaba lo suficientemente lejos como para ver hasta la acera, para saber qué vehículo, si es que había alguno, había utilizado para llevársela. Todo lo que podía ver era una pequeña

sección, de unos dos metros cuadrados, desde la puerta hasta el comienzo del camino de entrada.

Mi pecho se oprimió dolorosamente. La había perdido. Había fallado en el único trabajo que me había asignado, y ahora Kiera estaba en grave peligro. Nunca debería haberla dejado. Debería haber seguido mi instinto y haber vigilado su casa durante todo el día. Sabía que Jackson vendría a por ella, pero había dejado que mi miedo a la creciente atracción que sentía por ella se interpusiera.

¡Maldita sea, era un idiota! ¿Cómo demonios iba a encontrarla? No estaba más cerca de localizar a Jackson ahora que esta mañana.

Mi teléfono vibró en mi mano, sobresaltándome tanto que lo solté y tuve que hacer malabarismos para atraparlo antes de que golpeara el suelo.

Era mi contacto del servicio de emergencias del 9-1-1.

Contesté y me golpeé el teléfono contra el lado de la cabeza. —¿Sí?

—Hola, Heath —dijo ella—. Preguntaste por llamadas sobre ataques de animales. Acabamos de recibir una en un rancho al sur de La Cima, cerca de la frontera. Suena bastante espantoso. Tres cuerpos mutilados, posiblemente inmigrantes ilegales.

—Vale, envíame los detalles. Voy para allá.

Metí el teléfono de Kiera de nuevo en su bolso y salí disparado por la puerta hacia mi coche, saliendo del camino de entrada antes incluso de tener mi destino. Esta era la única pista que tenía para seguir, y si Jackson había hecho esto, haría todo lo posible para rastrearlo. Solo esperaba no llegar demasiado tarde, que Kiera no estuviera entre las víctimas.

* * *

Ya había agentes de policía en la escena cuando llegué al rancho. El ataque había ocurrido en el extremo sur de la propiedad, justo pasando la línea de la valla, en un barranco que parecía ser una ruta de viaje para inmigrantes ilegales. La zona estaba acordonada con

cintas de precaución mientras los investigadores con guantes examinaban los cuerpos.

—Detective Heath Rhodes —anuncié, mostrando mi placa a uno de los agentes mientras me agachaba bajo la cinta—. ¿Qué tenemos aquí?

—Oh, parece que estos pobres desgraciados fueron atacados por una manada de coyotes —dijo—. Aunque nunca he visto a los coyotes hacer algo así.

Tenía razón. Incluso con solo un vistazo al grado de mutilación quedaba claro, al menos para mí, que no habían sido simples perros del desierto.

Las víctimas, todos hombres de mediana edad —gracias a Dios—, eran jirones de lo que formalmente fueron. Uno tenía el vientre abierto, con las entrañas derramándose sobre la tierra junto a él. Cada uno de ellos estaba cubierto de profundos arañazos, con trozos de carne y hueso arrancados de extremidades, torsos y rostros.

El más joven de los agentes se inclinó y vomitó sobre un arbusto de creosota. No lo culpaba. Esta sangrienta escena horrorizaría y asquearía a cualquiera. Desafortunadamente, yo había tenido años de experiencia que me habían dado un estómago fuerte.

Me arrodillé para inspeccionar las heridas más de cerca. Las marcas de garras parecían estar en filas de tres, no cuatro. Y las mordeduras eran estrechas pero profundas, con solo dos perforaciones distintas dejadas por los dientes.

Esto absolutamente no era obra de coyotes, pero tampoco era de un sabueso. Nunca había visto lesiones como estas. Ningún cambiaformas que yo conociera dejaba este tipo de evidencia, ni los vampiros —había demasiada sangre para eso—. Y el hecho de que hubiera alguna evidencia para encontrar, tan cerca de la casa de alguien, también era revelador.

Esto era una advertencia. ¿Pero para quién?

Tomé algunas fotos con mi teléfono. Aunque estaba seguro de que esto no tenía nada que ver con Jackson, seguía siendo importante

para mi investigación general. Necesitaba investigar más sobre qué tipo de criatura podría hacer esto, y Charles definitivamente querría saber sobre esto.

Pero todo eso tendría que esperar. Kiera seguía desaparecida, secuestrada y llevada quién sabe dónde por un peligroso sabueso. Había recopilado todas las pruebas que necesitaba de este incidente, y ahora era el momento de volver a la búsqueda de la mujer que, ya no lo negaba, había robado mi corazón.

Capítulo 25
Kiera

Lo único que podía hacer era mirar fijamente el suelo a mis pies mientras abrazaba mis piernas dobladas contra mi pecho.

Le había roto el brazo a Jack. La rabia que me había llevado a tal brutalidad ahora me dejaba temblorosa y llena de vergüenza. Era una luchadora entrenada, había causado bastantes moratones, esguinces e incluso una costilla rota por accidente en mi día, pero nunca había herido a alguien intencionadamente. Incluso en estas circunstancias, no estaba segura de si mi acción estaba justificada.

Pero esa no era la parte más horripilante de todo esto, ni de lejos. Se había curado ante mis propios ojos. En un momento, su brazo estaba gravemente roto, y al siguiente, me estaba saludando como si nada hubiera pasado.

No importaría lo gravemente que lo hiriera. Simplemente se curaría. ¿Podría siquiera matarlo? Eso significaba que no iba a salir de aquí por la fuerza, sin importar cuán despiadada me volviera.

No estaba tratando con un criminal cualquiera. Este tipo era un hombre lobo. Quién sabía qué otros poderes podría tener además de su curación espeluznantemente rápida.

Mi mano se frotaba distraídamente contra el vendaje sobre mi brazo otra vez. Él me había arañado. Si estaba diciendo la verdad, me convertiría en lo que él era. Cada vez que cerraba los ojos, podía ver a la criatura en la que se había transformado en la cárcel. Los colmillos como dagas y las garras afiladas. Algo así se sentía como una sentencia de muerte. Hace dos días, no creía que estas cosas existieran, y ahora iba a convertirme en una de ellas.

Quería negarlo, rechazar la idea por completo. Pero algo había cambiado cuando me arañó. Me sentía tan enfadada, tan volátil,

como si no pudiera controlar mis emociones en absoluto. Incluso ahora, quería hacer daño a Jack. Sentía este profundo impulso de causarle un dolor extremo, y ya no podía justificarlo racionalmente.

Jack no me había puesto un dedo encima, y ninguna de sus acciones hasta ahora me daba razones para creer que lo haría. Mi carrera se había construido gestionando criminales, y había visto verdaderos psicópatas un puñado de veces. Sabía cómo era la enfermedad mental, cómo era el *peligro*, y Jack Reed no lo era. No es que creyera que Jack no fuera peligroso —¡lo era absolutamente, era un maldito hombre lobo!—, pero no creía que fuera un peligro *para mí*.

Yo me sentía como la peligrosa, y eso era lo que más me asustaba. Quizás merecía estar en esta jaula.

—La luna está casi alcanzando el horizonte —dijo desde donde estaba sentado en su colchón desnudo detrás de mí—. ¿Sientes algo?

No respondí. ¿Sentía algo? ¿Aparte de la tormenta de caos dentro de mi corazón y mi mente? ¿Iba a brotar pelo y garras y comenzar a echar espuma por la boca en cualquier minuto?

Finalmente, sacudí la cabeza, aunque no miré por encima de mi hombro para ver si lo vio.

No podía soportar esto. Sentada aquí con mi menagerie de pensamientos y miedos que eran más ruidosos que mil gritos mientras esperaba mi propia condenación inminente, segundo a segundo que pasaba lentamente. Iba a implosionar si dejaba que continuara un minuto más.

—¿Cómo...? —hice una pausa. Realmente no sabía qué quería preguntarle, pero quería entender más, y sobre todo solo quería una distracción de los gritos en mi maldita cabeza.

—¿Cómo llegaste a ser así? —pregunté, decidiendo una pregunta. Me deslicé lateralmente para poder verlo y lo miré bajo pestañas tímidas y bajas.

Una sonrisa tiró de sus labios, sus ojos iluminándose con alivio por el hecho de que estaba hablando con él. —Nací así. Mi familia ha sido

sabuesos durante generaciones. Tenía quince años cuando recibí la mordedura.

Se arremangó la camisa, girándose hacia mí para mostrar su deltoides redondeado y musculoso. Un amplio círculo de cicatrices brillaba bajo la luz de los tubos fluorescentes del techo. Marcas de dientes.

Mis ojos se abrieron al mirar las cicatrices, y cientos de preguntas más inundaron mi mente ya frenética.

—¿*Elegiste* esto? —pregunté, mis palabras saliendo duras y acusatorias.

Se encogió de hombros, pareciendo imperturbable ante mi tono. —Es todo lo que he conocido. Es el legado de mi familia.

—Pero, ¿realmente lo querías?

Asintió y se encogió de hombros otra vez. —Sí. Me encanta lo que soy. Sé que debe sonar loco para ti, pero crecí rodeado de cambiantes toda mi vida. Es normal para mí. Y al crecer, siempre esperé con ansias el día en que recibiría mi mordedura y formaría parte del legado familiar.

Reflexioné sobre eso durante un momento. Si ignoraba el desconcertante elemento sobrenatural, su historia no sonaba muy diferente a la de otros clientes que había defendido en el pasado. Algunos nacieron en la vida de pandillas y cárteles. Cosas que helarían la sangre a la mayoría de las personas eran normales para ellos porque era todo lo que habían conocido. Eso no lo hacía correcto, pero era comprensible.

—¿*Esto* es normal para ti? —pregunté, agitando la mano mientras miraba alrededor de la jaula.

Frunció el ceño. —¿Te refieres a convertir a alguien? —Negó firmemente con la cabeza—. No. Nunca he convertido a nadie, ni intencionalmente ni por accidente. Hoy en día, está muy mal visto convertir a forasteros sin una muy buena razón. Yo... la he cagado de verdad.

Se metió los labios entre los dientes, su expresión oscureciéndose mientras miraba hacia un lado. Realmente se sentía culpable por esto; eso era obvio.

Aun así, eso no lo hacía correcto. Uf, no sabía qué pensar.

Alcancé la lata de Diet Coke que todavía estaba tumbada de lado y la agarré con movimientos bruscos. No necesitaba la cafeína, pero rogaba que las burbujas, el sabor y simplemente el acto de beber algo me distrajeran. Abrí la parte superior y di un sorbo.

No. Seguía sintiéndome como un refresco demasiado agitado a punto de explotar.

—¿Cómo te metiste en el tráfico de drogas? —pregunté lo primero que me vino a la mente sin pensarlo. ¿Por qué diablos no, a estas alturas?

—Oh, um, eso. —Se frotó la nuca, pareciendo debatir si contármelo o no—. Bueno, supongo que no tiene sentido ocultártelo. No soy un traficante de drogas, Kiera.

Solté una carcajada mientras daba otro sorbo, escupiendo accidentalmente algo de refresco y casi atragantándome con lo que aún tenía en la boca.

—Ya lo sé —dijo mientras me limpiaba la boca—. Es lo que todos dicen, ¿verdad? Pero es verdad. Y mi nombre no es Jack Reed. Es Jackson Lupino.

Arqueé una ceja escéptica, debatiendo sobre este último giro en su historia. Si le creía o no, realmente no importaba ahora mismo. Solo quería mantenerlo hablando para ahogar el ruido de mis propios pensamientos.

—Vale, *Jackson* —dije, enfatizando su supuesto nombre—. ¿Entonces qué hacías con un apartamento lleno de Elysium?

Tomó una respiración profunda y la soltó lentamente. —Me enviaron aquí para encontrar la fuente del Elysium y finalmente detener su distribución.

Fruncí el ceño sorprendida. *Vaya, esa sí que es nueva.*

—¿Enviado por quién? —pregunté, siguiéndole la corriente.

—Otros cambiaformas como yo —dijo, pareciendo deliberadamente vago.

—¿Y por qué les importaría a los cambiaformas detener una droga? —pregunté, aventurándome más por este agujero de conejo—. Quiero decir, esta droga ha matado a mucha gente, pero ¿qué droga no lo ha hecho?

Sus facciones se endurecieron. —El Elysium es mucho más peligroso de lo que te imaginas. Ha matado tanto a personas como a cambiaformas, pero eso no es lo peor que hace.

Arrugué la frente, ladeando la cabeza con curiosidad.

—La gente que lo toma pierde el control, ¿verdad? —dijo—. ¿Imaginas que eso le ocurra a los cambiaformas?

La forma en que me miró me animaba a imaginar ese escenario. No sabía realmente a qué se refería con cambiaformas, pero si todos eran tan aterradores como la criatura en la que él podía transformarse, entonces sí, que uno de ellos perdiera el control mientras estaba drogado sería especialmente aterrador.

—Es incluso más adictivo para los de mi especie, por alguna razón —dijo—. He visto a gente entrar en un frenesí rabioso solo por conseguir una gota más. Y cambia a los cambiaformas. No son ellos mismos después de engancharse, y el número de casos de cambiaformas transformándose en público se está descontrolando. Solo es cuestión de tiempo antes de que algo se nos escape de las manos y se convierta en noticia nacional, exponiéndonos a todos. No podemos permitir que eso ocurra. Por eso tenemos que destruir el Elysium.

Todo en él era serio e inquebrantable. Busqué en su comportamiento cualquier indicio de mentira, pero no había ninguno que encontrar. Estaba diciendo la verdad. O al menos lo que él creía que era la verdad.

—¿Por qué te enviaron a ti? —pregunté, ahora verdaderamente curiosa—. ¿Qué te hace especialmente cualificado para detener el Elysium?

Descruzó las piernas y las dobló frente a él para poder apoyar los brazos sobre sus rodillas. —Mi familia es básicamente la cabeza de la mafia de cambiaformas. O al menos, solíamos serlo —añadió rápidamente—. Desde la formación del Consejo de Cambiaformas hace unos años, mi padre se volvió legal. Quiero decir, todavía dirige círculos ilegales de apuestas, pero eso es aparte.

Me quedé boquiabierta mirándole. —¿Mafia de cambiaformas? ¿En serio?

Soltó una risita, su sonrisa destacando los hoyuelos que se formaban en sus mejillas. —Lo siento, el mundo es mucho más loco de lo que crees. No me lo estoy inventando.

Fruncí el ceño y negué con la cabeza. —Si no te hubiera visto convertirte en hombre lobo con mis propios ojos, juraría que esto es sacado de alguna novela paranormal de pacotilla.

Se rio, dándose una palmada en la rodilla, y por un momento, olvidé que estaba hablando con él a través de los barrotes de una jaula de acero. ¿Cuándo había cambiado la dinámica entre nosotros?

—El término correcto es *sabueso*, no *hombre lobo* —me corrigió, aún riéndose—. Si vas a ser una de los nuestros, tienes que usar la palabra adecuada.

El miedo me dejó un vacío en el pecho, llevándose mi aliento.

Jackson pareció notar la fibra que había tocado, porque toda la diversión desapareció de su rostro.

—Entiendo lo aterrador que debe ser esto para ti —dijo con suavidad —. Pero realmente no es tan malo. De hecho, es bastante divertido.

Quería contestarle bruscamente, pero por el momento, el miedo y la pena estaban ganando la lucha interna contra mi ira.

—¿Qué se siente? —pregunté en su lugar—. ¿Cuando te transformas? ¿Sigues siendo tú? ¿O el animal toma el control?

Se acercó más, y realmente agradecí la proximidad. —Seguirás siendo tú. Mantendrás el control total de tus pensamientos y acciones. Y con práctica, podrás controlar cuándo transformarte, o si te transformas en absoluto.

—¿Como hiciste en la cárcel? —repliqué con burla, sin poder contenerme.

Hizo una mueca. —No. No estaba totalmente en control en ese momento. La noche que me arrestaron, me obligaron a tomar una gota de Elysium para demostrarle al proveedor que iba en serio. No quería hacerlo, pero tuve que hacerlo, y me afectó durante varios días. En circunstancias normales, nunca habría hecho eso.

Un nudo se formó en mi pecho. Había usado Elysium, la misma droga que acababa de afirmar que cambiaba a personas como él. ¿Cómo podía saber qué parte de su historia era verdad y qué era solo una alucinación o delirio creado por la droga? Le había afectado lo suficientemente fuerte y durante el tiempo suficiente como para perder el control y transformarse en un lugar muy público. ¿Cómo podía confiar en algo de lo que decía?

Y por alguna razón retorcida, realmente quería confiar en él. Quizás porque hacía que estar atrapada en esta jaula con él fuera menos horripilante.

Miró su teléfono. —La luna ya debería estar saliendo. ¿Sientes algo diferente?

Era imposible saberlo. Apenas estaba manteniéndome entera. Me encogí de hombros. —¿Cuánto tarda? ¿Transformarse por primera vez?

—Es difícil decirlo —dijo—. A mí me mordieron en la primera noche de luna llena y me transformé inmediatamente. Pero las mordeduras son más efectivas. Hay más enzima transformadora en nuestros dientes que en nuestras garras, y una mordedura puede penetrar más profundamente que un arañazo. He oído que los arañazos tardan más.

Asentí, el misterio de todo esto me desgarraba por dentro. Odiaba no saber cuándo ocurriría, temiendo cada momento que pasaba.

—Pero estaré aquí contigo durante todo el proceso —añadió—. No dejaré que pases por esto sola.

Intenté esbozar una débil sonrisa de agradecimiento. Por mucho que odiase todo esto, sus palabras me reconfortaban. Qué enfermizo era eso. Era un ex-mafioso hombre lo... perdón, sabueso, que me había secuestrado y enjaulado en un almacén espeluznante, y que además podría estar bajo la influencia de una potente droga psicodélica, y aun así no lo despreciaba, ni siquiera lo culpaba.

De hecho, agradecía su compañía. Quizás incluso estaba empezando a gustarme. No ayudaba —o quizás sí— que fuera realmente muy guapo y misteriosamente atractivo. Varias veces durante esta conversación, había sorprendido mi atención deteniéndose en los bultos de su esculpida complexión, la vulnerabilidad detrás de sus rudas facciones, ¡y esos malditos hoyuelos!

Así que ahora, aparentemente, tenía que preocuparme por el síndrome de Estocolmo además de todo lo demás. Pero si realmente iba a convertirme en un monstruo, ¿quién mejor para tomarme de la mano que otro monstruo? Especialmente uno que parecía cada vez menos monstruoso después de todo...

Capítulo 26
Jackson

La hora era tardía, y mi ansiedad se volvía cada vez más difícil de ocultar, especialmente con la luna llena justo encima de nosotros, agitando mi sangre como la marea.

Kiera y yo hablamos durante mucho tiempo. Respondí a todas sus preguntas sobre mi mundo, sobre cómo operaban los sabuesos, incluso ofrecí información que ella no me había pedido. Sentía que era importante que supiera tanto como fuera posible.

Lo único que omití fue mi trato con el cártel.

No permitiría que llegáramos a eso.

Se había quedado dormida hace unos minutos, mientras le contaba historias de mi infancia. Parecía que había pasado tanto tiempo desde entonces, y muchas cosas habían cambiado en los años desde que dejé mi hogar. No estaría aquí si no fuera por aquellos cambios positivos.

Mi padre, en gran parte, realmente había abandonado el crimen. Tenía un cargo oficial en el consejo después de unos años de simplemente quedarse al margen. Los vampiros ya no eran una amenaza para nosotros, ya no nos cazaban como animales ni nos exterminaban lentamente. Durante un tiempo, parecía que el único enemigo que nos quedaba eran los Cazadores, una antigua orden de humanos que querían borrarnos a todos del mapa.

Pero entonces apareció Elysium y amenazó la paz que tan brevemente nos habíamos permitido disfrutar. Teníamos una nueva guerra entre manos, y dependía de mí comenzar la cruzada contra ella.

No podía evitar mirar fijamente a Kiera mientras dormía. En la cárcel, parecía tan pulcra y formal, con el pelo siempre recogido en

un moño suelto pero elegante sobre su cabeza. Pero ahora mismo, parecía tan... frágil.

Quiero decir, sí, me había roto el brazo, con una habilidad sorprendente y una ferocidad impresionante. No podía culparla por eso. Todos los animales, incluso los humanos, se defienden cuando han sido enjaulados.

Pero incluso bajo toda esa furia de antes, había tanta vulnerabilidad. Era como una rosa, con espinas que no dudarían en hacer sangre, pero cuyos delicados y hermosos pétalos podían ser arrancados con tanta facilidad.

Ahora era mi responsabilidad, y no esperaba que eso me afectara tan profundamente. La necesidad de consolarla, de protegerla, era una fuerza más poderosa y automática que la gravedad. Y el deseo de estar cerca de ella, de tocarla...

Me aparté de esos pensamientos. Ella no podía quedarse. Tan pronto como su primera transformación terminara, encontraría una manera de llevarla a la Cúpula. César podría ayudarla a adaptarse a largo plazo y ofrecerle protección del cártel hasta que esto acabara. No permitiría que pusieran sus manos sobre ella. Solo pensarlo hacía que mis puños se apretaran, que mis colmillos hormiguearan con sed de sangre.

Quería transformarme, correr para librarme de mi agitación y preocupaciones, pero no podía dejarla, ni siquiera por un momento, hasta que la luna se ocultara.

¿Por qué no se había transformado aún? Dormía tan plácidamente, sin ningún signo de malestar en su bello rostro. ¿No debería mostrar alguna señal a estas alturas? ¿Aunque fuera una fiebre leve? Yo estuve febril durante días después de mi mordedura mientras la transformación seguía su curso.

Me acerqué más a la jaula, moviéndome silenciosamente para no molestarla. Me dije a mí mismo que solo quería comprobar su temperatura, pero sabía que habría tomado cualquier excusa para tocarla, incluso si significaba arriesgarme a otro brazo roto.

Lentamente, deslicé mi brazo entre los barrotes y coloqué suavemente la palma de mi mano sobre su frente. Fresca y seca. Y suave... Definitivamente sin fiebre.

Levanté la mano, con la intención de retirar mi brazo, pero en su lugar, aparté su suelto cabello castaño de su rostro con la punta de mi dedo y lo coloqué suavemente detrás de su oreja.

¿Y si estaba equivocado? Un arañazo no *siempre* resultaba en una conversión. La mayoría de las veces sí, pero había oído casos en los que no. ¿Y si había secuestrado a esta pobre chica para nada?

Y seguía teniendo ese extraño olor. Parecía haber disminuido durante nuestras visitas en la cárcel, e incluso en el corto tiempo desde que estaba aquí. Pero cuando tentaba mis sentidos, era más fuerte que antes. No reconocía ese olor, y no sabía qué significaba que fuera y viniera.

¿Y si realmente fuera una especie diferente de cambiante? Eso explicaría por qué no se estaba transformando. Pero si lo fuera, ella lo sabría. Y habría usado su forma transformada contra mí cuando la agarré en su casa. O poderes, o *algo.*

En cambio, no tenía ni idea de nuestro mundo y estaba tan indefensa como un humano corriente.

Ojalá pudiera llamar a alguien. Mi padre, Caesar, la señora Sharp, cualquiera que supiera más sobre la ciencia de los cambiantes que yo. No había sido un estudiante particularmente bueno. No pensé que alguna vez necesitaría tal conocimiento, habiéndome criado entre cambiantes toda mi vida.

Y desde luego nunca planeé engendrar a nadie, excepto a mis futuros hijos mucho más adelante cuando alcanzaran la edad adecuada —si es que llegaba a tener hijos.

Pero no podía arriesgarme a contactar con nadie. No tenía más remedio que aguantar hasta que la luna llena terminara la mañana después de la siguiente. Y si, por cualquier motivo, Kiera no se transformaba, al menos entonces estaría fuera del radar del cártel. Podría volver a su vida e intentar olvidar que nada de esto había sucedido.

Y entonces realmente me odiaría. Habría perturbado su vida para nada, la habría secuestrado, enjaulado y *traumatizado* para nada, y aunque sabía que merecería ese odio, me dolía pensar que ella pudiera odiarme.

Una serie de golpes en la puerta principal del almacén me hizo sobresaltar, y retiré rápidamente el brazo de entre los barrotes, golpeándome accidentalmente los nudillos contra una barra de acero.

—Joder —siseé en voz baja por el dolor.

Afortunadamente, Kiera no se inmutó por mi desliz, ni por el golpe en la puerta, seguía durmiendo profundamente. Por los rápidos movimientos bajo sus párpados, parecía estar soñando. Esperaba que fuera un sueño agradable.

Me puse de pie y me apresuré hacia la puerta, esperando llegar antes de que sonara otro golpe. Solo había una persona que vendría aquí, a esta hora de la noche, y tendría que ser muy hábil en la forma de tratarlo.

Descorrí el cerrojo y abrí la puerta, deslizándome rápidamente hacia la acera.

Pablo me dirigió una mirada expectante. —¿Cómo va todo con tu nueva cachorra?

—Tan bien como puede ir —dije, sonando tan agotado como me sentía—. Aún no se ha transformado, pero tenemos hasta el final de la noche de mañana para que la transformación se complete.

—Ah —dijo con un asentimiento—. Me gustaría comprobar cómo está. —Alargó la mano hacia la puerta, pero me interpuse para bloquear su acceso.

—Está durmiendo ahora mismo —dije—. Realmente no quiero despertarla. Ha pasado por tanto esta noche que es un milagro que se haya dormido.

Me observó por un momento, luego asintió aceptándolo y retiró la mano. —De acuerdo. No interferiré en el proceso de vinculación. Y

puedo imaginar que un extraño entrando para evaluarla como si fuera una gallina de premio solo la asustaría más.

—Exactamente —dije, aliviado de que no discutiera conmigo.

—Pero en cuanto termines con tu pequeña iniciación, quiero mi presentación —dijo, y no pasé por alto la advertencia en su tono.

—Por supuesto —mentí con una sonrisa—. Gracias por entenderlo.

Dio un paso atrás. —Bueno, deberías descansar también. Tienes un aspecto horrible.

—Gracias —dije con ironía.

Se rio mientras se dirigía a su Escalade negro en el aparcamiento a unos metros de distancia. —He oído que los nuevos sabuesos dan mucho trabajo. No envidio tu tarea, amigo.

—No sabes ni la mitad —le grité mientras subía al asiento del conductor.

Me quedé fuera observando hasta que salió del aparcamiento y desapareció de vista. De ninguna manera iba a permitirle poner los ojos en Kiera. En este momento, él no conocía su nombre ni su cara, no sabía nada sobre mi engendrada, y estaba decidido a mantenerlo así. Ya le había fallado mucho, pero moriría antes de permitir que le pasara algo malo.

Capítulo 27
Kiera

Oscuridad. Estaba rodeada de una oscuridad total y absoluta.

No. Yo era *la oscuridad. Y en este abismo desolado, no sentía nada más que rabia. Herir. Matar. Destruir. Cualquier cosa y a cualquiera. Ansiaba su dolor como si fuera mi único sustento, y estaba tan, tan hambrienta.*

Y entonces un grito penetrante y desgarrador atravesó el vacío sin luz, sin esperanza... me atravesó a mí.

—Kiera, despierta.

Mi alma estalló hacia la consciencia, mis párpados se abrieron de golpe como una trampa para osos accionada en reversa. Mientras mi pecho se agitaba con respiraciones llenas de pánico, mi mente confusa lentamente empezó a entender mi entorno.

Estaba sentada sobre el pequeño colchón, todavía confinada en la jaula del siniestro almacén de Jackson.

—Kiera, ¿estás bien? —Jackson estaba arrodillado junto a mí al otro lado de los barrotes, con el rostro contraído por la preocupación.

¿Estaba bien? Realmente no lo sabía. La penumbra de mi pesadilla sin forma persistía en mi mente como una mancha de aceite, empañando todo en mi mundo de vigilia.

Presioné la palma de mi mano contra mi frente, deseando que la oscuridad huyera bajo la luz fluorescente que brillaba desde arriba.

—Sí, estoy bien —mentí.

Él dejó escapar un suspiro tembloroso—. Estabas gritando en sueños. Pensé que sentías algún tipo de dolor.

—¿Estaba gritando? —le miré confundida. Pensaba que el grito había sido solo en mi cabeza.

Mientras le observaba, un destello en su antebrazo captó mi atención.

—Estás sangrando —exclamé.

Él miró su brazo y lo extendió, dejando al descubierto cuatro largos cortes en su piel—. Oh. Sí. Me arañaste cuando intenté despertarte.

El remordimiento floreció en mi estómago—. Dios mío, lo siento mucho. No quería...

—Eh, no pasa nada —interrumpió mi disculpa con voz aguda—. Sanará en nada. Y es mucho menos doloroso que el brazo roto.

Me sonrió juguetonamente, pero el comentario solo intensificó mi culpa. No debería haber hecho ninguna de esas cosas. No quería hacer daño a nadie.

No, eso era mentira. Una parte retorcida de mí deseaba mucho hacer daño a todos. Y me odiaba por no poder hacer que ese sentimiento desapareciera.

—Mira, ya está mejor —dijo, rotando su brazo para mostrarme que los cortes habían sanado. Después se limpió las gotas de sangre restantes en el lateral de sus vaqueros.

Asentí. Sinceramente, era reconfortante que pudiera hacer eso. Si yo tenía estos impulsos irracionales de hacer daño a la gente, al menos estaba siendo vigilada por alguien que era básicamente indestructible.

—¿Qué hora es? —pregunté, mirando alrededor del almacén en busca de alguna señal de la hora.

—Son las nueve de la mañana —dijo—. Has dormido como un áng... eh... como un tronco toda la noche —Podría jurar que sus mejillas se sonrojaron mientras apartaba la mirada de mí.

—Espera, ¿es por la mañana? —pregunté.

Cruzó las piernas frente a él y se sentó—. Sí.

—¿Acaso yo... pasó algo? —pregunté.

Negó con la cabeza—. Como te dije, dormiste toda la noche.

La esperanza se disparó en mi pecho—. Entonces eso significa que no voy a transformarme. Estoy bien. Puedes dejarme ir.

Se mordió el labio inferior—. No necesariamente. Todavía queda una noche más de luna llena. ¿Recuerdas? Te dije que no siempre ocurre tan rápido con un arañazo.

La esperanza se desinfló más rápido que un globo pinchado, y la ira la reemplazó con la misma rapidez.

—¡Mentira! —grité tan fuerte que él se estremeció—. ¡No puedes mantenerme encerrada aquí como si fuera una especie de animal!

La expresión de preocupación en su rostro me hizo darme cuenta de lo loca que debía parecer, con las fosas nasales dilatadas, el párpado temblando, la respiración agitada. Pero tenía derecho a estar enfadada. Me había secuestrado y me había encarcelado en esta jaula al estilo Hannibal Lecter.

—No quiero mantenerte ahí dentro más de lo que tú quieres estar ahí —dijo en tono conciliador—. Pero es el lugar más seguro para ti hasta que esto termine.

—Pero es de día —argumenté entre dientes apretados—. No me voy a sentir obligada a transformarme durante el día, ¿verdad? Podrías dejarme salir hasta el anochecer.

Me estudió por un momento, y pude ver que estaba debatiendo la idea. También pude ver que él sabía la verdad: si me dejaba salir de esta jaula, no iba a quedarme aquí.

—Lo siento, Kiera —dijo con un profundo ceño fruncido—. Simplemente no puedo hacer eso.

—¡Maldita sea! —grité, golpeando con las palmas de mis manos el colchón a ambos lados de mí.

¿Y si su historia era una completa mentira? ¿Y si solo pretendía mantenerme aquí para siempre, como su linda mascotita? No podía negar el hecho de que lo de los hombres lobo era cierto, ¿pero el resto? Era un criminal buscado, un traficante de drogas. ¿Podía realmente creer algo de lo que decía?

Había pasado la noche sin incidentes. Sin pelo, sin garras, sin colmillos que crecen. Estaba completamente bien y cada vez más convencida de que no me iba a convertir en lo que él era. Podría haberse inventado todo lo del arañazo para mantenerme contenta mientras esperaba otra cosa. ¿Extraer mis órganos, quizás?

O quizás era alguna táctica de seducción psicótica. *Estaba* empezando a encontrarlo atractivo, empezando a anhelar su compañía, empezando a apreciar esos estúpidos hoyuelos en sus malditas mejillas. Esto podría ser el principio de algún tipo de preparación para convertirme en su esclava sexual. Lograr que me conforme con ser su prisionera al principio, y luego lavarme el cerebro hasta que hiciera cualquier mierda pervertida que él quisiera.

Sea lo que fuera que tuviera bajo sus mangas de lobo, no pensaba quedarme para averiguarlo.

—¿Hay algo que pueda conseguirte para hacer esta situación más tolerable? —preguntó—. No has comido en todo este tiempo. ¿Quieres un sándwich o una bolsa de patatas?

Encogí las piernas frente a mí y las rodeé con mis brazos. —No —gruñí.

Él agachó la cabeza y asintió. —Vale. —Entonces se levantó y fue a la nevera para coger algo para él.

Tenía que haber alguna manera de salir de esta jaula. Miré los objetos a mi alrededor. El colchón, la sábana y la almohada, la lata de refresco vacía de anoche.

Lancé una mirada rápida a Jackson para asegurarme de que no me estaba observando antes de rebotar mi trasero contra el colchón. Era firme y elástico. Tal vez podría usar un trozo de metal de su interior para forzar la cerradura.

Clavé las uñas en la tela, encontrándola gruesa e inflexible. No podría cortarla solo con mis uñas, y si intentaba romperla por la fuerza, obviamente lo vería.

¿Qué tal la lata de refresco? Podría arrancar la anilla, doblarla por la mitad hasta que se rompiera, y tratar de usar las piezas como ganzúas. Nunca había forzado una cerradura antes, pero al menos la mitad de los capullos que había entregado a lo largo de los años lo habían hecho, así que no podía ser tan difícil.

Pero esto no era una cerradura común de una puerta cualquiera. Era un candado, del tipo que se usa para asegurar vallas con cadenas. ¿Sería más difícil de forzar?

Uf, nada en esta jaula sería muy útil, pero no iba a rendirme. Miré de nuevo a Jackson, que estaba preparando un sándwich encima de la mini nevera, y una idea comenzó a formarse.

—Necesito hacer pis —le llamé.

Se quedó congelado en medio de poner la rebanada superior del pan, luego me miró como un ciervo deslumbrado por los faros.

—Hay *un* baño aquí, ¿verdad? —pregunté—. Lo mínimo que podrías hacer es dejarme usar un baño decente. ¿O vas a obligarme a orinar en un vaso y mirarme como algún tipo de pervertido?

Me arrepentí inmediatamente de mi último comentario. ¿Y si eso era exactamente lo que pretendía hacer? Realmente no quería ser forzada a ese tipo de humillación. Pero al menos entonces, sabría verdaderamente a qué me enfrentaba.

Mantuve la mirada fija en él, evaluando su reacción y temiendo lo peor. Colocó el pan superior en su sándwich, luego se apartó de él y vino hacia mí. Me puse tensa mientras lo veía acercarse, mi pulso acelerándose como un caballo borracho.

—No soy ese tipo de persona, Kiera —me aseguró mientras se acercaba a la puerta de la jaula—. Hay un baño. Te llevaré allí si prometes no intentar nada estúpido.

—Te he visto convertirte en un lobo gigante y he visto cómo huesos y piel rotos se curaban como si no fuera nada —dije con toda la tranquilidad que pude—. No sería tan estúpida como para intentar escapar. *Al menos no mientras me estés observando.*

Nos miramos el uno al otro un momento más.

—Vale. —Metió la mano en su bolsillo trasero y sacó una pequeña llave plateada.

Observé atentamente cómo abría el candado, abría la puerta de la jaula y volvía a meter la llave en el bolsillo trasero derecho. Luego me puse de pie, me sacudí el polvo y salí lentamente de mi celda metálica con sus ojos fijos en cada uno de mis movimientos.

—El baño está por aquí. —Señaló una puerta en la pared diagonal a la mini nevera—. Te acompañaré hasta allí y de vuelta.

Asentí, agradecida y algo sorprendida de que no me agarrara del brazo ni me tocara mientras me escoltaba a través del suelo de cemento vacío. Abrió la puerta para mí y se apartó para dejarme entrar. Cuando alargué la mano hacia el pomo interior, él sujetó el exterior con firmeza y negó con la cabeza.

—¿En serio? ¿No me vas a dar privacidad? —pregunté, poniendo las manos en las caderas y cruzando los brazos obstinadamente.

—No voy a cerrar esta puerta —afirmó—. Pero me quedaré detrás de ella. Esa es toda la privacidad que vas a tener. —Se agachó detrás de la puerta completamente abierta para que ya no pudiera verlo, y él no pudiera verme.

—Idiota —le grité.

En realidad no había tenido ganas cuando lo pedí, pero después de caminar, la necesidad resultó ser auténtica. Mierda. No estaba segura de cuándo tendría la próxima oportunidad, especialmente si este plan fallaba, así que pensé que sería mejor terminar con esto y fingir con todas mis fuerzas que él no podía oírme.

Me bajé los pantalones y me senté en el inodoro, mirando alrededor de la pequeña habitación mientras vaciaba mi vejiga.

—No entiendo por qué no quieres cerrar la puerta —me quejé lo suficientemente alto para amortiguar el sonido del tintineo—. No hay ventanas aquí, y la ventilación está como a cinco metros de altura. No podría alcanzarla ni aunque me subiera al lavabo, y mucho menos meterme dentro. Soy delgada, pero no *tan* delgada. Y...

La puerta se cerró, y todo mi cuerpo se relajó, permitiendo que el proceso fuera más fluido. Sabía que él aún podía oír todo lo que estaba haciendo aquí, pero saber que no podía espiarme tan fácilmente me hacía sentir mucho más cómoda. Intenté no apreciar el gesto más allá de su valor aparente.

Cuando terminé, me subí los pantalones y me lavé las manos. No había espejo y, por supuesto, tampoco toallas de papel. Resoplé con irritación y agarré un gran trozo de papel higiénico para secarme las manos. Bueno, definitivamente podría ser peor. Podría haber aceptado mi farol del vaso.

Luego me giré hacia la puerta y me detuve. Podría cerrar con llave y quedarme dentro. Pero, ¿de qué serviría? Este no era precisamente el lugar ideal para seguir atrapada. Y él era un maldito hombre lobo. ¿De verdad creía que esta fina puerta de madera lo mantendría fuera? No, mi mejor opción era continuar con mi plan.

Giré el pomo y salí, encontrándolo apoyado contra la pared a mi izquierda. La expresión de su rostro era incómoda y embarazosa. Bien.

Quería hacer algún comentario mordaz sobre si había disfrutado o no de mi actuación musical, pero necesitaba adularlo para que la siguiente parte de mi plan mereciera la pena.

—Gracias —dije, inyectando una nota de sinceridad en mi tono.

Me dedicó una sonrisa forzada de reconocimiento y se apartó de la pared para guiarme de regreso a mi prisión. Lo seguí, tropezando intencionadamente y sujetándome con las manos en la parte posterior de sus caderas.

—Vaya. —Se dio la vuelta y me sujetó por los brazos, sosteniéndome —. ¿Estás bien? —Realmente parecía preocuparse, la inquietud que arrugaba sus facciones confundía mi determinación.

—Lo siento —dije, metiendo las manos en los bolsillos traseros de mis vaqueros—. Creo que he estado sentada ahí dentro demasiado tiempo, mis piernas se sienten algo débiles.

Frunció el ceño y luego levantó un hombro. —Podría conseguirte una silla para ahí dentro, si quieres.

—No, está bien —dije rápidamente—. Prefiero estar de pie. Solo tendré que recordar levantarme más a menudo y caminar un poco.

Me llevó de vuelta a la jaula, y entré sin protestar. Volvió a pasar el candado por las argollas metálicas y lo cerró, luego regresó a la nevera para buscar su sándwich. Se sentó en su colchón y comenzó a comer.

—En realidad, tengo un poco de hambre —dije.

Dejó su sándwich a un lado y tragó el bocado que estaba masticando. —Claro, ¿qué puedo traerte?

—Bueno, antes me preguntaste si había algo que me haría sentir más cómoda mientras esperaba —tanteé, mordiéndome el labio inferior.

—¿Sí? —dijo, inclinándose más cerca y mirándome con esos grandes ojos de cachorro.

—Pues me encantaría una pizza —dije.

Abrió la boca para decir algo, pero lo interrumpí.

—Sería agradable tener algo de comida reconfortante, ¿sabes? Con todo esto pasando. —Señalé la jaula a mi alrededor.

Cerró la boca y me miró por un momento con ojos conflictivos, y yo le devolví la mirada, dándole mi mejor expresión de damisela suplicante para persuadirlo.

Suspiró. —Hay una pizzería a un par de minutos. ¿Estás segura de que estarás bien aquí sola un rato?

Arqueé una ceja, tratando de mantener una expresión juguetona. —Estoy en una jaula de acero impenetrable. Estoy bastante segura de que estaré bien.

Apartó la mirada y se frotó la nuca mientras consideraba la situación.

Vamos, cae en la trampa.

—Vale —dijo—. ¿Qué te gusta en la pizza?

¡Sí!

Intenté parecer más agradecida que emocionada. —Solo queso, y mucho.

—De acuerdo. —Se puso de pie—. Vuelvo enseguida. No te vayas a ninguna parte. —Me guiñó un ojo burlón que a la vez me reconfortó y me cabreó.

—Listillo —dije.

Sonrió con suficiencia, luego se giró y fue dando saltitos hasta la puerta.

Esperé hasta unos segundos después de que la puerta se cerrara tras él para asegurarme de que no volvería a entrar. Entonces, metí la mano en el bolsillo trasero y saqué la llave, sosteniéndola frente a mí y sonriéndole como si fuera una gema rara y preciosa. Iba a salir de aquí.

Me apresuré hacia la puerta, saqué los brazos entre los barrotes y puse la llave en el candado. Con un solo giro, hizo clic. Tiré del mecanismo, lo giré y lo desenganchó de las argollas metálicas, luego empujé la puerta de la jaula.

¡Joder, era libre! No tenía ni idea de dónde estaba, pero no iba a dejar de correr hasta llegar a un lugar seguro. La comisaría, quizás. No, no me creerían. Y si venían aquí en masa, él podría despedazarlos fácilmente.

A la mierda, tomaría el asunto en mis propias manos, usaría todas las armas que tuviera contra él. La idea de dispararle una y otra vez, ver su sangre salpicar mientras gemía derrotado, hizo vibrar una cuerda satisfactoriamente vengativa en mi interior, reavivando ese hambre voraz y furiosa.

Con una determinación pura alimentando mis pies, corrí hacia la puerta por la que había salido.

Luego me detuve a un paso de ella con las manos congeladas en el aire sobre el pomo.

Esta furia insaciable y odiosa que hervía dentro de mí, que hacía temblar cada uno de mis miembros como una yonqui de heroína,

estaba muy, muy mal. Era potente y casi me consumía por completo. Y no era yo.

Era monstruosa.

Jackson tenía razón. Algo en mí había cambiado desde que me arañó. Algo desconocido y aterrador me estaba sucediendo. No podía negarlo más. Si salía ahí afuera, iba a hacerle daño a alguien. Necesitaba ayuda. Y estaba bastante segura de que Jackson era la única persona que podía proporcionármela.

Me alejé de la puerta. Me quedaba. Solo esperaba que mereciera la pena salvarme.

Capítulo 28
Jackson

La electricidad era una corriente que fluía por mis venas durante todo el tiempo que estuve lejos de Kiera. Odiaba dejarla sola en el almacén, pero ¿cómo podía negarle esta simple petición mientras básicamente la mantenía cautiva?

Fui a la pizzería más cercana que conocía, el Little Caesars a un par de manzanas. Era una caminata de diez minutos en cada dirección. Habría ido corriendo, pero no podía permitirme llamar la atención, y como hombre caucásico alto en un pueblo lleno principalmente de inmigrantes mexicanos, ya destacaba como la oveja negra —o el lobo, en mi caso.

Así que mantuve la cabeza gacha y caminé con zancadas largas, con las manos en los bolsillos, y unas gafas de sol gruesas y oscuras haciendo lo posible por mantener mi rostro oculto.

Eran casi las once, y afortunadamente, el dependiente estaba justo desbloqueando la puerta cuando llegué. Me sostuvo la puerta abierta y entré apresuradamente.

—¿Hay alguna posibilidad de que tengáis pizzas de queso listas para llevar?

El chico miró por encima del hombro a los hornos detrás del mostrador y luego volvió a mirarme. —Van a tardar unos cinco minutos.

La urgencia me tensó las entrañas. —Vale. Supongo que esperaré.

Pagué por dos pizzas y me senté en una de las sillas de plástico del pequeño vestíbulo, golpeando con el talón en el suelo de linóleo para aliviar mi impaciencia. No funcionó realmente.

¿De qué estaba tan preocupado? Kiera estaba encerrada dentro de una jaula que personalmente me había asegurado de que fuera

impenetrable, en un almacén abandonado en una parte de la ciudad con muy poco tráfico. Incluso si se transformaba accidentalmente por cualquier razón, la única persona a la que haría daño sería a sí misma.

Mierda, ahora tenía eso de qué preocuparme también.

Me enderecé en mi silla y estiré el cuello para ver detrás del mostrador. El dependiente simplemente estaba parado junto a los ingredientes variados y deslizando el dedo por la pantalla de su móvil. Podía ver algunas pizzas a mitad de camino en la cinta transportadora del horno.

¡Ugh!

De lo que más me preocupaba era que Pablo apareciera mientras yo no estaba. Conocía a hombres como él, había crecido viendo a mi padre tratar con ellos, y no quería ni pensar en lo que haría si ponía sus manos sobre Kiera. Por suerte, había cincuenta barrotes de acero protegiéndola de él.

La puerta sonó y entró una mujer más o menos de mi edad. Me miró y yo le hice un gesto casual con la cabeza. Me resultaba familiar, y por cómo me miraba, ella también me reconocía. Mis músculos se tensaron mientras apartaba la mirada de ella, deseando que se olvidara de mí.

Probablemente esté bien. No es de la cárcel y no parece policía. Quizás era una de mis vecinas en el complejo de apartamentos. Maldita sea, ¿dónde está ese—

—Pedido listo —llamó el dependiente mientras colocaba dos cajas en el mostrador.

Prácticamente salté de mi asiento, agarrando las cajas y saliendo apresuradamente por la puerta antes de que ella pudiera verme mejor.

Intenté frenar mis pies mientras caminaba rápido de vuelta al almacén, pero no podía soportar estar lejos de Kiera por más tiempo, estar al descubierto donde cualquiera pudiera verme. No me

importaba que las cajas casi me quemaran las manos. Solo necesitaba volver.

Cuando llegué al aislamiento de los edificios altos, comencé a correr, confiado en que nadie me vería. Era fin de semana, y la probabilidad de que alguien estuviera haciendo negocios que no fueran ilegales era casi nula.

Llegué de vuelta al almacén en casi la mitad del tiempo y apresuradamente introduje el código en el teclado, abriendo la puerta de un tirón y deslizándome dentro.

Me detuve tan de repente que dejé caer las pizzas a mis pies. Kiera estaba sentada en mi colchón, *fuera* de la jaula.

Con el estruendo de las cajas, ella se giró y me miró. Durante varios segundos largos, todo lo que pude hacer fue mirarla fijamente, demasiado aturdido para hablar o incluso parpadear.

—Hola —dijo finalmente, metiendo un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

—H-hola —fue la única respuesta estúpida que pude dar.

—Probablemente querrás que te devuelva esto. —Extendió su mano, revelando algo pequeño y brillante en su palma.

¡La llave del candado de la jaula! Como un idiota, me di palmadas en los bolsillos traseros, hurgando en ambos para confirmar lo que ya sabía.

—La cogí cuando me acompañaste al baño —confesó tímidamente, y luego me lanzó la llave.

Mis reflejos funcionaron más rápido que mi mente, mi mano salió disparada para atrapar la llave mientras caía hacia mí. La metí de nuevo en mi bolsillo, todavía incapaz de dejar de mirarla como si fuera un problema matemático que simplemente no podía resolver.

—Perdona que haga la pregunta obvia —comencé cuando finalmente encontré mis palabras—, pero si tenías esto... ¿qué haces todavía aquí?

Bajó la mirada al suelo, mordiéndose el interior de la mejilla. —Me di cuenta de que tenías razón. Es más seguro para todos si me quedo

aquí —. A pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, ni siquiera la sombra de su pelo podía cubrir la expresión de vergüenza en su rostro.

¿Qué habrá pasado exactamente mientras estaba fuera?

Recogí las pizzas y las llevé hasta ella, sentándome frente a ella en el frío suelo de cemento.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté con suavidad.

Su pelo se deslizó sobre sus hombros mientras negaba con la cabeza. —No. Solo me siento... mal.

Metí la mano en mi regazo e incliné el cuerpo hacia delante, intentando ser lo más delicado posible con ella. Estaba claramente alterada, y yo deseaba tanto poder ayudarla. —¿A qué te refieres?

Ella miró hacia el techo. —Hay tanta rabia dentro de mí —admitió con voz débil—. Todos estos sentimientos peligrosos que no puedo controlar, que no siento como míos. Y tengo mucho miedo de hacer daño a alguien.

Mi corazón se encogió mientras la miraba, luchando por encontrar palabras para consolarla.

Recordé esa sensación, esa caótica tormenta de emociones durante las primeras semanas después de ser mordido. Principalmente, solo me convertía en un capullo más grande de lo habitual, ladrando a todo el mundo. Nunca tuve miedo de hacer daño a nadie, pero yo no era nuevo en el mundo de los cambiaformas. No tenía miedo al cambio. Y confiaba en que los que me rodeaban me mantendrían a raya si perdía el control de mi temperamento.

—Siento que estés pasando por esto. Lo único que puedo decirte es que esta sensación pasará —. No fui consciente de que estaba tocándole el brazo hasta que ella me miró con esos ojos grandes y asustados.

Retiré la mano bruscamente. —Lo siento.

—No, está bien —dijo ella—. Yo... no me molesta el consuelo.

Un aroma centelleante llegó a mis fosas nasales, tirando del animal en mi interior.

Deseo.

Supe que me encontraba atractivo desde la primera vez que nos conocimos en aquella pequeña sala de la cárcel. Los Sabuesos tenían un sentido del olfato particularmente agudo, capaz de detectar las emociones de las personas basándose en las feromonas que liberaban involuntariamente. Y tan consciente de ella como había estado durante las últimas horas, había detectado cada llamarada de odio, cada nota de tristeza y absolutamente cada chispa de lujuria.

Pero esta era la más poderosa hasta ahora, mezclada con la dulzura del miedo y la necesidad, atrayéndome como un canto de sirena.

Por mucho que quisiera acercarme, tocarla de nuevo, dirigí mi atención hacia las cajas de pizza. No podía aprovecharme de ella así. Estaba en un estado muy vulnerable. Como su creador, tenía la responsabilidad de protegerla, no usar sus hormonas descontroladas como excusa para seducirla, por muy fuerte que fuera la tentación.

Abrí la caja de arriba y saqué una porción. —¿Quieres un poco?

Ella asintió y alargó la mano. —Gracias por hacer eso. Aunque fuera parte de mi estratagema para escapar —. Se rio mientras le daba un mordisco.

Sonreí y saqué una porción para mí. —Sabes, para ser abogada, tienes unos dedos sorprendentemente sigilosos. Podrías ser mejor criminal que yo.

Se rio mientras masticaba, tapándose la boca con la mano mientras tragaba. —Solo eres un criminal si te pillan.

Me reí, regañándome interiormente por haberme dejado atrapar. Había cometido tantos errores desde que llegué a este pueblo. Y ella no era el menor de ellos.

—Aunque me sorprende que hayas decidido quedarte, me alegro mucho de que lo hayas hecho —dije—. Todo lo que te he dicho iba en serio. Solo quiero ayudarte a superar esto. No estoy aquí para hacerte daño de ninguna manera.

Su sonrisa desapareció. —Lo sé. A pesar de toda lógica, confío en ti —. Hizo un gesto con la mano—. Sinceramente, no sé cómo habría manejado esta locura sin ti. Si no me hubieras, ya sabes, secuestrado, probablemente ya habría hecho algo que jamás me perdonaría.

Bajé la mirada hacia la porción de pizza sin comer que tenía en la mano. *Pero no estarías en esta situación si no fuera por mí.*

—¿Tengo que volver a la jaula? —preguntó, entrecerrando los ojos como si se preparara para recibir una paliza.

Mi corazón se retorció en mi pecho. —No —. Pero luego lo pensé mejor—. Todavía no, al menos. Sin embargo, al anochecer, creo que sería lo mejor. Por muy experimentado que sea, existe una gran posibilidad de que pueda perderte después de que te transformes.

Ella hizo una mueca, y casi pude ver el desastre que estaba imaginando si eso ocurría. —De acuerdo.

—Pero estaré aquí contigo todo el tiempo —prometí—. No dejaré que pases ni un solo momento de esto sola.

Intentó esbozar una triste sonrisa, y el sensual aroma que me asaltó hizo que mi miembro se endureciera en los vaqueros, obligándome a reajustar mi posición de una manera que esperaba pareciera casual. No podía recordar haber deseado a ninguna mujer tanto como la deseaba a ella, especialmente en este momento.

Pero era absoluta e irrefutablemente intocable. Esta iba a ser la noche más larga de mi vida.

Capítulo 29
Kiera

Mis nervios estaban cada vez más crispados a medida que el reloj avanzaba hacia el atardecer. Cada parte de mi cuerpo se sentía inquieta y tensa, y temía que literalmente explotaría fuera de mi piel... con pelaje y garras.

La única forma de distraerme era hablando con Jackson, lo cual, ahora que ya no era una cautiva involuntaria en una jaula, resultaba bastante fácil. Bebiendo latas de refresco y picoteando aperitivos mientras me reía de sus bromas, casi podía fingir que estábamos de picnic en algún lugar y no contando los minutos para mi primera noche como monstruo.

—Bueno, antes mencionaste un consejo de cambiaformas o algo así —dije, señalándole con mi Coca-Cola Light medio vacía—. Cuéntame más sobre eso. Si voy a ser una de vosotros, al menos debería saber cómo funciona todo.

Inclinó la cabeza en señal de aceptación—. Es justo. Mmm, ¿por dónde empezar...?

Exhaló con fuerza entre sus labios fruncidos, atrayendo mi atención hacia lo carnosos y suaves que parecían, y lo único en lo que podía pensar era en inclinarme hacia delante y comprobarlo por mí misma.

No, para ya, Kiera. No *te estás enamorando de tu secuestrador.*

Aunque la cálida espiral de deseo en mi interior decía lo contrario.

—Bueno, hace poco más de cinco años, había esta guerra sobrenatural —comenzó, con la mirada perdida como si contemplara el pasado—. Los vampiros estaban liderados por...

—Espera, un momento... ¿vampiros? —le interrumpí.

—Sí, también son reales —aclaró, metiéndose un snack de queso en la boca y hablando con la boca llena—. Prácticamente todas las criaturas mitológicas de las que has oído hablar son reales, o lo fueron en algún momento.

Arqueé las cejas sorprendida. ¿Había otros monstruos ahí fuera, además de hombres lobo o sabuesos o lo que fuera? Eso era aterrador.

—En fin —continuó—, los vampiros estaban liderados por un dictador tiránico que quería exterminar a los cambiaformas y, en última instancia, gobernar sobre los humanos. El ejército de cambiaformas, que se había formado para defenderse de ellos, se había convertido en nuestro órgano de gobierno, y el general, sediento de poder, tomó el control de la escuela, convirtiéndola en una fábrica de soldados.

Ladeé la cabeza—. ¿Qué escuela? —Seguramente habría oído algo así en las noticias...

—La Cúpula —dijo, sacudiéndose el polvo de queso de los dedos—. Es una academia secreta bajo el lago Michigan para cambiaformas que nos enseña a controlar nuestros poderes —y nuestra transformación— y a luchar contra vampiros y cazadores.

Levanté las manos para detenerle—. Vale, más despacio. Hay muchas cosas que procesar en esa afirmación. Para empezar, ¿has dicho cazadores?

Frunció el ceño y puso los ojos en blanco con desdén—. Pff, sí, son estos molestos humanos que de alguna manera piensan que somos tan malos como los vampiros y quieren matarnos a todos. Pero no tienen ni idea de lo que están haciendo, así que yo no me preocuparía por ellos.

Su desprecio por la aptitud de los cazadores no me reconfortaba realmente. El hecho de que existieran me daba aún más miedo, que pudiera ser perseguida y ejecutada solo por ser algo que nunca pedí en primer lugar.

Para ya. Sigue haciendo preguntas.

—De acuerdo, también mencionaste poderes —dije—. ¿Los cambiaformas tienen poderes aparte de... transformarse?

Se encogió de hombros, entornando los ojos pensativo—. A veces. Supongo que depende de la especie. Los dragones y fénix pueden invocar y controlar el fuego. Las arpías pueden usar la luz como un arma. Los mer pueden manipular el agua.

Me quedé boquiabierta, con los ojos cada vez más abiertos con cada nueva criatura que describía—. ¿Cuántas especies diferentes de cambiaformas hay?

Dobló la bolsa de snacks de queso y la dejó a un lado—. No creo que nadie lo sepa con certeza. Hay nuevas especies que aparecen y se dan a conocer constantemente. Pero hay diez especies principales que conocemos.

—¿Cuáles son? —pregunté, inclinándome hacia delante sobre mis piernas cruzadas por el interés.

—Bien, veamos. —Extendió los dedos de una mano y fue tocando cada uno con el índice de la otra mientras los nombraba—. Dragones, fénix, arpías, mer, grifos, nagas, kitsunes, maos, ursas y, por supuesto, sabuesos.

Me guiñó un ojo, y una oleada de calor aceleró mi pulso.

—Solo sé lo que significan la mitad de esas palabras —dije, atónita.

Hace solo unas horas, estaba rechazando activamente todo este concepto, y ahora lo único que quería era aprender tanto como pudiera sobre los cambiaformas. Los hombres lobo eran una cosa. ¿Pero dragones? ¿Sirenas? ¿Qué eran esas otras cosas? Era fascinante.

Se rio. —Después de que termines tu primer turno, te llevaré al Domo. Ellos pueden enseñarte mucho más que yo.

La emoción que había estado creciendo en mi pecho se detuvo como un motor oxidado. ¿Quería pasarme a otra persona? Solo era una tarea para él. No estaba segura de por qué me molestaba. No lo conocía realmente, y él tampoco me conocía a mí. ¿Qué? ¿Esperaba que se quedara para siempre y fuera mi amigo lobo?

…¿O algo más…?

—Oh. Vale. Guay —asentí, tratando de ocultar mi fuera de lugar decepción.

Su silencio resultante decía que lo había notado.

Aclaré mi garganta. —Entonces, ¿qué, eh, qué poderes tenemos *nosotros*? Los sabuesos, quiero decir.

—Bueno, los licántropos son un poco diferentes —evadió, reclinándose sobre sus brazos. —Sabuesos, maos y ursas son licántropos. Los licántropos son el único tipo de cambiaformas que se transforman en vez de nacer así, y por alguna razón, muchos de nosotros no tenemos habilidades más allá de la transformación. Podemos tenerlas, pero no es común.

Asentí, tratando de entenderle. —¿*Tú* tienes algún poder o habilidad única?

Sus ojos bajaron hacia la izquierda, haciéndole parecer avergonzado o quizás incluso apenado. —Sí.

No iba a dejar pasar esto. Me acerqué más. —¿Y? ¿Cuál es?

Suspiró y miró hacia la pared del almacén. —Los sabuesos tienen un sentido del olfato más fuerte que otros cambiaformas, que ya de por sí es más fuerte que el de los humanos. Algunos de nosotros podemos oler lo que otros están sintiendo, ya sabes, basándonos en las feromonas que emiten... Yo puedo hacer eso.

Deslizó tímidamente su mirada hacia mí, y la comprensión me golpeó como una patada giratoria a la cabeza.

Todo este tiempo, había sido capaz de sentir—no, peor, *oler*—mi atracción hacia él. Y todas las otras cosas caóticas y locas que había estado sintiendo.

Oh Dios. La mortificación se hundió profundamente en mi estómago, y podía sentir mis mejillas ardiendo.

Puse mis manos sobre mi cara. —Ugh, debes pensar que estoy completamente loca.

Sus vaqueros se arrastraron contra el suelo de cemento mientras se acercaba, y puso una mano en mi hombro. —Oye, no creo que estés loca en absoluto. El cambio hace que nuestras hormonas se vuelvan locas al principio. Todo lo que has estado sintiendo es completamente normal dadas las circunstancias.

Separé mis manos para echarle un vistazo, mis mejillas ardiendo por lo que estaba a punto de preguntar. —¿Incluso... esto? —Me concentré en el dolor lujurioso dentro de mí, haciendo que mi centro se tensara y mi pulso se acelerara.

Sus párpados aletearon mientras inhalaba lentamente, luego soltó una risa nerviosa, retiró su mano y se echó hacia atrás.

—Vaya, um... ¿Quizás intenta no hacer eso? —dijo, con voz temblorosa.

Bajé las manos para poder verle completamente, mis cejas arrugándose con consternación. —¿Por qué no?

Su ceño se frunció mientras me miraba como si estuviera sufriendo, luego apartó la mirada y aclaró su garganta.

—De todos modos, volviendo a lo del consejo de cambiaformas —dijo, haciendo que mis hombros se hundieran.

No me deseaba de esa manera. Mi atracción hacia él debe estar haciéndole sentir incómodo, de la misma forma que yo me estremezco cuando tipos asquerosos me tiran los tejos. Ah, mierda. Enderecé mi postura y me resigné a escuchar su historia.

—Básicamente, hubo esta batalla épica, y algunos de nosotros, estudiantes del Domo, se nos ocurrió la idea de instituir un consejo que tuviera poder sobre los militares —explicó. —Reunimos nuestros recursos, contactamos con las personas más influyentes que conocíamos, y eso fue todo. Se formó el consejo. Por supuesto, luego el general militar murió en la batalla, así que la razón inicial detrás del consejo ya no era un problema, pero desde entonces ha hecho grandes cosas.

—Vaya, ¿así que jugaste un papel en la creación de este poderoso grupo de cambiaformas? —pregunté—. Ahora sí que empieza a

sonar como una novela barata.

Echó la cabeza hacia atrás en una carcajada, acentuando esos malditos hoyuelos en sus mejillas. —Nunca lo había pensado así, pero sí, fui parcialmente responsable de salvar el mundo. De nada.

Ahora ambos estábamos riendo, y me encontré acercándome sin pensarlo conscientemente.

—¿Cómo sé que no estás aprovechándote de mi ignorancia y tomándome el pelo? —pregunté juguetonamente—. Si realmente hubiera habido una batalla épica, ¿no habría oído algo al respecto en las noticias aunque fuera un poco?

Negó con la cabeza. —El consejo intervino e hizo que la batalla pareciera algún tipo de desastre natural. ¿Quizás oíste hablar de la inundación del Lago Michigan hace unos años?

El reportaje sobre aquello destelló brevemente en mi mente. En ese momento, estaba bajando de peso para un torneo de MMA, desplazándome por el móvil mientras sudaba como un pollo en la sauna. No le había dado muchas vueltas porque lo único que quería era tragarme mi peso en agua.

—Sí, más o menos lo recuerdo —dije.

—Bueno, esa fue la batalla —explicó él—. Se libró en el lecho del lago Michigan mientras las aguas estaban siendo empujadas hacia la ciudad por el mencionado líder vampiro. Para resumir, nosotros ganamos, ellos perdieron, y fin.

Le miré con el ceño fruncido, encontrando esto difícil de creer. —¿No habría algunos vídeos en YouTube o TikTok que la gente hubiera logrado grabar? Alguien debe haber visto algo.

—Tenemos todo un equipo de frikis de la tecnología que escanean regularmente internet en busca de vídeos relacionados con cambiantes y los eliminan —explicó—. Y para aquellos que no pueden eliminar, los trolean con comentarios sobre inteligencia artificial, algo que el público está más dispuesto a aceptar hoy en día.

Mi ceño se profundizó. —No sé. Esto está empezando a sonar un poco demasiado perfecto.

Arqueó una ceja astuta, con una sonrisa maliciosa curvando las comisuras de sus labios. —Bueno, puede que haya guardado uno o dos vídeos que algunos de mis compañeros grabaron durante la batalla, si te interesa verlos.

Mi rostro se animó con intriga. —Enséñamelos.

Su sonrisa se ensanchó, y sacó su móvil y comenzó a desplazarse por él.

Me moví para sentarme a su lado, disfrutando del roce de mi brazo contra el suyo. Maldita sea, ¿por qué me sentía atraída por él, especialmente cuando claramente él no sentía lo mismo? Y sin embargo, era incapaz de evitarlo.

—Ah, aquí hay uno —tocó el vídeo para ampliarlo, y comenzó a reproducirse.

Era una vista aérea de un campo embarrado de noche, sembrado de cuerpos, algunos yacían muertos, y otros luchaban entre sí. Pero lo más sorprendente era que la mitad de las figuras no eran humanas.

Una manada de lobos gigantes estaba despedazando a una persona de piel fantasmagóricamente pálida en una esquina del vídeo, mientras estallidos de fuego brotaban de bestias de alas escamosas o llameantes en otra. Algo parecido a un ángel con alas blancas como el algodón disparaba una lanza de luz brillante a un vampiro que chillaba, haciéndolo explotar al instante. Y toda la escena estaba llena de aullidos, rugidos y gritos agónicos.

—Joder —jadeé, inclinándome más cerca de la pantalla.

—Uno de los dragones grabó este vídeo mientras evitaba el derramamiento de sangre —dijo Jackson—. Una movida cobarde, pero supongo que lo agradezco por motivos históricos —apagó la pantalla y dejó el teléfono a un lado.

—Vaya —dije, incapaz de encontrar otras palabras para describir el profundo efecto que aquello tuvo en mí.

Todo lo que había dicho era cierto. Batallas y vampiros y criaturas de cuento de hadas, todo era real. Supongo que podría ser IA, como él dijo, pero sabía en mi alma que el vídeo era auténtico. Y también lo era Jackson.

Levanté la mirada hacia su rostro, ahora tan cerca del mío que podía sentir el calor de su aliento en mis mejillas. Sus ojos se encontraron con los míos, su marrón oscuro y peligroso desafiándome a acercarme más, atrayéndome como un agujero negro.

Finalmente, mis labios rozaron los suyos, cálidos y más suaves de lo que imaginaba. Se separaron, invitándome a entrar, y mi lengua estaba más que ansiosa por saborear y explorar.

De repente, con un gruñido dolorido, se apartó de mí. —Kiera —respiró.

—Lo siento —solté de inmediato—. No debería haberlo hecho.

—No, yo lo siento —dijo—. No quiero aprovecharme de ti, y realmente estoy fracasando.

Fruncí el ceño confundida. —¿Qué quieres decir?

Soltó una risa nerviosa. —Eres muy guapa y extremadamente tentadora, y poder sentir tu deseo me está matando. Pero no sería justo para ti ceder cuando tus sentimientos no son realmente tuyos.

Oh. Sí me deseaba. Y estaba intentando ser respetuoso porque pensaba que mi atracción hacia él era solo un síntoma de este cambio. Estaba equivocado.

Alcé la mano para acariciar su mejilla, sosteniendo suavemente su cara para que tuviera que mirarme. —¿Y si lo son?

Él puso su mano sobre la mía. —¿Cómo puedes estar segura?

—Porque, incluso cuando era poco profesional y tú eras mi cliente criminal, me sentía atraída por ti —admití, mordiéndome el labio inferior.

Dejó escapar un suspiro lento y tembloroso. —Simplemente no quiero estropear esto más de lo que ya lo he hecho. No quiero hacerte daño.

—Sabes, la caballerosidad quedó un poco fuera de lugar cuando me secuestraste y me encerraste en una celda —bromeé.

Soltó una breve risa, aunque sus facciones seguían mostrando conflicto.

Envalentonada por una nueva oleada de deseo, bajé la mano de su mejilla, deslizando las yemas de los dedos por su camiseta hasta encontrar la dura evidencia de su deseo bajo sus vaqueros.

Siseó. —Kiera.

—Te deseo, Jackson —murmuré, presionando mi mano sobre la tela que cubría su rígido miembro—. Te *necesito*.

Con repentino abandono, enredó su mano en mi nuca y aplastó sus labios contra los míos, introduciendo su lengua en mi boca y devorándome como si yo fuera la oveja y él el lobo feroz. Y le devolví el beso con la misma desesperación, arrasando su boca con lengua, dientes y labios mientras mis manos le aferraban en cualquier parte donde pudieran encontrar apoyo.

Con dedos ciegos y hambrientos, nos abalanzamos sobre la ropa del otro, despojándonos apresuradamente primero de su camiseta, y después de la mía. Me subí a su regazo, colocando mis piernas sobre su cintura y presionando el palpitante vértice de mis muslos contra su erección, desesperada por la fricción que pudiera satisfacer esa necesidad ardiente que me estaba volviendo loca.

Deslizó sus manos bajo mi trasero, levantándome para poder tumbarme en el colchón tras nosotros. Con mi cuerpo atrapado bajo el suyo, besó mi cuello, sus dientes rozando de la forma más deliciosa mis pechos y mi vientre mientras sus dedos se curvaban alrededor de la cintura de mis pantalones.

Tiró de ellos hacia abajo, ignorando por completo el botón y la cremallera, y levanté mis piernas para ayudarle mientras los retiraba del todo y los arrojaba a un lado.

Me miró fijamente, completamente desnuda, mientras luchaba por desabrocharse el cinturón y los vaqueros, sus ojos devorando cada centímetro de mi piel necesitada. Y yo hice lo mismo, saboreando

visualmente los contornos de su pecho y brazos musculosos, con mi anticipación creciendo hasta el punto de ebullición cuando finalmente bajó sus vaqueros más allá de sus caderas.

Gemí ante la visión de su miembro largo y duro, arqueándome hacia arriba y alcanzando su rostro para poder besarle de nuevo mientras él se quitaba los pantalones de los tobillos. Con nuestros labios unidos, me recostó contra el colchón. Agarrando su miembro con una mano, deslizó la punta entre mis sensibles y ardientes pliegues, haciéndome retorcerme y chillar suplicante contra su boca.

—¿Estás segura de que quieres esto? —preguntó entre jadeos crudos y pesados.

—Sí —supliqué sin aliento—. Por favor. —Agarré su trasero con ambas manos, tirando de sus caderas hacia abajo para animarle.

Con un gemido de indulgencia irresistible, introdujo su miembro dentro de mí, embistiéndome fuerte y rápido. Me cogió las manos de su trasero y las llevó por encima de mi cabeza, entrelazando sus dedos con los míos mientras las sujetaba y comenzaba a besar y succionar el lateral de mi cuello, todo sin disminuir el furioso ritmo de sus caderas.

Mis agudos gemidos llenaron el aire, haciendo eco en el suelo de cemento mientras me embestía una y otra vez. Y lo quería todo, necesitaba más y más.

—Sí, sí, sí —grité con cada estocada de su miembro en mi núcleo, con los nervios de mi sexo y paredes internas ardiendo con un placer que derretía el resto de mi cuerpo.

¡Era demasiado! ¡No era suficiente! La tensión aumentaba y aumentaba, más alta y deliciosamente agónica. Y como si pudiera leer mi cuerpo, aceleró su ritmo y fuerza justo cuando lo necesitaba, llevándome al borde del olvido.

Apreté mis dedos sobre sus manos, gritando a través de una garganta contraída mientras una euforia conmovedora explotaba dentro de mí. Olas de placer pulsaban desde mi núcleo, haciendo que cada músculo se convulsionara y se liberara al mismo tiempo.

Mi sexo temblaba alrededor de su miembro, y podía sentirlo acercándose, podía sentir sus músculos tensándose con contención. Sus embestidas se ralentizaron, pero la presión solo se intensificó, prolongando mi éxtasis, hasta que con una última y tensa embestida, se corrió profundamente dentro de mí.

Mis párpados aletearon ante la decadente presión y profundidad mientras su cálida semilla se derramaba dentro de mí, ante el sonido de sus gemidos delirantes y satisfechos atrapados en la curva de mi cuello.

Soltando mis manos, dejó que su peso se asentara sobre mí, apoyando su rostro entre mis pechos mientras su miembro se deslizaba fuera de mí. Mis manos, ahora libres, vagaron por su cuerpo, acariciando su espalda y enredándose en su espeso cabello negro.

Durante mucho tiempo, ninguno de los dos dijo nada mientras permanecíamos así. No hacía falta decir nada. Simplemente nos abrazamos, saboreando el calor y el confort de nuestros cuerpos.

Había esperado que ceder a este antojo acallara los otros, los más oscuros y peligrosos que me asustaban por el control que gradualmente estaban ganando. Pero no fue así. Seguían allí, observándome desde las sombras.

Jackson estaba preocupado por hacerme daño, y sin embargo, estaba convencida de que era yo a quien él debería temer.

Capítulo 30
Heath

La llamada llegó justo cuando estaba entrando en el aparcamiento de mi apartamento, listo para derrumbarme por la noche.

Casi no contesté, pero el entrenamiento y la paranoia me mantuvieron alerta. Siempre contestar. Siempre.

—Rhodes —dije al teléfono.

Una voz de mujer, vacilante pero decidida, respondió. —¿Detective? Nos conocimos el otro día, en el Bistró Italiano de Tito. Estaba haciendo preguntas sobre un cliente habitual, Jack Reed. Me dijo que le llamara si lo veía de nuevo.

Me enderecé. —¿Ha vuelto al restaurante?

—No, no allí, me lo encontré en otro sitio —precipitó las palabras—. En Little Caesars, cerca del centro comercial. Recogió un pedido de pizza y se marchó con prisa. Parecía... sudoroso, como si estuviera nervioso por estar allí.

Me tragué una maldición.

—Ha hecho bien en llamar —dije, mientras ya metía la marcha—. Gracias.

Terminé la llamada y cambié a la red Hunter. En cuestión de segundos, estaba moviéndome sigilosamente por la base de datos restringida, accediendo a las cámaras de la calle de la zona como si tirara de hilos de pesca. Era arriesgado usar mi autorización tan abiertamente, pero no era momento de ser cauteloso.

Ahí. Rebobiné la grabación. Jackson Lupinno, tan claro como el día, saliendo de Little Caesars con una caja naranja plana en la mano.

Lo seguí de cámara en cámara, observándolo mientras caminaba por las aceras con la cabeza agachada y los hombros tensos.

Se me encogió el estómago. No estaba simplemente recogiendo una pizza. Le estaba llevando comida a alguien.

A ella.

Las cámaras lo siguieron a través de varias intersecciones antes de perderlo cerca de la zona industrial. Dobló la esquina y desapareció en el aparcamiento del complejo de almacenes. Ahí es donde se perdió el rastro. No había cámaras públicas allí, y no podía acceder a las privadas, no desde aquí.

Pero era suficiente. Sabía hacia dónde se dirigía.

Conduje rápido, serpenteando entre el menguante tráfico hasta que la ciudad quedó atrás. Los almacenes se alzaban adelante, sombras contra el pálido resplandor de la luna. Manzana tras manzana de acero corrugado oxidado, vallas rotas, chimeneas abandonadas... todas las cicatrices de industrias hace tiempo muertas.

El lugar perfecto para esconder algo. O a alguien.

Apagué los faros a dos manzanas y entré silenciosamente, aparcando en un bordillo. Haría el resto de la búsqueda a pie. Cada nervio estaba encendido, cada sentido alerta mientras salía del coche y cerraba la puerta con suavidad. Kiera podría estar aquí. Kiera *tenía* que estar aquí.

El primer almacén se alzaba en la esquina del terreno. Su candado estaba completamente oxidado. El polvo cubría las manijas, sin perturbaciones. Comprobé dos veces y seguí adelante.

El segundo estaba igual de vacío, con palomas dispersándose mientras rodeaba el perímetro.

En el tercero, encontré unas marcas de neumáticos levemente impresas en la tierra. Recientes. Mi pulso se aceleró. Tiré de la puerta lateral. Se abrió con un gemido hacia la oscuridad. Un barrido con la linterna reveló hormigón agrietado, un nido de palés rotos y nada más.

—Maldita sea —murmuré, cerrando la puerta de golpe.

El cuarto olía a moho y agua estancada, con el goteo constante de alguna fuga antigua resonando como una burla. Sin huellas. Sin voces. Solo podredumbre.

Apreté los dientes y continué.

El quinto estaba más limpio, con señales de entrada reciente: una cadena sin candado, una puerta cerrada pero sin pestillo. Entré, con cada músculo en tensión y el arma lista. Pero solo era un taller mecánico, desmantelado y vacío, con manchas de aceite incrustadas en el hormigón como viejas heridas.

Cuando llegué al sexto, la frustración me carcomía. Cada edificio se confundía con el siguiente: puertas oxidadas, ventanas rotas, silencio. Siempre silencio.

El séptimo tenía claraboyas rotas que filtraban la pálida luz de la luna en ángulos fracturados. Por un segundo, creí oír algo. Un roce. Un susurro. Mi corazón dio un vuelco, pero cuando trepé al interior, solo era el viento agitando chapas sueltas.

Maldije en voz baja, el sonido demasiado fuerte en aquel vacío cavernoso.

Se suponía que era aquí. Esta era la pista. Si la perdía ahora —si la perdía a *ella* ahora— entonces, ¿de qué demonios servían todo mi entrenamiento, mis órdenes, mis juramentos?

El rostro de Kiera destelló en mi mente: hermosa, feroz, demasiado buena para el lío en el que se había metido. Me había prometido a mí mismo que no se convertiría en una víctima. No podía permitirlo. Ella significaba demasiado para mí. Y ya no me importaba intentar negarlo.

Para cuando llegué al octavo almacén, los bordes de la desesperación comenzaron a acecharme. Me dolían los hombros y la mandíbula me palpitaba de tanto apretarla. Cada edificio vacío era otro clavo de fracaso clavado en mis costillas.

Examiné los exteriores, comprobé cerraduras, sacudí puertas, incluso trepé por una ventana rota, solo para encontrar ratas dispersándose

por el suelo. Cada vez salía más convencido de que estaba persiguiendo fantasmas.

Pero los fantasmas no piden pizza.

El pensamiento me hizo apretar más los dientes. Él estaba aquí. Tenía que estar aquí. Jackson no se arriesgaría a ser visto en público a menos que estuviera seguro de poder desaparecer de nuevo.

Lo que significaba que tenía un escondite cerca.

Volví sobre mis pasos, ampliando mi barrido, atravesando los solares en ruinas y los parches de maleza crecida entre los edificios. Mi linterna proyectaba estrechos haces de luz sobre el suelo, persiguiendo sombras que parecían burlarse de mí.

Nada. Nada. Nada.

Me detuve en medio del solar, con el pecho agitado. Por un segundo, el silencio me presionó tan intensamente que pensé en gritar solo para romperlo.

Entonces lo escuché.

Débil. Amortiguado. Pero ahí estaba.

Una voz. La voz de una mujer.

Me quedé inmóvil, forzando mis sentidos para centrarme en el sonido.

—Kiera —suspiré, apenas en un susurro.

La adrenalina me golpeó como una descarga eléctrica. Me moví, rápido pero silencioso, dirigiéndome hacia la fuente. Me condujo hacia el último almacén, el más alejado de la carretera y más limpio que los otros. Lo rodeé, con el corazón martilleando, hasta que encontré la puerta lateral. Sin candado ni teclado, solo un simple cerrojo incorporado en la puerta.

Bingo.

Me agaché, saqué mis ganzúas y me puse a trabajar. Los tambores cedieron en segundos. Mis dedos eran firmes y hábiles, pero por dentro era un volcán rugiente a punto de estallar.

La puerta gimió mientras la abría lentamente. La oscuridad me devoró por completo. Mi mano se deslizó hasta mi pistola, sacándola con suavidad, instintivamente. Todos mis sentidos se agudizaron al máximo.

Kiera estaba ahí dentro. Lo sabía en lo más profundo de mi ser. Y Jackson Lupinno iba a morir por ello.

Capítulo 31
Kiera

Las voces en mi cabeza eran más fuertes que nunca, las fantasías de pesadilla más vívidas, y los impulsos me hacían sentir como si estuviera a punto de desmoronarme. Me acurruqué aún más, hundiendo mi cabeza en el hueco del cuello de Jackson mientras yacíamos desnudos sobre el colchón.

—Tengo miedo, Jackson —confesé con voz pequeña.

Apretó su brazo alrededor de mi espalda y besó mi frente. —Lo sé. Pero estaré aquí contigo. Y antes de que te des cuenta, esto será un recuerdo lejano que recordarás con confianza y fortaleza.

Asentí, aunque no podía imaginar esa última parte. ¿Cómo podría esta manía volverse más fácil de manejar? ¿Cómo podría aceptar alguna vez ser un monstruo?

Pero entonces, iba a convertirme en lo mismo que era Jackson, y él no era un monstruo. Era compasivo y leal, y más inteligente y astuto de lo que originalmente le había dado crédito. Y si él podía ser así siendo un sabueso, tal vez yo también podría serlo. Quizás esto realmente se volvería más fácil, y podría seguir siendo yo misma.

Jackson cogió su teléfono y tocó la pantalla para mostrar la hora. Las seis y cuarto. Se me encogió el estómago.

—Ya casi es la hora —dijo suavemente, aunque podía sentir su reticencia ante el hecho.

Asentí con triste conformidad y me senté, alcanzando mis pantalones y camiseta.

—Eh, ¿sabes que vas a destrozarlos, verdad? —dijo en tono suave.

Me detuve, sosteniendo la parte superior de mis pantalones frente a mis pies listos. No había pensado en eso, y ahora que lo hacía, mi

tristeza solo se volvió más pesada.

De todos modos metí las piernas en ellos. —Puede ser, pero estar sentada desnuda en una jaula es pedirle demasiado a mi dignidad fragmentada. Quiero aferrarme a lo último de mi humanidad hasta que me convierta en un completo animal salvaje.

—Lo entiendo —dijo, poniéndose de pie y metiéndose en sus vaqueros—. Por mucho que disfrute viendo tu precioso cuerpo al descubierto, no poder tocarte sería una nueva forma de tortura.

Dejé que mi pelo cayera sobre mi hombro para ocultar mi rostro mientras mi amplia sonrisa arrugaba mis ardientes mejillas. Mariposas bailaron en mi estómago al recordar lo que habíamos hecho. Cuando esta noche terminara, esperaba poder hacerlo de nuevo.

Si es que seguía siendo yo.

Me puse la camiseta por la cabeza, luego alcancé mis botas, pero me detuve. Estas eran mis botas de vaquero favoritas, hechas a mano y regaladas por uno de mis clientes preferidos: Anthony Tate, el hombre con quien había pasado el último año y medio conociéndole mientras preparábamos su juicio por asesinato. Mi ropa era reemplazable, pero me rompería el corazón destruir esas botas. Y de todos modos prefería estar descalza.

Me levanté y cogí las botas, llevándolas con cuidado al otro lado del almacén y colocándolas junto a la nevera, a una distancia suficientemente segura para que, con suerte, sobrevivirían a lo que fuera a pasar en las próximas doce horas.

Jackson me observaba con curiosidad desde donde esperaba junto a la jaula, manteniendo la puerta abierta, pero no dijo nada. Apreciaba eso de él. No indagaba.

Qué irónico que pasara de salir con un hombre cuya ira, manipulación y necesidad de control me había mantenido atrapada en una jaula mental durante años, a un hombre que me metía en una jaula literal solo porque tenía que hacerlo. La metáfora era divertida porque estos dos hombres no podían ser más diferentes.

Ed había sido un completo imbécil, aprovechando cada oportunidad para humillarme y maltratarme. En su mente, nunca se equivocaba, nunca tenía la culpa, y todo lo malo que sucedía era problema de otra persona. Especialmente mío.

Jackson no se parecía en nada a él. Era compasivo y asumía sus responsabilidades con humildad y determinación para corregir sus errores. Mientras que Ed sentía gran satisfacción al atraparme, Jackson no encontraba ningún placer en ponerme en esta jaula.

El cemento estaba frío bajo mis pies descalzos mientras caminaba lentamente por el espacio hacia él. Me detuve y me quedé frente a él junto a la puerta abierta.

—¿Estás lista? —preguntó, dándome esa mirada triste de cachorro.

—No realmente —dije con una risa ahogada.

Apretó los labios y ofreció un asentimiento arrepentido. —Pronto terminará. Y estaré aquí contigo.

Asentí, luego tomé una respiración profunda y entré en la jaula. Manteniendo su mirada con ojos marrones conflictivos, cerró la puerta, luego apoyó su cabeza contra el metal frío mientras sus manos se aferraban a los barrotes.

—Lo siento mucho por todo esto, Kiera —dijo.

Puse mi mano sobre una de las suyas y apoyé mi frente contra la suya. —Lo sé. Pero no fue tu culpa, y pase lo que pase, quiero que sepas que no te culpo de nada.

No respondió, y simplemente nos quedamos así por un momento silencioso y significativo. Había muchas cosas que odiaba de esta situación, pero conocer a este misterioso y hermoso hombre no era una de ellas.

—¡Quieto, cabrón!

Y justo así, el momento se hizo añicos como la superficie congelada de un lago, abriéndose y arrastrándonos hacia abajo.

Con los ojos bien abiertos y apenas respirando, miré por encima del hombro de Jackson. Heath estaba al otro lado del almacén, encorvado y apuntando una pistola directamente a Jackson. Un

centenar de preguntas giraban en mi mente, pero estaba demasiado conmocionada y asustada para abordar cualquiera de ellas.

—¡Aléjate de la jaula! —ordenó Heath.

Jackson me miró a los ojos, prometiéndome que haría lo que fuera necesario para protegerme. No podía permitir que hiciera eso.

—Heath, no dispares —exclamé, saliendo de detrás de Jackson para que Heath pudiera verme.

—He dicho que te alejes de la jaula —repitió Heath, ignorándome.

Apretando la mandíbula, Jackson soltó los barrotes y levantó las manos mientras retrocedía tres pasos lentos.

—Túmbate en el suelo —ordenó Heath.

Con lentitud calculada, Jackson se arrodilló y luego presionó su cuerpo contra el suelo.

Con el arma preparada y lista, Heath cruzó el espacio a grandes zancadas.

—Heath, detente —dije con la voz más firme que pude conseguir—. Él no ha hecho nada.

—Es un delincuente buscado y te ha secuestrado —dijo Heath sin apartar la mirada de la figura boca abajo de Jackson mientras se arrodillaba a su lado.

Alcanzó las esposas con una mano—. Las manos a la espalda.

Jackson levantó los brazos en señal de obediencia, pero luego, con una velocidad inhumana, se impulsó desde el suelo y se abalanzó sobre Heath, haciendo que la pistola se deslizara por el cemento.

Rodaron y gruñeron mientras luchaban por dominar, pero Jackson era mucho más fuerte. Con lo que yo sabía sobre Jackson, Heath no tenía ninguna posibilidad, y no podía soportar la idea de que resultara herido, de que cualquiera de los dos resultara herido.

Pero lo único que podía hacer era quedarme ahí de pie, gritando y sacudiendo los barrotes de mi celda mientras veía a dos de los hombres que más me importaban darse una paliza. Heath golpeó con el puño las costillas de Jackson con fuerza suficiente para

romperlas, pero Jackson no se ralentizó ni reaccionó al dolor en absoluto, simplemente siguió golpeando la cabeza de Heath.

¡Joder, iban a matarse el uno al otro! ¿Qué iba a hacer?

Miré frenéticamente a mi alrededor buscando algo, cualquier cosa que pudiera usar para detener esta devastación. Mis ojos inquietos se posaron en el candado en el suelo al otro lado de la celda. Jackson no había cerrado la jaula.

Abrí las puertas de golpe y corrí hacia ellos.

—¡Parad! —grité por encima de sus cuerpos peleando—. ¡Los dos, deteneos, por favor!

Pero Jackson asestó un golpe a la cara de Heath, rompiéndole la nariz con un chasquido audible y haciendo que la sangre corriera por ambos lados de su boca.

—¡No! —agarré el hombro de Jackson y tiré de él hacia atrás.

Sorprendentemente, lo aparté de Heath, enviándolo de espaldas a un par de metros de distancia. Me quedé mirándolos con la boca abierta, mi cuerpo congelado por la impresión ante la inexplicable fuerza que acababa de usar.

La cabeza de Heath se balanceó por el puñetazo durante un par de segundos, luego rodó sobre su vientre y gateó mientras alcanzaba la pistola. La agarró justo cuando Jackson se ponía de pie, girándose sobre su espalda y apuntando el arma a la cabeza de Jackson.

Sin pensarlo, me lancé frente a Jackson, extendiendo mis brazos y piernas para convertirme en un escudo humano.

Heath entrecerró los ojos confundido, manteniendo el arma apuntada hacia ambos mientras se incorporaba. —¿Qué estás haciendo, Kiera?

—Lo que mejor se me da —dije—. Defender a un hombre inocente.

—No es inocente —escupió Heath, mirando con furia a Jackson—. Viste con tus propios ojos cómo se convirtió en un monstruo delante de ti. Luego te secuestró y te metió en esa puta jaula. ¿Cómo puedes defenderlo ahora?

—Solo lo hizo porque tenía que hacerlo —repliqué.

Heath me miró con expresión de asco. —¿Te estás escuchando?

Exhalé lentamente, desesperada por aparentar al menos calma. —Sé cómo suena esto, pero no lo entiendes. ¿Recuerdas que me arañó cuando saltó a través del techo de la cárcel? Eso significa que voy a convertirme en lo que él es. Tenía que traerme aquí para que no hiciera daño a nadie cuando me transformara.

Los hombros de Heath subían y bajaban pesadamente mientras me estudiaba por un momento. —¿Y lo has hecho? ¿Te has transformado?

Una punzada de duda se coló en el cóctel de emociones salvajes que hervían dentro de mí. —No. Todavía no.

Sus facciones continuaron crispándose y tensándose, la indecisión mezclándose con dolor y arrepentimiento mientras miraba mis ojos.

—No estoy aquí contra mi voluntad —le aseguré, extendiendo mis manos frente a mí en un gesto tranquilizador—. No se está cometiendo ningún delito aquí.

Negó con la cabeza, aferrándose con más fuerza a la pistola. —Lo siento, Kiera. No puedo dejarlo ir. Los de su clase necesitan morir. Ahora apártate.

Mi corazón latía dolorosamente en mi pecho. No solo quería arrestar a Jackson; pretendía matarlo. Creía en lo más profundo de su ser que Jackson era realmente un hombre lobo, y lo veía como malvado por ello.

Mi única opción era arriesgarme a una apuesta que no estaba segura de ganar.

—Kiera, simplemente...

—Bien —interrumpí a Jackson, levantando las manos en señal de rendición—. Entonces tendrás que dispararnos a los dos, porque yo también soy de su clase.

Capítulo 32
Heath

Cada fibra de mi ser gritaba en súplica desafiante mientras amartillaba mi pistola y apuntaba a la mujer que tenía mi corazón en un puño.

Había dedicado mi vida a defender a la humanidad contra las fuerzas sobrenaturales que buscaban destruirla. Cazar y matar a cambiaformas y vampiros era mi único propósito. Ahora tenía uno justo frente a mí, y sin embargo, dudaba en apretar el gatillo.

—Dijiste que aún no te has transformado —exclamé—. Puede que nunca lo hagas.

Quería creer eso. Necesitaba creerlo. Y mi paranómetro no daba ninguna evidencia de lo contrario. Pero ¿habría detectado algo si ella aún no se hubiera transformado por primera vez?

—Todavía no, pero sé que está por llegar —confesó—. Todo dentro de mí es caótico y furioso. Incluso ahora, apenas mantengo el control. Tengo miedo de que, en cualquier momento, voy a quebrarme.

Su voz se ahogó, y su labio inferior comenzó a temblar. Se veía tan asustada y vulnerable, que me destrozaba por dentro. Realmente creía que iba a transformarse.

¿Lo haría? ¿Me vería obligado a matarla?

La voz paternal de mi mentor gritaba en mi cabeza: *"Dispara. No son más que bestias salvajes que preferirían hacerte pedazos antes que mostrarte una pizca de piedad".*

El tiempo se ralentizó mientras nos mirábamos fijamente, como si el destino del mundo pendiera de esta única decisión crucial. En sus ojos había una súplica de comprensión, de compasión, pero también aceptación de que podría estar a punto de morir.

Deseaba que se transformara, que perdiera el control y me atacara para no tener más opción que defenderme. Deseaba haber seguido mi instinto y haberme mantenido alejado de ella para no haber llegado a quererla.

Deseaba no haber venido nunca a este pueblo.

Pero el destino tenía otros planes para mí, manejando hilos contra los que, al final, estaba indefenso.

Bajé mi arma, con el rostro contraído y los hombros caídos por la amarga decepción. No podía hacerlo. No podía matarla. Incluso si estallaba en su forma de lobo y se abalanzaba sobre mí, preferiría sacrificarme antes que acabar con ella.

Era un fracaso.

Pero eso no significaba que le fallaría a *ella*.

—¿Qué necesitas de mí? —pregunté con un tono monótono y derrotado.

Lentamente bajó los brazos, y la sonrisa de gratitud con la que me obsequió agrietó aún más mi corazón fracturado.

—Gracias —dijo con voz constreñida y temblorosa.

Enfundé mi pistola y caminé hacia ellos, sin rumbo y esperando instrucciones sobre lo que podía hacer para ayudarla a superar esto. No sabía qué iba a hacer si ella se transformaba. No sabía qué iba a hacer cuando saliera el sol, o qué le diría a mi mentor o a mi sargento sobre Jackson.

Lo único que tenía claro era que Kiera me necesitaba. A pesar de todos mis esfuerzos, ella se había convertido en mi prioridad. Afrontaría con orgullo cualquier consecuencia de esta elección.

Me detuve frente a ellos, y Kiera dio un paso adelante y me abrazó. Me sentía como un traidor a todo lo que conocía, pero la sensación de su delicado cuerpo entre mis brazos casi bastaba para neutralizar el veneno de la traición que se extendía por mi torso.

Jackson Lupinno me miró con el ceño fruncido detrás de Kiera, la desconfianza prácticamente como un cartel de neón en su rostro. Tenía razón en no confiar en mí. No le haría daño a Kiera, pero con

gusto pondría una bala de plata entre sus ojos al primer indicio de oposición. *Él* era el monstruo que le había hecho esto. Ella era inocente, y él la había puesto en esta horrible situación. Solo lo dejaba vivir porque ella lo necesitaba ahora más que a mí.

De repente, sus ojos se desviaron por encima de mi hombro, y su mirada furiosa se transformó en miedo cuando una puerta se cerró de golpe a lo lejos detrás de mí.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —dijo una voz masculina mientras unos pasos resonaban en el cemento.

Soltando a Kiera, me di la vuelta, con el instinto preparándome para la amenaza desconocida.

Cuatro hombres hispanos habían entrado por la puerta trasera que yo había usado y avanzaban con paso tranquilo hacia el amplio espacio al otro lado del almacén. El hombre que lideraba el grupo vestía elegantemente de negro, pero sus lacayos llevaban uniformes de camuflaje adornados con chalecos Kevlar, con AK-47 sujetas y sostenidas con aparente despreocupación en sus manos.

—No me dijiste que tendrías visitas —dijo el hombre de negro, examinándome de arriba abajo.

Jackson se acercó con paso despreocupado, encogiéndose de hombros con aire indiferente con las manos en los bolsillos delanteros y mostrando una expresión aburrida como si no estuviera tan alerta ante nuestros invitados como yo. —Es solo un yonqui gilipollas que me pidió algo de droga. No va a ser un problema.

No me gustó la mentira que se inventó, y dudaba mucho que funcionara.

El hombre emitió un sonido pensativo y miró sus zapatos pulidos. —Sabes, Jackson. Tenía grandes esperanzas puestas en ti, y en tu nuevo vástago. —Miró a Kiera, y la forma evaluadora con que la observó me hizo hervir la sangre—. No esperaba que fueras un soplón.

Jackson se cruzó de brazos y miró con furia al recién llegado. —No soy ningún soplón —gruñó.

El hombre ladeó la cabeza burlonamente. —¿Estás seguro? Porque sé a ciencia cierta que este hombre es el detective Heath Rhodes, el agente que habló contigo en la cárcel.

La cara de Jackson permaneció como una máscara en blanco pero hostil, sin mostrar reacción alguna a la acusación.

—¿No pensarías que no te estaría vigilando durante tu pequeña sesión de tutoría? —preguntó el hombre, señalando varios puntos del techo. Luego soltó una risita y se mordió el labio mientras miraba a Kiera—. Realmente disfruté tu actuación de antes, mija.

Su comentario fue como una bofetada que me hizo mirar a Kiera, y el vergonzoso rubor que coloreó su rostro fue un puñetazo en el estómago. ¿Ella y Jackson...?

—He estado considerando probar yo mismo —ronroneó el hombre.

—¡Ni se te ocurra tocarla! —ladró Jackson, abandonando su calma mientras colocaba a Kiera protectoramente detrás de él—. Sí, este hombre *es* ese detective. Pero yo no lo traje aquí. No sé cómo, pero me encontró, y estaba intentando planear cómo eliminarlo antes de que vosotros aparecierais.

El hombre juntó las manos detrás de la espalda e hizo un sonido de desaprobación. —Jackson, no he llegado a donde estoy siendo ingenuo. El mismo hombre que te ofreció un trato para delatar a los federales está aquí, en *mi* almacén, ¿y me dices que no estás trabajando para él?

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo. Yo no delato. —Extendió una mano hacia mí—. Por favor, mátalo. Está jodiendo toda mi operación aquí con mi vástago de todos modos.

Le lancé una mirada asesina. Maldito bastardo. Debería haberle disparado cuando tuve la oportunidad.

El hombre soltó una risa profunda y gutural que carecía de diversión. —Ah, voy a echar de menos tu sentido del humor. —Se dio la vuelta y caminó pasando junto a su séquito hacia la puerta trasera—. Matadlos.

Los tres hombres militantes alzaron sus armas, y como si fuéramos una sola mente, Jackson y yo nos lanzamos sobre Kiera, agachándola contra el suelo para protegerla del ataque. Ella dejó escapar un grito penetrante debajo de nosotros mientras los disparos sonaban en una ensordecedora sinfonía de fuego, y todo lo que pude hacer fue sujetarla con más fuerza, apretarme más cerca del traicionero sabueso, y esperar que ella de alguna manera sobreviviera a lo que yo seguramente no lo haría.

Después de un momento de disparos incesantes y los sonidos de las balas golpeando los barrotes de la jaula, la pared y el suelo a nuestro alrededor, todo se detuvo de repente.

Al principio, no me atreví a moverme, ni siquiera a abrir mis párpados fuertemente apretados. No había sentido ni un solo disparo ni ningún tipo de impacto. ¿Eran tan horriblemente malos tiradores? ¿Realmente nos habían errado por completo con su disparo salvaje y despiadado?

Finalmente, levanté la cabeza para mirar por encima de mi hombro, y Jackson hizo lo mismo.

—Joder —respiramos al unísono.

Flotando en el aire a dos pies de distancia de nosotros había una cortina de balas de aproximadamente cuatro pies cuadrados de ancho, levitando como si estuviera sostenida en su lugar por una gelatina invisible.

Los tiradores estaban contemplando el fenómeno con tanto asombro y confusión como Jackson y yo.

Kiera levantó la mirada, y las balas cayeron, lloviendo para rebotar impotentes contra el suelo.

Se puso en pie, y yo extendí el brazo para hacerla agacharse de nuevo, pero lo que vi en su rostro me dejó completamente paralizado.

Sus ojos eran completamente negros, incluso las partes blancas, y la piel alrededor tenía un tinte gris cenizo, con lo que parecían pequeñas venas negras que se extendían hacia las cejas, las sienes

y la parte superior de sus mejillas. Parecía demoníaca y absolutamente aterradora.

Con la mirada fija en nuestros agresores, sus labios se extendieron lentamente en una sonrisa perversa y traviesa. Los hombres se estremecieron, intercambiando miradas asustadas entre ellos. Dio un paso hacia ellos y, con extremidades temblorosas, volvieron a apuntar sus armas hacia nosotros.

Por instinto, salté tras ella cuando las balas comenzaron a volar hacia nosotros, pero igual que antes, cada bala destinada a nosotros se detenía a unos metros delante de Kiera, incluso mientras ella seguía avanzando. Eso solo hizo que los hombres dispararan más desesperadamente.

A mitad de camino a través del almacén, Kiera se detuvo, echó la cabeza hacia atrás y soltó un grito sobrenatural y ensordecedor que hizo que mi cerebro vibrara dentro de mi cráneo. Me presioné las manos contra los oídos con la esperanza de bloquear aquel sonido paralizante, esforzándome por mirar mientras mi visión vibraba.

Lo que vi a continuación hizo que toda la sangre desapareciera de mi rostro.

Los cuerpos de los hombres armados se pusieron rígidos y rectos, elevándose en el aire. Zarcillos de luz y sombra se alzaron desde sus pechos y se arquearon a través de la habitación, canalizándose y absorbiéndose en el pecho de Kiera en un increíble espectáculo de luces.

Los resplandecientes jirones fluyeron hacia Kiera hasta que se apagaron. Entonces su grito se detuvo. Los cuerpos flotantes cayeron y se desplomaron en el suelo, y Kiera también.

Mis oídos seguían zumbando mientras Jackson y yo nos arrastrábamos por el suelo hacia ella. Estaba inconsciente, con la piel alrededor de sus ojos de nuevo en su color normal. Con vacilación, Jackson alcanzó su rostro, levantando suavemente uno de sus párpados. Blanco otra vez.

Presioné mis dedos índice y corazón contra el lado de su cuello. Su pulso era débil, pero estaba ahí. ¡Gracias a Dios que no estaba

muerta!

Pero ¿qué demonios *era* ella?

Miré a Jackson, y parecía tan desconcertado como yo me sentía.

—Eso no era cosa de sabuesos, ¿verdad? —pregunté.

Su ceja se crispó ante mi uso de la palabra "sabueso", y me di cuenta demasiado tarde de que debería haber dicho "hombre lobo" en su lugar. Pero no hizo comentarios al respecto.

Simplemente negó con la cabeza. —No. No sé qué coño ha sido eso. —Miró hacia los tres cadáveres en el suelo—. Pero no podemos quedarnos aquí. Tenemos que sacar a Kiera de aquí antes de que Pablo regrese.

Por mucho que odiara la idea de cooperar con Jackson en cualquier cosa, estaba de acuerdo con él, y necesitaba su ayuda para sacarla de aquí.

—Mi coche está al final de la calle —dije—. Yo la llevaré.

Pero antes de que pudiera hacerlo, él la tomó en sus brazos y la levantó, lanzándome una mirada que decía: "ni hablar".

Resoplé con irritación. En su favor, era un sabueso, y *era* más rápido y fuerte que yo. Realmente él era la mejor opción para sacar a Kiera a salvo. *Vale*.

Abrí la puerta principal y examiné el perímetro. No había vehículos en el aparcamiento, y la luz del farol no revelaba ninguna figura acechando. De todos modos, saqué mi arma y lideré la salida del almacén.

Tan rápida y silenciosamente como pudimos, huimos del complejo de almacenes, con cuidado de mirar alrededor de las esquinas antes de correr de un edificio a otro. Finalmente, llegamos a mi coche sin incidentes, y me deslicé tras el volante mientras Jackson subía a Kiera al asiento trasero.

Mientras él la acomodaba y se instalaba, saqué clandestinamente el paranómetro de mi bolsillo y lo miré. La única aguja que no se agitaba salvajemente al extremo del espectro era la del detector de vampiros.

Tragué saliva y guardé el dispositivo de nuevo. ¿En qué demonios me había metido?

Capítulo 33
Cole

La consciencia regresó como una marea desagradable: fría, áspera y arrastrando todo lo que no quería sentir.

Un techo que alguna vez fue blanco apareció ante mi vista con un sarpullido de manchas de humedad. El aire sabía a lejía y óxido. Mi lengua parecía cuero viejo, la cabeza me palpitaba al compás del latido de una vena en mi cuello, y debajo de todo ello estaba ese mismo vacío frío donde debería haber algo vital.

Me incorporé demasiado rápido y la habitación se tambaleó. Catre estrecho. Retrete de acero inoxidable atornillado a la pared. Barrotes. Conocía estas celdas; había corrido junto a ellas cuando me zafé de las correas de la camilla e intenté escapar, justo antes de que esa monstruosa criatura alada del infierno me atacara.

Ya no estaba desnudo. Alguien me había vestido con una camisa negra lisa y pantalones hechos con el tipo de tela diseñada para sobrevivir a una hidrolavadora. Me quedaban holgados. Alcé la mano para frotarme el cuello y mis dedos chocaron con metal frío.

Un collar. Grueso, pesado, lo suficientemente ajustado como para sentir los latidos de mi pulso contra él.

La sensación de anomalía se hundió en mis huesos. El instinto me hizo buscar en mi interior el fuego que siempre había estado ahí —mi derecho de nacimiento, mi esencia, mi nombre— solo para chocar contra una puerta cerrada. Nada respondió. Ni una brasa. Ni calor. Solo un silencio tan absoluto que parecía estar de luto en una iglesia vacía después de que todos se hubieran marchado.

Tragué saliva contra la náusea. —Vamos —susurré al dragón que debería estar en mi sangre—. Dame algo.

Nada.

Una risa se deslizó por el pasillo. Suave. Encantada. Familiar.

Enrique apareció al otro lado de los barrotes, impecable y pulcro con un traje color crema que no pertenecía a un lugar que olía a violencia recién fregada. Aquel hombre llevaba la riqueza como un perfume, y la crueldad como un reloj heredado. Se detuvo frente a mi celda, sonriendo como si hubiera venido a comprobar una inversión favorita.

—Señor Dracul —dijo, saboreando el apellido en la punta de la lengua—. ¿Cómo se encuentra mi invitado?

Me puse de pie y me acerqué a los barrotes, con el collar de repente más pesado que todo mi cuerpo. —¿Qué demonios es esto? —pregunté con voz áspera. Incliné la barbilla hacia el aro de metal—. Y no me digas que es joyería.

—Ah. —Su sonrisa se ensanchó, todo amable anfitrión—. Eso es lo que llamamos una salvaguarda. Estabas muy animado antes... tan animado que mis hombres tuvieron que... ¿cómo se dice...? —Hizo girar la mano, buscando la palabra en inglés—. Tranquilizarte. Sí. Este collar hace que futuros malentendidos sean menos probables.

—Salvaguarda —repetí, probando el filo de la palabra con la hoja de mi temperamento—. ¿Qué hace?

—Suministra una microdosis constante de supresor de transformación en tu torrente sanguíneo. —Se dio unos golpecitos en el lateral de su propio cuello donde el metal descansaba contra el mío—. Pequeñas agujas bajo el borde. Tú no lo sientes, pero él te siente a ti. Si tu ritmo cardíaco aumenta... más dosis. Si tu temperatura sube... más dosis. Si siquiera piensas en llamar a tu fuego... —Chasqueó los dedos suavemente—. Bueno, ya entiendes.

Me permití mirarlo a los ojos. Había personas a las que había que explicarles con quién trataban; Enrique no era una de ellas. Él lo sabía perfectamente. Desafortunadamente, yo no.

—Te das cuenta de que podrías simplemente matarme —dije—. Sería más fácil.

—Más fácil —concedió, balanceándose sobre sus talones—. Pero no tan rentable. Y ciertamente no tan entretenido.

El dragón en mí intentó arañar con sus garras el interior de mis costillas. El collar respondió con un pulso leve y nauseabundo, como una mano fría aplanándose sobre mi corazón. Reprimí la reacción y obligué a mi rostro a ser un muro.

—¿Por qué sigo vivo? —pregunté—. ¿Vas a abrirme para vender mis órganos? ¿Vender mis escamas a los turistas?

Enrique se rio, con los ojos brillantes como si hubiera contado un chiste encantador. —No eres una mercancía que deba desperdiciarse, Señor Dracul. Eres una oportunidad.

Dejó que la palabra flotara en el silencio, y casi podía sentir cómo las respiraciones de los que estaban enjaulados a mi alrededor se detenían para escuchar.

—¿Una oportunidad para quién? —pregunté, aunque supe la respuesta en el momento en que lo dije.

—Para mi familia —dijo suavemente, casi con ternura—. Para mi hija.

El recuerdo destelló tras mis ojos: su mirada persistente, cómo la habitación se había inclinado con la porra eléctrica, la suavidad de la voz de Enrique diciendo la palabra prometido como si me estuviera ofreciendo champán.

Sentí que mi mandíbula se tensaba. —Es una cría.

Él se encogió de hombros, aparentemente paciente. —Es joven. Pero no es una niña. —Su mirada se agudizó—. Me malinterpreta, señor Dracul. No soy un proxeneta. Soy un padre. Ella me suplicó que le permitiera tenerte. Está... ¿cómo se dice?... encaprichada.

Mi estómago se retorció. Encaprichada como un gato con un ratón.

—¿Y si no estoy interesado? —pregunté.

Extendió las manos, magnánimo. —Entonces serás vendido en una subasta. Hay compradores que pagarían por un Dracul incluso sin su llama. Con el tiempo, los efectos del collar podrían ser... ajustados.

Les gustarás por tu sangre, para experimentos. —Suavizó el golpe con una sonrisa—. O por compañía.

El hormigón pareció inclinarse bajo mis pies, no por la amenaza de laboratorios o cadenas, sino porque en otra vida, mi padre habría estado aquí en este pasillo conmigo, y me habría dicho que la única opción era la guerra. Pero la guerra necesitaba fuego. La guerra necesitaba alas. Y yo no tenía ninguna de las dos cosas.

Enrique juntó las manos detrás de la espalda y se inclinó, como si fuéramos conspiradores. —No deseo venderte. Es engorroso. Atrae miradas indeseadas. Mi hija tiene mucho carácter. Quiere lo que quiere. —Se encogió de hombros, casi avergonzado—. La quiero. Si eres muy bueno, si obedeces, algún día podrías ser su marido. Imagina: sin subasta. Sin laboratorio. Una familia. —Su sonrisa se volvió más delgada, honesta—. Con correa.

El odio ardió tan fuerte y rápido en mi estómago que por un segundo lo confundí con calor —calor real, el primer destello de llama. No lo era. Era dolor disfrazado de furia.

Pensé en Kiera. La primera bocanada de aire limpio que había tomado en meses había sido en su cocina. La primera risa que no se sentía prestada. El primer ancla en una vida por la que había pasado como un fantasma.

Cerré los ojos, y durante tres latidos me permití estar allí —me permití ser el hombre en el que me había convertido cuando seguí su risa por el pasillo. Y luego abrí los ojos y miré a Enrique, y fui lo que necesitaba ser: un hombre que podía mentir sin parpadear.

—¿Qué me compra la obediencia? —pregunté—. Ahórrame la poesía. Dime las condiciones.

—Muy bien —dijo, encantado—. Nos entendemos.

Comenzó a enumerar con los dedos. —Una suite privada en lugar de una celda, cuando decida que te la has ganado. Acceso a un patio para ejercitarte. Mejor comida. Una cama. Algo de ropa que no sea... —hizo un gesto de desdén educado hacia la vestimenta negra de prisión—... esto. Y cuando mi hija lo desee, la acompañarás.

Públicamente, con el tiempo. —Me dirigió una mirada significativa—. Un prometido debe ser visto.

—¿Y a cambio? —dije, aunque no necesitaba la sugerencia.

—Obedecerás. Vendrás cuando se te llame. No intentarás quitarte el collar. No tratarás de escapar. No provocarás a mis hombres. —Su voz seguía siendo ligera, pero una amenaza se movía tras sus ojos —. Interpretarás el papel que te asigne. La alternativa es una jaula, un barco y una habitación con desagües en el suelo.

Dejé que el silencio se extendiera. Mi corazón intentó acelerarse, pero el collar lo empujó de nuevo a un trote manejable. Me sentí de repente agudamente mortal. El tipo de mortal que no podía quemar una puerta o romper una cadena con el calor expandiéndose en sus huesos. Un humano con un apellido que no le ayudaba aquí.

Imaginé un mapa. Puertas. Guardias. Horarios. Cámaras. Imaginé el patio que me había mostrado como un premio y calculé cuántos segundos le tomaría a un hombre cruzarlo a toda velocidad. Imaginé a la hija —lo que quería, lo que esperaba, lo que nunca vería venir de un hombre que podía hacer que su rostro pareciera inofensivo.

Y sobre todo ello, imaginé a Kiera. Sus manos firmes y ojos brillantes, y la suavidad con la que había dicho mi nombre en la oscuridad, como si lo estuviera aprendiendo de memoria. Mi pecho dolía. No un dolor limpio. Algo irregular.

Levanté la barbilla. —De acuerdo —dije, y la palabra sabía a derrota —. Lo haré.

La sonrisa de Enrique brilló como un cuchillo. —Sabio.

—Pero tengo condiciones —añadí, dejando que oyera tanto mi conformidad como mi firmeza—. Básicas. Una ducha. Comida de verdad. El patio... hoy. Y la chica, su hija, mantendrá las manos quietas hasta que yo diga lo contrario. Si quiere que actúe, no maltrate el instrumento.

Algo satisfecho cruzó su rostro, respeto quizás, o el reconocimiento de una negociación bien manejada. —Por supuesto. Te quiero apuesto del brazo de ella, no... dañado.

Me permití exhalar lentamente, como un hombre que acababa de salvar su pellejo en lugar de uno que lo había vendido. —Entonces tenemos un acuerdo.

—Bien. —Golpeó los barrotes una vez con los nudillos, un sonido que resonó como un mazo—. Enviaré a alguien para llevarte a las duchas. Después, comerás. Pronto, quizás mañana, quizás esta noche, conocerás a mi hija. Te aconsejaría que sonrías.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, algo en mí se rebeló. —Enrique.

Se detuvo y arqueó una ceja.

—Si hago esto —dije, con voz baja y firme—, es porque no me ha dejado otra opción. No confunda obediencia con lealtad.

Sus dientes brillaron, toda calidez desapareció por un instante. —Nunca lo hago. —Luego siguió su camino, tarareando algo ligero y sin melodía mientras sus pasos se desvanecían.

El pasillo se tragó los ecos. Volvía a estar solo con el goteo de una tubería y el denso sabor a productos químicos, y el dolor en mi pecho que nada tenía que ver con el collar.

Me senté en el catre. Puse las manos sobre mis rodillas para que dejaran de temblar. Fijé la mirada en la mancha del techo hasta que se convirtió en la forma de una costa que solo había visto en mapas.

Busqué hacia dentro una vez más, suavemente esta vez, como quien podría despertar a un animal dormido al que amaba. Mi dragón no se movió. El collar mantenía su silenciosa vigilancia.

Bien. Yo también me mantendría callado. Aprendería el ritmo del lugar. Observaría a los guardias hasta conocer sus apodos y sus señales. Contaría llaves, pasos, cámaras. Trazaría cada pasillo con mis ojos y luego con mis pies. Me haría indispensable para una chica que quería una mascota y le mostraría a un hombre que sabía cómo sentarse, obedecer y buscar.

Y entonces, una noche, cuando el cielo fuera indiferente y las alarmas estuvieran aburridas y los guardias contaran los mismos chistes por milésima vez, dejaría de estar callado.

Incliné la cabeza, presionando mis nudillos contra mi frente, y envié la disculpa adonde debía ir, por cualquier hilo que aún me conectara con ella.

Lo siento, Kiera. Voy a llevar una correa. Voy a sonreír cuando un monstruo me lo pida. Voy a llamarlo amor si eso me acerca a la luz del día.

Voy a volver a ti.

Y si no lo hago, entonces esta impronta me matará y me volverá inútil para el segundo matrimonio concertado en el que de algún modo he conseguido quedar atrapado.

Una sombra se movió al final del corredor, seguida por el creciente sonido de pasos y llaves tintineantes. Apareció un guardia con el ceño fruncido de aburrimiento, con una toalla y un montón de ropa doblada sobre un brazo.

—Hora de la ducha, príncipe —dijo, y sonrió burlonamente por su propio chiste.

Me levanté. El collar tiró de mi piel, un recordatorio y una amenaza. Levanté la barbilla e hice que mi rostro pareciera tranquilo y agradable, de la manera en que mi madre me había enseñado a mirar a las personas que querían algo de mí.

—Guía el camino —dije.

Durante el recorrido por el pasillo, las luces fluorescentes zumbaban sobre nuestras cabezas, una de ellas parpadeando con un ritmo que memoricé sin pensar. Izquierda en el cruce. Dos cámaras en el techo, una rota, otra moviéndose perezosamente.

Las llaves del guardia repiqueteaban contra su muslo. Se rascó la nariz con el dorso de la mano —un gesto nervioso. El aire era más fresco cerca de las duchas; habría respiraderos allí, o quizás un panel de acceso.

El dolor y la rabia se deslizaron en una espiral apretada y brillante dentro de mí, no era fuego, pero algo que podía usar como tal. Sería lo que ellos quisieran hasta que pudiera ser lo que realmente era. Y

cuando el collar se quitara —porque se quitaría— el primer aliento de calor no sería para la venganza o la victoria.

Sería para la mujer que me enseñó que mi nombre no era un arma, sino una promesa.

~El Fin~

¿Te mueres por saber qué es Kiera? ¡Continúa la serie con el libro 2, Secretos salvajes!

¿Quieres leer la sensual escena del almacén desde la perspectiva de Jackson? Descarga este Capítulo Extra y suscríbete a mi boletín para recibir contenido exclusivo e información sobre los próximos lanzamientos.